

de

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

**CORREDORES
EN LA MENTE**

**Curtis
Garland**



Están practicando mi autopsia.

Dios mío, con qué fría indiferencia, esos hombres que rodean la mesa hunden su serrucho en mi frente y comienzan a serrar. El hueso de mi bóveda craneal comienza a chirriar, herido por los dientes de acero, a medida que se levanta la piel de la frente en un perfecto círculo en torno a la cabeza, como quien corta con sumo cuidado la cáscara de un huevo duro reposando en su huevera.

El sonido de la sierra manipulada por el ayudante del forense es estremecedor. Produciría escalofríos en mí, si no fuese porque soy yo quien reposa en esa mesa y quien sufre la acción implacable de la mutilación, rígido y helado, bañado en sangre el interior de mi cráneo, que ahora otro ayudante abre en dos, lo mismo que un fruto maduro y pulposo, depositando sobre la cabecera de la mesa de la Morgue, tan fría y rígida como yo mismo, la parte superior del cráneo, conteniendo en su cuenco de hueso sanguinolento la mitad de mi masa encefálica.

Y no han hecho más que empezar.



Curtis Garland

Corredores en la mente

Bolsilibros: Selección Terror extra - 25

ePub r1.0

xico_weno 07.12.17

Título original: *Corredores en la mente*

Curtis Garland, 1983

Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



PRIMERA PARTE

Rojo y blanco

Capítulo primero

ESTÁN practicando mi autopsia.

Dios mío, con qué fría indiferencia, esos hombres que rodean la mesa hunden su serrucho en mi frente y comienzan a serrar. El hueso de mi bóveda craneal comienza a chirriar, herido por los dientes de acero, a medida que se levanta la piel de la frente en un perfecto círculo en torno a la cabeza, como quien corta con sumo cuidado la cáscara de un huevo duro reposando en su huevera.

El sonido de la sierra manipulada por el ayudante del forense es estremecedor. Produciría escalofríos en mí, si no fuese porque soy yo quien reposa en esa mesa y quien sufre la acción implacable de la mutilación, rígido y helado, bañado en sangre el interior de mi cráneo, que ahora otro ayudante abre en dos, lo mismo que un fruto maduro y pulposo, depositando sobre la cabecera de la mesa de la Morgue, tan fría y rígida como yo mismo, la parte superior del cráneo, conteniendo en su cuenco de hueso sanguinolento la mitad de mi masa encefálica.

Y no han hecho más que empezar. Luego abrirán mi cuerpo brutalmente en canal, dejando al aire vísceras y huesos, fibras, músculos y nervios, hurgarán e el paquete intestinal, apartarán corazón, hígado y pulmones, buscando siempre algo, lo que sea, con la gélida indiferencia de los forenses que deben rellenar luego un impreso certificando las verdaderas causas de la muerte de uno.

Sobre mi cuerpo, la alta bóveda del depósito de cadáveres no resulta nada acogedora ni amable. Aquí nada lo es. Otros cuerpos aguardan en mesas vecinas, estirados y tiesos, fríos y yertos, esperando su turno de esta macabra operación de medicina legal. Otros, tal vez, esperen aún en los frigoríficos.

Ahora sé que no es agradable estar muerto. Y menos aún caer en manos de estos hombres que manipulan la muerte como si fuese una mercancía, como algo cotidiano y rutinario que carece de

importancia. Son como el matarife que alinea los terneros desollados en el matadero, o como el pescadero que abre los peces en canal para vaciarles de tripas antes de cortarlos en rodajas y venderlos a su cliente, en los viejos mercados marineros del sur. Para ellos, mi cuerpo sólo es materia inerte de investigación. Sus serruchos, cuchillos y bisturís hieren mi carne helada y mis vísceras envueltas en sangre coagulada como quien prepara la ingestión de un buen filete sobre su plato, cuchillo y tenedor en mano.

Ya están cortando mi pecho para dirigir luego el bisturí hacia abajo, para seccionar mi estómago y abdomen hasta las ingles, comenzando luego sus manos enguantadas de goma a remover en mis vísceras obscenamente, casi despreciativos. Después de todo, ¿qué soy yo ya para ellos, sino un material inútil, cuyos restos serán luego arrojados a cubos de desperdicios, mientras cosen mi envoltura humana y la reparan un poco, para que resulte presentable en el funeral?

Sus manos, revolcándose en mis tripas, ni siquiera me duelen. No siento nada. Quisiera poderles gritar, decirles que aquí ya no se siente dolor, que todo sufrimiento está olvidado para siempre, pero no puedo mover mis labios ni articular sonido alguno. Mi garganta es algo frío y reseco que no responde. Mis brazos reposan rígidos, estirados, con las manos crispadas, acaso en un último afán que nunca sabré ya cuál fue.

Alguien comenta algo, inclinándose sobre la mesa no sé qué. Veo que unos dedos enguantados en goma sanguinolenta dan un cigarrillo a otro, y la brasa arde sobre mi cuerpo mutilado y repulsivo. Fuman y ríen, charlan indiferentes, triviales. ¿Qué les puedo importar yo, al fin de cuentas? ¿Qué soy yo, sino un cadáver más, con un número colgado del pie desnudo, para identificación adecuada?

Sí. Están practicando mi autopsia y yo no puedo oponerme a ello. Ningún muerto puede hacerlo.

Y yo estoy muerto.

Muerto...

Ni siquiera recuerdo en qué forma perdí la vida. Ellos lo sabrán pronto, gracias a sus conocimientos y al estudio de mis vísceras. Informarán a alguien, y en una ficha pondrán, junto a mi nombre,

las causas de mi muerte. ¿Y qué diablos puede importarme a mí todo eso? ¿Me devolverán acaso la vida dedicándome esa última preocupación rutinaria, puramente burocrática?

Ya han vuelto a la tarea. Ahora están examinando otra vez mi cerebro. Hurgan en mi masa encefálica, partida limpiamente en dos por el serrucho, junto con la tapa craneal. Me pregunto qué pueden buscar en los recovecos que forma el cerebro, en ese seso abierto, con sus mil y un trazos en dédalo, perdiéndose en lo desconocido. Tal vez sólo pretendan saber cómo fui en vida. Allí debe estar impresa mi conducta, mis terrores y alegrías, mis recuerdos y olvidos, mis angustias y mis ratos felices, lo bueno y lo malo de la vida y de la personalidad de un hombre. No sé si será así, ni sé tampoco si ellos serían capaces de encontrar todo eso en una materia blanda, muerta, ya inactiva. Después de todo, ¿qué saben ellos de cualquier cerebro, por mucha que sea su ciencia? ¿Qué sabe nadie de lo que cada uno encerramos dentro de nuestro cráneo, cuando ni siquiera nosotros mismos nos conocemos bien en toda una existencia?

—Creo que ya lo tengo —dijo uno de repente, deteniéndose en el examen de mi cerebro.

—¿Qué? —Demanda el otro.

—La causa de la muerte de este fulano.

—¿Y bien?

—Está en su cerebro, en lo más profundo.

—¿Qué es?

—Observa aquí —hurga con sus malditos dedos ensangrentados en mi masa encefálica, blanda y dúctil—. Un tumor.

—Cielos, ya veo. ¡Y qué tumor! Este tipo debió morir rematadamente loco.

—Algo así. Bien, cerrad todo y cosedlo. Redactaré el informe de inmediato. Después de todo, ya nos dio bastante trabajo, infiernos. Echad las tripas y todo lo demás al cubo y limpiad la mesa. Nos esperan otras cuatro autopsias todavía, antes de ir a comer. Procuraremos terminar cuanto antes, porque empiezo a sentir ya apetito, y mi mujer prepara hoy una exquisita carne asada, jugosa y semicruda, como a mí me gusta...

Y él mismo, con un ademán indiferente, ayudó a que mi paquete intestinal y mi hígado fueran a reunirse con las demás vísceras en

un cubo metálico, en cuyo fondo resonaron sordamente al caer. Luego, comenzaron a coser mi cráneo abierto y mi cuerpo seccionado en canal, mientras un ayudante arrojaba cubos de agua sobre la superficie agujereada de la mesa de autopsias, haciendo así correr la sangre hacia un receptáculo interior.

Mi autopsia había terminado. Y ya sabían de qué había muerto yo.

Un tumor cerebral que me causó primero la locura y luego la muerte. Mi masa encefálica, desgarrada e informe ya, cayó a trozos en el cubo, siguiendo el mismo camino de las vísceras, antes de que cosieran mi piel sobre el cráneo serrado en dos. Ya estaba totalmente vacío, listo para ser trasladado al lugar del funeral, tras los adecuados retoques que hicieron olvidar aquel trance macabro vivido en la Morgue. La gente, después de todo, no debía pensar en la horrible tarea practicada sobre un cuerpo humano. Nunca debía de pensarlo, aunque todos supiesen que había pasado por ella poco antes de ser amortajada debidamente en la cámara ardiente.

Cuando me condujeron a ella en un vehículo rodante, parecía como si nada hubiera sucedido. Sólo yo sabía lo muy vacío que estaban ya por dentro mi cuerpo y mi cráneo, cuyos residuos sanguinolentos reposaban en un sórdido cubo de basura.

Así fue mi autopsia. Así había sido mi muerte.

Ahora, ya podía descansar tranquilo. Dormir por una eternidad. Por una maldita eternidad...

Capítulo II

DESCANSAR. DORMIR...

Dormir...

No, maldita sea. En ese preciso momento, me desperté.

Angustiado, sudoroso, me agité en el lecho. Pasé una mano temblorosa sobre mi rostro.

—No... No... —susurré roncamente—. Estoy muerto... ¡Muerto!

Mi mano se mojó de sudor helado, pegajoso. Me incorporé, sobresaltado, respirando fuerte, entrecortado. Me costó comprender que todo aquello había sido solamente un sueño, una endemoniada pesadilla más.

—Oh, Dios —gemí—. Un sueño... Parecía todo tan real... Casi siento el vacío por dentro... Aquí, en mi cuerpo, en mi cabeza...

Era absurdo pensarlo. No había sucedido nada. Mi cuerpo continuaba intacto, con todo su contenido natural. Nadie lo había cortado ni cosido. No aún, cuando menos.

Miré en torno mío, a la oscuridad de la noche. Tragué saliva, sintiendo mi garganta tan reseca y rígida como durante mi espantoso sueño en la Morgue.

No se oía ruido alguno, no se veía otra luz que la del pasillo. Alargué un brazo que temblaba, y tomé la botella de plástico llena de agua. Bebí un trago largo. Me quedé sentado en el lecho, respirando con lentitud. Me sentí mejor.

—Ha sido la cena —me dije—. Cené demasiado esta noche. Las cenas copiosas nunca me sentaron bien, debí pensarlo. Incluso esta noche tenía que sentarme mal... ¡Qué ironías tiene el destino!

Y casi sentí ganas de reír, aunque aquello no tenía nada de cómico. Me levanté y comencé a pensar y reflexionar, con mis pies descalzos, sobre lo que había imaginado mi subconsciente durante el sueño inquieto y pesado. No era una pesadilla agradable, la verdad Ninguna lo es. Pero *precisamente* aquella...

—¿Qué, amigo Ellery? ¿Se encuentra bien?

Volví la cabeza. Aquel hombre tenía un oído de excepción. Mis pies no producían ruido alguno. Sin embargo, me había escuchado.

—Sí —dije de mala gana—. Estoy bien, no se preocupe por mí.

—Hace un rato hablaba en sueños. Parecía inquieto —me explicó el hombre, mirándome desde el pasillo.

Asentí, nervioso.

—Es posible —acepté—. Tuve un mal sueño.

—Tal vez cenó demasiado. O pudo ser el champaña...

—Tal vez —asentí de mala gana, encogiéndome de hombros—.

¿Tiene un cigarrillo?

—Claro —sonrió él, acercándose a las rejas que nos separaban hasta el suelo—. Tome, Ellery. Lo que quiera.

Me tendió uno, ya encendido, a través de las rejas.

Lo tomé, succionando el humo con avidez. Lo expulsé lentamente, tras mirar a mi interlocutor.

—Gracias —le dije.

—No tiene por qué darlas —objetó él, sacudiendo la cabeza—. Es mi deber. Pida lo que necesita.

—Ya. ¿Le gusta cumplir este deber?

—No puedo elegir. Después de todo, intento hacer la vida agradable a los demás. No hay otra cosa en mi mano que yo pueda hacer, compréndalo. ¿Tiene alguna queja de mí, Ellery?

—No, claro que no. Supongo que ninguno tuvo queja de usted jamás.

—Por fortuna, los casos así son ya muy raros. Últimamente eran varios años sin que se produjeran.

—Y tuvo que ocurrir conmigo... —Sonreí amargamente, tras aspirar nuevamente una larga succión.

—Sí, maldita sea. Lo habían dicho tantas veces los periódicos, que nunca pasé a creerlo del todo. Creí que las cosas no volverían a ser como fueron. Sin embargo, esta vez fue decisión personal del gobernador. Ya sabe que no se trata de usted sólo.

—Sí, ya lo sé. Pero eso no me consuela demasiado, amigo.

—Lo comprendo. De verdad, ¿no puedo hacer más por usted?

—No, no puede. Nadie puede hacerlo.

—Eso ya lo sé. Pero siempre queda algo suelto: un mensaje a un amigo, a un familiar...

—Ya escribí unos pocos esta mañana —dije—. Los precisos.

—¿Su mujer no ha venido a verle?

—No, no ha venido. Es mejor así.

—¿No le hubiera gustado verla?

—No. No me hubiera gustado verla.

—Sí, desde luego no es un trance agradable, pero...

—Ella no tenía nada que hacer aquí. Prefiero no saber más de ella. Es como si no existiera, ¿comprende? —Me aferré a los barrotes, mirándole.

—Ya veo —sacudió la cabeza—. No sabía eso. Siento haber sacado la conversación.

—No importa. Charlar de esas cosas me distrae un poco. ¿Usted no duerme?

—En noches así, no. Me sería imposible. Además, usted podría necesítarme. Mañana dormiré.

—Claro. Yo también —sonreí.

—Bueno, creo que he dicho una tontería —se mostró aturdido.

—No, ¿por qué? —Agoté el cigarrillo y lo tiré, pisando su brasa con la zapatilla puesta—. Supongo que esto es algo natural para usted, pese a la larga inactividad de estos años. Es..., es como hacer la autopsia a alguien.

—¿Cómo? —se extrañó.

—No, nada —reí duramente—. Recordaba el sueño que tuve antes, eso es todo. Creo que las más horribles cosas del mundo se hacen con naturalidad cuando resultan rutinarias para uno. Dígame, ¿falta mucho ya?

Me miró, incómodo, pero consultó su reloj de pulsera.

—No, no mucho —dijo—. Cosa de una hora... ¿Se afeitó bien los tobillos, Ellery?

—Sí —afirmé—. Usted me insistió en eso cuando estaba afeitándome...

—Es preferible así. Resulta todo más rápido que si hay vello, ¿comprende?

—Claro. Es como en Francia. Cuando guillotinan a uno, le cortan previamente el cabello de la nuca minuciosamente.

—No hable así. Esto es mejor que la guillotina.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo contó alguno?

Mi pregunta no le gustó. Torció el gesto y ahora fue él quien

encendió un cigarrillo, ofreciéndome otro a mí. Lo rechacé con un gesto. Fumó, nervioso.

—Son cosas que se saben —dijo al fin—. Sólo eso, claro.

—Claro —suspiré. Medité sobre otro tema—. Una hora... De modo que son ya las cinco...

—Menos tres minutos, para ser exactos. Pero esas cosas nunca se saben. El teléfono tiene línea abierta constante con el domicilio del gobernador. Siempre cabe esperar un aplazamiento, una revisión del caso, un indulto...

—Yo no espero nada —le atajó.

—Se han dado casos. He visto salir con bien de esto a más de una docena de hombres, cuando más difícil era conseguirlo. Otros prolongaron su situación durante años, de aplazamiento en aplazamiento.

—Eso no me gustaría. Cuanto antes terminemos, tanto mejor.

—Debe confiar. Incluso un minuto, unos segundos antes de la hora fijada... el teléfono ha llegado a sonar. Si no, el alcaide llama por si acaso. Y sólo cuando se le confirma definitivamente, da la orden.

—No trate de ser amable. Resulta usted macabro, amigo.

—Lo siento. No lo pretendía.

—Es difícil hablar de la muerte sin ser macabro —sonreí—. Después de todo, no estamos conversando sobre un partido de béisbol o sobre un programa de televisión. Además, esta vez no habrá indultos ni aplazamientos. El gobernador ha vuelto a poner de moda una vieja ley de este Estado, que estuvo en suspenso durante años. Los que hemos sido señalados para iniciar la nueva etapa, no tenemos salvación. Hay que dar ejemplo, de eso se trata. Nosotros seremos el ejemplo.

—Nunca pensé que ese ejemplo sirviera de mucho.

—Yo tampoco. Pero la sociedad se defiende a su manera. Tal vez tengan razón a fin de cuentas. Si uno mata... creo que debe morir. Guste o no guste.

—¿Usted mató, realmente? —se interesó mi celador.

—Me juzgaron por asesinato —le recordé—. Y fui condenado como culpable.

—No es eso lo que le pregunté.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que soy inocente? —Me eché a reír

—. Todos lo dicen, lo sean o no: mi palabra vale de poco en este caso. Sólo yo sé si soy inocente culpable. Eso se supone, cuando menos.

—Yo he oído muchas confesiones en momentos así. Alguno me confesó ser culpable, porque dijo que así se iba más aliviado al otro mundo. Otros, en cambio, juraron hasta el último momento ser inocentes. Hubo quien me lo repitió llorando a lágrima viva. Y yo tuve que creerle.

—Hizo mal. Muchas veces se desea ser inocente. Y sin embargo, uno no lo es, aunque trate de convencerse a sí mismo de ello. Yo mismo no podría decir si soy culpable o no.

—¿Se refiere a eso que dijeron los psiquiatras sobre usted, durante el juicio? De haber prosperado su tesis, usted hubiera sido recluido, no condenado.

—Prefiero esto. Es más rápido. La reclusión me aterra —paseé por la celda, agitado—. No, nada de encierros, nada de batas blancas, de médicos, de tratamientos... ¡Nada de eso, malditos sean todos ellos!

Observó en silencio mi reacción airada. No pareció sorprenderle. Después de todo parecía saber bastante sobre mí y sobre mi caso. Lo suficiente para no extrañarse de mi modo de pensar respecto a psiquiatras, médicos y enfermos.

—Si quiere, lo dejaré descansar —musitó tras una pausa.

—Sí, por favor —dije, sentándome en la litera—. Tal vez deba calmarme un poco. Avísame unos minutos antes de la hora. Quiero estar preparado cuando llegue el momento...

Asintió, apartándose de la puerta enrejada.

Cumplió mi petición al pie de la letra. Cuando le oí hablar, pensé que no habían pasado ni cinco minutos.

—Son las seis menos diez —dijo—. Dentro de cinco minutos vendrán el capellán y el alcaide, Ellery.

—Gracias, amigo —dije, saltando de la cama.

Me vestí y calcé con calma. Peiné mis cabellos ante el espejo del lavabo de mi celda, una plancha metálica incrustada en el muro, para evitar actos desesperados de los reos en su última noche. Cuando oí chirriar una puerta metálica, al fondo del corredor, mi aspecto era bastante presentable.

Se detuvieron ante mi celda. Era la hora. El capellán traía un

libro de tapas negras entre sus manos. El alcaide y dos hombres más, impecablemente vestidos y con gesto sombrío, permanecieron en el pasillo cuando el celador abrió la puerta. El capellán entró, mirándome fijamente.

—¿Deseas que te conforte espiritualmente, hijo? —demandó.

—Sí, supongo que será mejor —acepté—. Soy católico, aunque nunca lo practiqué demasiado.

—No importa eso ahora, hijo —me apaciguó—. Lo que cuenta es que desees sincerarte con el Señor en tales momentos, y así Él te ayudará en este trance.

Estuve cosa de tres minutos con él. Besé un crucifijo tras ello, y me acerqué tranquilo a los funcionarios de la prisión.

—Estoy dispuesto —dije con calma.

—Bien. Frank Ellery, en marcha —invitó el alcaide—. Estamos esperando una llamada del gobernador Si no llega un minuto antes de las seis, llamaré yo personalmente a su domicilio para conocer la decisión definitiva. Es todo. Ojalá tengas suerte.

Eché a andar entre ellos. Caminaba tranquilo, seguro de mí. Al menos en apariencia. Frente a mí, allá al fondo del corredor, una puerta metálica, siniestra, aparecía cerrada. Yo sabía lo que era. Y lo que había detrás de ella.

—Dios te dé fuerzas, hijo —susurró el capellán a mi lado.

—De momento, no me faltan —le sonreí, sin dejar de caminar.

—Suerte, Ellery —me deseó mi guardián de la última noche, antes de quedarse definitivamente atrás en el pasillo crudamente alumbrado.

Le sonreí también, en despedida muda. La puerta se abrió. Vi una sala en penumbras, un entarimado con una fea, horrible silla cuadrangular, metálica, alumbrada por una luz vertical. En la sombra, sentados en varias filas de asientos, vi borrosamente la silueta de los invitados. Periodistas, policías, acaso letrados, médicos... La función iba a empezar.

Nunca imaginé tener tanto público en ese momento. Aunque había calefacción en la penitenciaria, la mañana era fría y húmeda. Pude sentirlo en la médula de mis huesos mientras caminaba con lentitud hasta la silla.

Me sentaron en ella. Los funcionarios montaron guardia. Uno me aplicó los electrodos a tobillos y cuello. Un casquete de negro metal

con cables se adosó a mi cráneo.

—Un momento —sonó hueca la voz del alcaide en la sala silenciosa, donde se hubiera podido percibir el volar de una mosca—. Debo hacer la llamada reglamentaria.

Acudió al teléfono. Un funcionario se puso ante mí, con un negro paño en sus manos, como una mascarilla sin ranuras para los ojos.

—¿Es necesario eso? —pregunté.

—Es reglamentario, Ellery —me informó el empleado.

—Ya. Supongo que uno debe poner una cara horrible cuando llega el momento, ¿no? —comenté irónico.

El funcionario no me respondió, permaneciendo quieto ante mí, con la máscara negra en sus manos. Oí marcar el número al alcaide. Mi corazón palpitaba con fuerza. Los electrodos de mis tobillos y cuello eran fríos y molestos, pero pronto se tornarían calientes, muy calientes.

—¿Señor gobernador? —Oí la voz susurrante del alcaide—. Sí, yo mismo, señor, el alcaide Warren. Es la hora, señor. ¿Alguna alteración?

El silencio ahora parecía pasta derretida sobre todos nosotros, mis espectadores y yo. Dependían tantas cosas de aquella respuesta...

—Comprendo, señor —sonó la voz del alcaide de nuevo—. Sí, señor gobernador.

Colgó. Se volvió lentamente hacia mí. Miró al público apiñado en la sombra. Observé que la cara le brillaba, sudorosa.

—Adelante —indicó al final a sus empleados. Me miró y se limitó a decir—: Lo siento, Ellery. Que Dio se apiade de tu alma.

Respiré hondo. De repente, aquel maldito frío de la mañana se estaba apoderando de mí por momentos. No quería temblar, pero notaba escalofríos y sacudidas en mis músculos. Tal vez era miedo, después de todo Miedo a morir. Sobre todo, a morir así.

El funcionario de la mascarilla vino hacia mí. Me aplicó el paño negro sobre la faz. Todo se hizo oscuro. Noté que sujetaba el paño a mi nuca. El corazón sobre sus latidos ensordecedores, casi me servía de reloj que marcara los últimos segundos de mi vida. En aquella negrura me sentí peor. Agobiado, presionado en ojos nariz por el maldito paño negro. A mi alrededor, había actividad, pisadas,

susurros. Todo dependía ahora de un botón pulsado en una cámara vecina. Millones de voltios se descargarían por aquel artefacto siniestro hasta alcanzar mi cuerpo. Tal vez no me enteraría. O tal vez sí. Recordé que hubo reos que debieron sufrir hasta tres descargas antes de estar clínicamente muertos.

—Me gustaría saber si soy realmente inocente o culpable —fue lo último que dije, antes de que el botón se apretara.

De repente, sentí algo. No sabía qué. Fue como todo mi cuerpo se hiciera incandescente. Una sensación de asfixia y de dolor punzante me sacudió totalmente. Un millón de quemaduras invadió mi cuerpo hasta lo más hondo y abrasó mi cerebro, mi vida toda.

Ya estaba hecho. Yo, Frank Ellery, había sido ejecutado por asesinato.

Capítulo III

—¿SE encuentra bien, Ellery?

Oh, no, no, pensé. Otra vez, no. No más pesadillas, por el amor de Dios. Esto había sido real. Muy real. Yo era un condenado a muerte. Y había sido ejecutado en la silla eléctrica.

Sin embargo, la voz insistió en alguna parte, más allá de las brumas:

—Vamos, responda. ¿Todo va bien?

Las brumas se disiparon un poco. Vi gente inclinada sobre mí. Rostros ansiosos, batas blancas. Batas blancas... No, eso no, tampoco eso, pensé exasperado.

—Responda, Ellery —añadió una voz suave, dulce—. ¿Cómo se siente ahora?

Era una mujer la que hablaba. Vislumbré en parte sus cabellos claros, dorados, sus grandes ojos azules, risueños tras unas gafas de montura plateada. Una mano suave se posó en mi frente. Debía de ser suya.

—No sé... —balbuceé—. Creo... creo que estoy muerto...

Oí risas suaves a mi alrededor. Mi visión iba mejorando bastante. Había tres hombres y dos mujeres allí presentes. Todos con batas blancas, impolutas. Me estremecí, sin saber por qué. El blanco de aquellas batas me producía un terror indefinible y oscuro.

—¿Muerto? No, no lo está —me respondió alguien con tono pausado—. Por el contrario, está lleno de vida, señor Ellery. Puede comprobarlo por sí mismo. Esto no es el cielo. Y si tiene algo de infierno, no es porque tengamos aquí al diablo.

Hubo suaves risas relajantes. Casi me sentí tranquilo y aliviado. Pero todo aquello parecía completamente sin sentido.

—No es posible —rechacé débilmente—. Me..., me sentaron en aquella silla horrible... Me..., me ejecutaron. Noté la descarga eléctrica en mi cuerpo...

—No diga tonterías —me reprochó la misma voz de hombre—. Nadie le causó daño alguno, o no estaría ahora aquí.

—Es posible que vayan a hacerme la autopsia —dije, con un escalofrío de horror, evocando una espantosa pesadilla.

Esta vez nadie se echó a reír. Pero el rostro de la mujer rubia se aproximó algo más a mí, y las caricias de sus dedos en mi frente se hicieron tiernos, dulces.

—Serénese —me pidió—. Debe haber tenido pesadillas.

—¿Pesadillas? —repetí—. Tuve una. Sólo una. Antes de ser ejecutado...

—Es que usted *no* ha sido ejecutado —me replicó ella con calma—. Está entre amigos, sólo pretendemos ayudarle. Aquí no hay celadores ni celdas, no hay silla eléctrica ni alcaides. Sólo amigos que trabajan en su beneficio.

—No tengo amigos —rechacé.

—Eso era antes. Ahora los tiene —me sonrió—. ¿No me cree, Ellery?

—Me gustaría creerla —balbuceé—. Pero ya no sé qué creer ni qué pensar, la verdad. ¿Seguro que esto no es otro sueño, una nueva pesadilla?

—No lo creo —rió suavemente—. Le aseguro que yo soy totalmente real, Ellery, puede comprobarlo.

Tomó mi mano y la puso con indiferencia sobre su torso. Noté bajo su bata blanca la presencia de unos pechos duros y macizos. Realmente, parecía muy sólida y tangible para ser producto de un sueño.

—No logro entender nada... —gemí.

—Ha soñado, sin duda —me calmó el hombre de antes.

—¿Soñar? ¿Cuándo? Tuve un sueño antes de ser ajusticiado. Lo demás fue real...

—Le pareció real. Era un sueño dentro de otro sueño, sin duda —arguyó el hombre de la bata blanca—. Ocurre a veces, sobre todo en estados de gran confusión, como le ocurre a usted, Ellery.

Le miré, casi furioso.

—Pero yo maté a alguien —dije—. Eso no lo soñé.

Se miraron entre sí, en silencio. Incluso la mano de la rubia dejó de acariciar dulcemente mi frente febril.

—Eso sí es cierto —admitió al fin el hombre, de mala gana.

—Y fui juzgado por ese crimen. Y condenado a la silla eléctrica —insistí.

—Así es.

—¿Entonces...?

—¿Lo ha olvidado ya?

—¿Olvidar? ¿Qué?

—Lo demás.

—¿Hubo algo más, realmente?

—Claro que lo hubo. Iba a ser ajusticiado por asesinato en primer grado. Pero hubo una apelación a última hora. Se suspendió esa ejecución.

—Yo no lo recuerdo así —protesté.

—No quiere recordarlo, que no es lo mismo. Su subconsciente se niega a admitir ciertas cosas. Es un típico ejemplo de psicosis. Por eso está ahora aquí.

—Sigo sin entender nada de nada.

—Yo se lo haré recordar —terció suavemente la rubia de las gafas plateadas—. Soy la doctora Glenda Stowe, de neuropsiquiatría. Le está hablando mi colega y jefe, el doctor Avery Maxwell, director de este establecimiento clínico. ¿Nos recuerda de algo?

—No, de nada —insistí.

—La apelación fue aceptada por el gobernador y se conmutó su pena en el último momento, a cambio de ser internado como enfermo en observación en éste centro.

—Dios mío... ¿Eso quiere decir que estoy loco?

—No, no —rechazó vivamente el doctor Maxwell—. Eso quiere decir que su mente está siendo estudiada adecuadamente. Tratamos de saber si cometió un homicidio por simple impulso natural, guiado por sus sentimientos y por razones concretas, o si todo se debe a una psicosis agresiva motivada por alguna alteración mental.

—Pero..., pero eso quiere decir que yo... que yo deberé permanecer internado aquí.

—Así es.

—¡Internado de por vida!

—No, eso no. Sólo hasta que esté totalmente curado.

—Cuando salga de aquí, si estoy sano mentalmente, volveré a la silla eléctrica. Si no... me quedará aquí de por vida.

—No es eso, Ellery —rechazó el doctor Maxwell ceñudo—. Puede que sólo permanezca un breve tiempo y, una vez sano, se le reintegre a la sociedad.

—¡No, no! —grité—. ¡Me está mintiendo, doctor! ¡Todo esto es una burda mentira para consolarme! ¡Yo quiero morir! ¡Quiero morir enseguida, no permanecer toda mi vida reducido dentro de un centro psiquiátrico, prisionero de sus malditas y odiosas batas blancas! ¡Quiero salir, quiero salir de aquí, aunque sea para regresar a la penitenciaría y terminar de una vez!

—Me temo, doctora Stowe, que todo es inútil. Habrá que aplicarle un sedante... —murmuró el doctor—. Está muy excitado.

—¡No quiero sedantes! —Clamé, forcejeando con todos ellos—. ¡Sólo quiero salir de aquí, deseo morir, morir de una vez!

Alguien me clavó una aguja hipodérmica en el brazo. Seguí gritando y forcejeando en vano. Poco a poco, me invadió una profunda laxitud. Y caí en la cama semiinconsciente, dándome cuenta de forma borrosa que los presentes iban saliendo de la estancia, con la excepción de la enfermera que me había inyectado, quien se quedó mirándome, mientras la doctora Stowe y los demás abandonaban el dormitorio blanco y aséptico.

Luego, me quedé dormido. Total y profundamente dormido, vencido por la droga que me habían inyectado.

Me despertó el frío aire que penetraba por la ventana.

Abrí los ojos. Contemplé el globo de blanca luz suspendido sobre mi cabeza. Giré la cabeza. La ventana abierta mostraba las luces de la ciudad en la noche. Una cortina se agitaba con la brisa fresca que hería mi rostro. Lejanos ruidos de tráfico me llegaron difusos, como un remoto eco de un mundo donde se vivía y se respiraba. Un mundo situado ahora muy lejos de mí. Porque la ventana tenía rejas, aparte de estar situada a considerable altura sobre el nivel de la calle.

La enfermera seguía allí, sentada junto a mi lecho, contemplándome en silencio, con expresión apacible. Observé que era pelirroja, de ojos pardos y nariz breve, con unos labios carnosos y bien modelados. Tenía un tipo esbelto y armonioso, pero me irritó de inmediato su bata blanca, como si fuese un elemento perturbador en el cuadro.

—¿Qué hace aquí? —Gruñí—. Estoy harto de batas blancas.

—Lo siento —me dijo con un suspiro, alisándose su falda hasta las rodillas—. Es el uniforme del centro. No puedo llevar otro.

—Odio el blanco —dije.

—Sí, ya lo he notado —sonrió débilmente—. ¿Se encuentra mejor?

—Siempre me preguntan algo parecido —me quejé—. ¿Por qué debo estar mejor?

—No sé. Supongo que por el sedante.

—Oh, sí, el sedante. Es la práctica habitual en estos sitios. Drogas y terapias de *shock*. Una tortura para el enfermo. Pero eso a ellos les tiene sin cuidado.

—No hable así. Están intentando ayudarle.

—Nunca lo intentan. No se molestan en ello. Conozco a psiquiatras y neurólogos. Son despreciables. Odiosos. No pretenden curar a sus pacientes. No sé siquiera si saben y no quieren... o no saben ni quieren. Somos sólo cobayas en sus manos. No tienen sentimientos. Nunca hacen nada por nadie.

—El doctor Maxwell diría que sufre manía persecutoria contra los médicos —rió mi enfermera con cierto sentido del humor.

—No, contra los médicos, no. Contra los psiquiatras solamente.

—Debe calmarse. No ganará nada rebelándose contra ellos. Está en sus manos y les necesita, piense lo que piense. Son los únicos capaces de salvarle de la silla eléctrica.

—¿Ya cambio condenarme a la locura de por vida? No, no, gracias. Conozco sus métodos y sus resultados. Aunque estuviera sano ahora, cosa de la que no estoy demasiado seguro, terminaría totalmente demente en sus manos. En eso sí son maestros todos ellos, maldita especie de rufianes sin conciencia.

—Dicen que mató usted a alguien en otro centro médico...

—Es cierto —afirmé—. A una enfermera. ¿No le doy miedo?

Me miró larga, fijamente. Luego negó con su pelirroja cabecita.

—No —dijo—. No me da miedo.

—Podría matarla también a usted —dije.

—Yo no creo que lo intente.

—¿Por qué no?

—No tiene cara de asesino. Y no creo tampoco que sea un psicópata homicida.

—Pues me tildaron de ambas cosas. Por una podía ir a la silla.

Por otra, ser enviado aquí. Los médicos se salieron con la suya. Ahora pueden experimentar conmigo. Soy su conejillo de indias.

—¿Por qué le internaron ya una vez en un centro psiquiátrico?

—Porque mi esposa dijo que yo estaba loco —suspiré.

—¿Por eso mató a la enfermera?

—No sé por qué lo hice. Odiaba las batas blancas, todo lo que me rodeaba. Era una enfermera muy desagradable. Dura y autoritaria, aunque joven y atractiva. Creo que también la odiaba. Y de repente, un día, la maté y escapé de allí. No me arrepiento de ello.

—He leído el proceso. No pudo recordar bien cómo la mató.

—Sufría una crisis, tras una depresión. Enloquecí o me cegué, no sé. Lo cierto es que la atacué, la vi ante mí, bañada en su sangre...

—Cerré los ojos, horrorizado, al hacer memoria, y respiré con fuerza para terminar—: Y escapé utilizando sus llaves. Me dieron caza los policías. Y para entonces, todo era ya mucho más grave.

—¿Tenía razón su esposa para internarle?

—No —negué—. Soy rico. Y ella no me ama. Se confabuló con un primo mío para declararme enfermo mental y deshacerse de mí. Un médico poco escrupuloso, nuestro propio doctor, se ocupó de colaborar en el complot.

—Comprendo.

—No, no comprende nada —me irrité—. Está pensando que me invento todo eso, que ellos tuvieron razón en encerrarme, y que mi historia es la historia de todos los locos.

—Yo no he dicho eso. Ni lo pienso tampoco. Ya le dije que no le temo, porque no me parece un asesino ni tampoco un enfermo mental, señor Ellery.

—Pero maté a una persona. Y he librado mi piel de achicharrarse en una silla metálica, gracias a que prosperó el dictamen médico definitivo de una apelación considerándome loco.

—Eso debe juzgarlo el doctor Maxwell. Y aún no se ha pronunciado al respecto. Usted está sólo en observación. Puede que todo se resuelva bien al final.

—Mi final nunca puede ser bueno —reí amargamente—. O la silla... o una celda de enfermo mental en una horrible clínica de por vida. Es mi destino, enfermera... ¿cómo se llama?

—Kane. Priscilla Kane —me informó suavemente ella con una

leve sonrisa. Se puso en pie—. Le traeré algo de cena. ¿Le apetece alguna cosa en especial?

Me estremecí, recordando una pregunta semejante en un sombrío corredor, más allá de una puerta enrejada.

—No —dije—. Lo que traiga estará bien. Después de todo, espero que ésta no sea mi última cena...

—¡Qué cosas dice! —Sonrió ella, encaminándose a la salida—. Estaré de vuelta en pocos minutos, señor Ellery.

La seguí con la mirada. Pese a su esbeltez, poseía unas bonitas curvas bajo su bata blanca. Cintura breve, caderas armoniosas, bello busto juvenil... Cerró tras de sí. Contemplé las luces de la ciudad, la noche tan próxima y tan distante, con la ciudad ofreciéndole su tentadora apariencia luminosa y vital, con sus coches, rótulos multicolores, clubs nocturnos, teatros, gente libre, moviéndose libremente por sus calles radiantes, dueños de su destino y de su persona. Dueños de todo lo que yo no poseía.

Cerré los ojos, angustiado. Me sentía como adherido a una enorme tela de araña, presa de una fatalidad implacable y enloquecedora que provocaba angustias sin fin en mi cerebro atormentado.

La puerta se abrió de nuevo. Abrí los ojos. Me sorprendí desagradablemente. No era la enfermera Kane. Ni tampoco la doctora Stowe, aunque sí era una mujer. Otra mujer con uno de aquellos detestables uniformes blancos que tanto aborrecía.

—Debe descansar —dijo fríamente. Vi que llevaba una jeringuilla en su mano.

Era una mujer de unos treinta años. Dura, de facciones acentuadas, morena y taciturna. Su cuerpo y su gesto tenían bastante de hombrunos. Incluso tenía demasiado vello oscuro por encima de sus labios, como una sombra de bigote.

—No, no —rechacé—. Espere aún. La enfermera Kane va a traerme la cena...

—No puedo esperar —negó—. No necesita cenar hoy. La inyección le irá mejor.

—¡No quiero inyecciones! —Grité, airado—. ¡No me toque!

—Vamos, vamos, no se ponga tonto —sonrió duramente—. No me gustan los paciente rebeldes. Estoy especializada en dominarles y hacerles claudicar. No me obligue a ello.

—He dicho que no tengo por qué ser inyectado de nuevo —gruñí—. Tengo apetito y deseo comer algo. La enfermera Kane es agradable y me alivia charlar con ella. Váyase y vuelva más tarde, o me quejaré al doctor Maxwell.

—Es el doctor Maxwell quien me envía. Y él es quien manda aquí, no esa enfermera pelirroja ni ninguna otra. Hará lo que él diga, le guste o no.

Llegó junto a mí y enarboló con su diestra la aguja, mientras su zurda sujetaba mis dos brazos. Reveló una fuerza física nada común. Me sentí como un niño en manos de un leñador. Aun así, forcejeé, airado, tratando de evitar el pinchazo. No pude. La aguja se clavó hasta el fondo de mi brazo. Ella inyectó con eficiente rapidez profesional el líquido lechoso que contenía la jeringuilla, y luego sacó brutalmente la aguja de mi carne, sin importarle la sangre que corrió por mi piel e incluso salpicó su bata blanca.

La miré, furioso, excitado. Mis ojos se centraron en aquellas manchas rojas que destacaban sobre el blanco nítido de su bata. Ella rió, despectiva:

—Ya está. En dos minutos, dormiré como un bebé.

Rojo y blanco... Sangre y bata... Aquello seguía obsesionándome, atrayéndome como algo hipnótico. Y mi odio hacia aquella mujer varonil y áspera crecía en mí de modo incontenible, avasallador.

—Maldita zorra... —Silabeé, mirándola con rabia—. Debería matarla por lo que ha hecho...

Se paró en seco. Volvióse hacia mí, y al hacerlo su mirada era dura y fría como la de un enemigo mortal.

—Atrévase —me desafió—. Atrévase a intentar algo contra mí, y conocerá bien a Ida Prescott, estúpido.

No contenta con esas palabras, dio dos pasos hacia mí y me abofeteó brutalmente. Sus rudas manos fueron como hojas de metal en mi rostro. Sentí un dolor intenso y una rabia y coraje incontenibles.

—¡Perra asquerosa! —Rugí, colérico, al verme sometido a tan vergonzoso trato por parte de una mujer—. ¡Te voy a enseñar a tratar humanamente a los demás, maldita lesbiana!

Caí sobre ella como un tigre, desprendiéndome de las sábanas del lecho. Sorprendida por mi agresividad, logré derribarla contra la

pared. Cayó de espaldas, conmigo encima. Se pegó en el muro con la nuca, y pareció algo aturdida, pese a lo cual logró clavarme su rodilla en mis ingles, dolorosamente.

Creo que eso me cegó. Comencé a golpearla una y otra vez la cabeza contra el muro, sujetándola por el cuello con ambas manos. Ni siquiera me di cuenta de golpeaba demasiadas veces, hasta que la sangre, salpicando pared, ropas e incluso mis manos y cuerpo, me hicieron comprender que de nuevo había cometido el mismo y trágico error.

Solté a la enfermera Prescott, aterrado. La contemplé, sin dar crédito a mis ojos.

Estaba exánime, inmóvil, con los ojos vidriados. De su boca y nariz la sangre fluía, así como también de una de sus orejas. Su cráneo estaba aplastado contra la pared, y la sangre chorreaba por sus cabellos, llenando de un rojo oscuro y violento su blanca bata. Contemplé con pavor mis manos empapadas en su sangre, el atroz destrozo causado en su occipital, a causa de los fuertes impactos en la pared.

—No, no... —jadeé, levantándome a medias, sin separar de ella mi aterrorizada mirada—. Muerta... Está muerta... La he matado... ¡La he matado como a la otra...!

En ese momento, la pelirroja Priscilla Kane apareció en la puerta, trayendo una bandeja con alimentos. La soltó, con un grito agudo de horror, derramándose todo por el suelo y en el cuerpo de la enfermera inerte.

—¡Dios mío, socorro! —Chilló, saliendo al exterior—. ¡Socorro, vengan aquí! ¡Ha ocurrido algo espantoso! ¡Han matado a la enfermera Prescott! ¡La han matado...!

Me tambaleé, inseguro, la mirada turbia, la mente acorchada, sin duda comenzando a sentir los efectos de la droga inyectada poco antes. Caí junto a la cama, de rodillas, y al aferrarme a las sábanas, las empapé de sangre de mis dedos. Jadeé, diciendo cosas incoherentes, noté a mi espalda que se llenaba de gente mi habitación, y que la voz del doctor Maxwell decía algo con tono horrorizado:

—Cielos, no... Otra vez lo mismo... Ahora ya tenemos la prueba evidente... Frank Ellery está loco... y su locura es asesina, altamente peligrosa... Pobre enfermera Prescott... Está muerta. Le

destrozó el cráneo a golpes...

Traté de volverme, de decir algo, pero no me fue posible. Me derrumbé. Sencillamente, me derrumbé sobre la cama, y perdí la noción de todo lo que me rodeaba.

Capítulo IV

DESPERTÉ ya de día. La ventana estaba cerrada ahora, y la luz solar, tibia y sin duda nublada, no llegaba a traspasar apenas la cortina de mi habitación.

Me incorporé en mi lecho, mirando alrededor. Aún no recordaba nada. Pero de pronto, con un escalofrío, los recuerdos de la noche pasada acudieron a mi mente. Miré aterrado al rincón donde aplastara el cráneo de la enfermera Prescott.

No había nada. Ni señal de sangre. El piso también estaba impoluto. Sin duda se habían preocupado de borrar toda huella sanguinolenta del horrendo suceso durante mi inconsciencia. Pero era más difícil borrar su recuerdo de una mente. De la mía, por ejemplo.

—Dios, Dios... —susurré, hundiendo mi rostro entre las manos—. Eso me sentencia ya de por vida... Nunca saldré de aquí. Nunca...

Interrumpí el hilo de mis pensamientos. La puerta se había abierto. Apareció la doctora Glenda Stowe. Venía sonriente, cordial. El reflejo solar espejeó en sus gafas.

—Hola, Ellery —saludó—. ¿Todo bien?

Me tomó el pulso y examinó mis ojos. La miré, irritado.

—No tiene por qué disimular —repliqué con acritud.

—¿Disimular? —Ella enarcó las cejas—. ¿El qué?

—Todo. Lo de anoche. Lo recuerdo muy bien. Puede que esté loco, pero no amnésico. Sé que la maté.

—¿Usted? ¿A quién mató? —insistió ella, con gesto perplejo.

—A la enfermera, claro.

—Oh, vamos, vamos, olvide eso de una vez. Cierto que murió una enfermera, pero eso es cosa pasada, Ellery. No gana nada atormentándose.

—¿Cómo puede hablar así de un asesinato? —Me horroricé—.

¿Tan loco estoy que hay que crearme un falso mundo alrededor para no enfurecerme?

—Mi querido amigo, nada hace pensar que usted haya estado loco jamás, y menos que lo esté ahora. Sencillamente, está siendo sometido a observación, y nada más. Trate de no pensar en todo lo demás.

—¡Pero es que no puedo dejar de pensarlo! Yo maté a esa mujer, doctora.

—Claro que lo hizo, pero de eso hace ya meses, y en el juicio se habló de ello lo suficiente.

—Sabe bien que no me refiero a esa enfermera, sino a otra... a la enfermera Prescott —dije airado.

—¿La enfermera Prescott? —Repitió con extrañeza la doctora—. ¿Qué hay con ella?

—Usted lo sabe bien, doctora, no venga con farsas ahora. Yo la maté anoche. Han limpiado todo de sangre, pero saben que la maté. Y yo también lo sé. Fue un crimen brutal y estúpido, lo admito.

—¿La enfermera Prescott? —Volvió a decir ella, como si no entendiera nada—. No sé lo que quiere decirme, Ellery, pero precisamente ella está hoy de servicio en este ala, y se ocupará de atenderle... ¿Lo ve? Ya se lo dije. Ahí la tiene, por si quiere decirle algo a ella misma.

Y al abrirse la puerta de la estancia, para mi asombro y desconcierto, la propia enfermera Ida Prescott, con su impecable bata blanca y su severo aire hombruno, entró portando una bandeja de alimentos, y me saludó con naturalidad:

—Buenos días, señor Ellery. Su desayuno. ¿Ha descansado bien esta noche?

El doctor Avery Maxwell me había escuchado atentamente. Al final asintió despacio, mirándome pensativo.

—Lo entiendo —dijo con calma, frotándose mecánicamente el delgado bigote blanco que sombreaba su labio superior bajo la halconada nariz y los agudos ojos grises fijos en mí.

—¿Qué es lo que entiende? —gemí.

—Lo que siente. Está siendo víctima de una serie continua de alucinaciones y pesadillas, muy propias de un estado de inestabilidad psíquica como el que usted sufre en estos momentos, Ellery.

—¡Pero lo de anoche no pudo ser un sueño, doctor! Era todo tan real...

—¿Real? Claro, amigo mío. Tan real como pudo serlo usted en el momento de aquella espeluznante autopsia, la ejecución en la silla eléctrica o cosas parecidas. Todo está en su mente, y nada más que en su mente. Habrá visto que la propia enfermera Prescott, llena de vida, le sirvió hoy el desayuno. Y puede comprobar, si lo desea, que su cráneo no sufre ni el más leve daño. Está siendo víctima de una serie de cosas que su cerebro imagina pero que no ocurren en realidad. Algo perfectamente comprensible en un proceso mental complicado y bastante complejo, como es el suyo. Yo contaba ya con ello, pero evidentemente, su propia imaginación y sus traumas más íntimos superan en mucho cuanto podía esperarse. Eso puede dificultar algo nuestra labor, pero poco a poco iremos desentrañando todas esas facetas de su complicada personalidad, y llegaremos a la verdad, a lo que su subconsciente trata de ocultarnos en el laberinto de sus corredores mentales.

—Pero entonces, ¿cuándo voy a saber distinguir entre el sueño y la realidad, doctor? Resulta enloquecedor que todo ello se mezcle hasta parecer una misma cosa, sin saber dónde termina una y empieza la otra...

—No se preocupe por eso —sonrió el doctor Maxwell apaciblemente—. Acabará por darse perfecta cuenta, por sí mismo, de lo que es fingido y de lo que es real, ya lo verá. Entretanto, no se atormentar con ideas absurdas, y tome con calma esta situación, Le aseguro que el estudio de todos esos hechos no hará sino ayudarnos en nuestra labor, y que nada de cuanto imagine o sueñe debe ocultárnoslo, para que podamos seguir más de cerca su proceso psíquico.

—Que yo recuerde, jamás antes me había ocurrido esto —objeté.

—Es posible que ésta sea la primera vez, a causa de que el trágico suceso por el que le tocó pasar, haya reactivado en usted ocultos impulsos y angustias hasta ahora no sentidas.

Le miré en silencio, preguntándome si todo aquel oscuro lenguaje utilizado por el doctor Maxwell no sería simplemente una forma de complicar las cosas hasta hacérmelas incoherentes.

—Aun así, sigo pensando que maté realmente a esa enfermera, Ida Prescott.

—Claro que lo piensa —sonrió—. Porque usted desea pensarlo, y su subconsciente admite un complejo de culpabilidad relacionado con otra enfermera. Pero eso no debe hacerle perder en el laberinto de sus pensamientos, Ellery. Piense que a quien realmente mató fue a otra enfermera más joven y atractiva que Ida Prescott, a la señorita Enid Mosser, en el Random Hospital.

—Sí, eso lo recuerdo muy bien —asentí despacio, entornando los ojos y evocando con horror aquel momento en que vi caer ante mí a la atractiva enfermera Mosser, con la sangre corriendo por su bata blanca.

Blanco... Rojo... Bata de enfermera, blanco de hospital... Rojo de sangre, rojo de muerte violenta...

—Dios mío —gemí angustiado, agitándome en el asiento con una convulsión—. Fue espantoso... Pobre enfermera... Ella no tuvo la culpa de nada. No sé por qué lo hice. Pero estaba allí, bañada en sangre... ¡Sangre sobre su blanca bata, doctor!

—Lo sé, lo sé —me calmó, apoyando una mano suave en mi hombro—. No se torture. Lo hizo porque quería escapar, salir de aquel recinto que le enloquecía. Ahora, esa imagen está grabada indeleblemente en su cerebro, su subconsciente la rechazaba pero está allí alojada, indeleble, y usted cree revivir una y mil veces una situación parecida. Ve la sangre y las blancas batas en todas partes. Pero tiene que aceptar que eso existe, y no por ello debe crearle complejo alguno ni hacerle sentir culpable de nada. Cuando descubra por qué mató realmente a aquella chica, cuando sepa qué oscuro impulso le condujo al asesinato, estará totalmente curado, sin duda alguna, y tendremos la respuesta: si es usted un criminal como cualquier otro, movido por un simple motivo concreto, o un enfermo que tiene alojada en su mente una irracional atracción a la violencia. Mientras, amigo mío, descanse y trate de no mezclar la realidad y la ficción, lo soñado y lo verdadero.

Más tarde, mientras pensaba en todo lo que me había dicho el doctor Maxwell, me preguntaba si era todo tan fácil como él pretendía darme a entender. Volviendo la vista atrás, no me era posible saber si soñé lo de la autopsia, lo de la ejecución, lo del asesinato de la enfermera Prescott...

Pero yo estaba allí, lleno de vida aún. Por tanto, no había sido electrocutado ni había ido a parar a la miserable mesa de la

Morgue. La enfermera Prescott estaba ilesa y no había sufrido daño alguno. Eso demostraba que el psiquiatra tenía razón. Estaba confundiendo las cosas. Mis sueños o alucinaciones poseían tanta fuerza o más que la propia realidad. Y eso empezaba a aterrarme.

Por suerte, ese día no se ocupó de mí la enfermera Prescott, cuyo solo aspecto me inquietaba y hacía sentir incómodo, no sólo por su nada agraciado físico precisamente, sino que en cambio, la bonita y atractiva enfermera Kane era quien se ocupaba de atenderme en sus horas de servicio.

—No se vaya —la pedí cuando me hubo servido la cena—. Todavía no, por favor.

Ella miró un reloj pequeño que colgaba de su uniforme, justo sobre el pecho izquierdo, y movió la pelirroja cabeza con gracioso aire de reproche.

—Es tarde —dijo—. Puedo dedicarle diez minutos más, señor Ellery. Mi jornada de trabajo acaba de terminar.

—Lo siento. No lo sabía. Puede irse entonces, no deseo molestarla.

—No es molestia —negó la joven sentándose junto a mí, en el borde de la cama—. Permaneceré gustosa ese tiempo con usted, si necesita compañía.

—Gracias —la miré largamente—. ¿De veras no teme quedarse a solas conmigo?

—¿Temerlo? ¿Por qué? —Se encogió de hombros con una sonrisa—. Ya le dije que no le creo un hombre peligroso ni agresivo.

—Sin embargo, estoy aquí por haber matado a alguien —le recordé.

—Hablamos de eso en otra ocasión, ¿recuerda?

—Perdone. Ignoraba si esa conversación fue real o producto de mi imaginación.

—¿Le cuesta distinguir entre una cosa y otra?

—Mucho —confesé.

—Comprendo —bajó la mirada, mientras alisaba su falda blanca mecánicamente. Advertí que la porción de muslo que permitía descubrir su uniforme, era bien torneado y atractivo—. Hablemos de otra cosa. ¿No vendré su esposa a visitarle?

—¿Janis? —Moví la cabeza—. No, no lo creo. Ahora debe ser feliz. Ya no soy un obstáculo para ella. Tanto si me ejecutan como si

me encierran aquí de por vida, todo mi dinero será suyo.

—¿La odia?

—Ni siquiera eso. La amé en un tiempo. Luego advertí su frialdad, su alejamiento de mí. Se había casado conmigo solamente por mi fortuna. Pero era tarde para dar marcha atrás. Le sugerí el divorcio, pese a que no me complace la idea porque soy católico. Ella no lo aceptó. Me retó a demostrar si me había faltado en algo para tener motivos sólidos que me permitieran obtener el divorcio. Ahora sé lo que pretendía. Se confabuló con mi primo Steve. Y juntos planearon deshacerse de mí, enviándome a Random Hospital gracias a la ayuda del doctor Kirkland, mi propio médico. El doctor Random, director de ese hospital privado, también entraba en el juego sin duda alguna.

—¿Quiere decir que tenía a tanta gente en contra suya?

—Sé que resulta poco creíble, pero es así. Tenga en cuenta que mi fortuna es muy considerable. Cuando hay suficiente dinero para comprar a la gente, todo es posible. Incluso los médicos tienen un precio. A veces, no demasiado elevado.

—¿Hay algo entre su esposa y su primo?

—No lo sé ni me importa —sacudí los hombros—. Puede que sólo les una la codicia. O tal vez algo más. Steve no es muy escrupuloso cuando se trata de dinero.

—¿Cómo pudo alegar ella una posible locura en usted, así tan fácilmente?

—Tiene su explicación. Estuve en Vietnam. Allí sufrí una herida de metralla en mi cabeza. Estuve sometido un tiempo a observación y tuvieron que realizarme una intervención quirúrgica extremadamente delicada en el cerebro. Durante algún tiempo, me comporté raro. La guerra y sus horrores me afectaron en exceso, unido a las secuelas de mi lesión. Pero los doctores dijeron que estaba perfectamente sano y parecían no mentir. Luego, empecé a sentir dolores, trastornos, periodos depresivos o irritables, crisis de nervios. La fría relación con mi esposa no me ayudaba demasiado a superar todo eso. Llegué a pensar que me drogaba de algún modo, para provocarme esos trastornos.

—¿Y era así?

—Nunca lo supe —suspiré—. Un día la agredí furioso, destrocé un montón de cosas, y ella llamó a los psiquiatras, de acuerdo con

el doctor Kirkland. Ahí comenzó mi calvario.

—Ha sufrido usted mucho —dijo espontáneamente la joven, apoyando una fresca mano amable en mi brazo y mirándome a los ojos.

—Sí, bastante —admití con tono grave—. Y aún parece que queda mucho más...

Permanecimos en silencio unos instantes. Inesperada, suavemente, ella se inclinó hacia mí. Vi brillar sus pardos ojos atractivos, sus húmedos labios se entreabrieron, insinuantes, cerca de los míos. La besé.

Y me besó. Sentí en mi boca el calor de la suya. Nuestras lenguas se enroscaron en un contacto ardiente, voluptuoso. Se apretó contra mí, palpitantes sus jóvenes pechos bajo la blanca bata.

Al apartarnos, ella respiraba hondo, entrecortada, y sus mejillas se habían teñido de rojo. Bajó la mirada.

—Creo que debo irme —dijo.

—Sí, es tarde. Gracias por tu compañía —susurré—. Gracias por todo...

Ella sonrió. Me miró de nuevo. Se puso en pie, alisando de nuevo la falda. La contemplé, con una mezcla de deseo y de gratitud.

—Podría quedarme toda la noche, si esto no fuese el hospital —musitó acercándose a la puerta—. Buenas noches, Ellery.

—Buenas noches, Priscilla —respondí.

Me dejó solo en mi blanca, aséptica habitación, y me sentí más abandonado que nunca. Tal vez era el contraste de haber sentido por unos momentos, después de tanto tiempo, algo de calor humano, algo de ternura y de pasión tan cerca de mí.

Me dejé caer en la cama, pensativo, relajado. Yo también hubiera deseado que Priscilla Kane se hubiera quedado conmigo. La sola idea de imaginarla dentro del lecho, junto a mí, era capaz de embriagar mis sentidos.

Pensando en ellos, me dormí profundamente, hasta que la suave voz de otra mujer me despertó:

—Vamos, Ellery, es la hora de su inyección, no duerma todavía.

Abrí los ojos. La luz del globo del techo se reflejó en los vidrios de las gafas metálicas de la doctora Stowe. Ella me sonreía, amable, inclinada sobre mí, con la aguja y la jeringuilla a punto. Tuve un

gesto instintivo de rechazo.

—No, no —supliqué—. No más drogas, doctora.

—No es ninguna droga —amplió su sonrisa—. Sólo es un sedante con vitaminas, bastante suave. No puede saltarse el tratamiento, Ellery. Debe estar mejorando bastante.

—¿Por qué lo dice?

—Por eso —rió, pasándome unos dedos por mis labios rápidamente.

Me los mostró luego. Creo que enrojecí hasta la raíz del cabello. Huellas de *rouge* labial aparecían en sus yemas.

—Oh... —balbuceé, sin atinar a decir más.

—Por el color, juraría que es de la enfermera Kane —dijo maliciosa—. Por eso le decía que está mejorando mucho, Ellery. Esto es una buena señal.

—No le diga nada. Fue sólo un beso de afecto, para darme ánimos...

—Claro. Hace casi media hora que la enfermera Kane terminó su turno. Lo que haga cumplida la hora de servicio, es cosa suya nada más, no se preocupe.

Me aplicó la inyección con la habilidad que le daba su práctica. No me causó el menor daño, pero me irritaba sentirme acribillado a pinchazos y lleno de drogas más o menos sedantes. Aborrecí una vez más a los psiquiatras que convierten a sus pacientes en simples sonámbulos saturados de fármacos bestiales. Estaba seguro de que la psiquiatría no era eso, no podía ser eso.

—Ahora debe descansar —me sugirió dulcemente—. ¿O preferiría salir de aquí y no volver nunca más?

La miré asombrado. No era posible que fuese tan cruel. Hundí la cabeza en la almohada y gemí con exasperación:

—Por favor, no diga eso. No me torture con sueños imposibles...

—No tan imposibles —se acercó lentamente y se sentó junto a mí, al borde del lecho, más cerca aún de donde lo hiciera la enfermera Kane. Lo hizo tan descuidadamente, que su falda se remontó sobre sus firmes muslos enfundados en blancas medias.

—¿Qué quiere decir? —susurré, mirándola como hipnotizado.

Ella sonrió, sin dejar de mirarme a través de sus gafas. Repentinamente, pensé que éstas le daban un cierto atractivo. Y que con ellas o sin ellas, la doctora Stowe era una mujer llena de

encantos físicos.

Por si me quedaba alguna duda, se inclinó más sobre mí, y su bata se entreabrió sobre su torso. Llevaba dos botones sueltos. Ello me permitió descubrir, a escasas pulgadas de mi rostro, la majestuosa presencia de dos soberbios pechos femeninos, duros y redondos.

—Le he inyectado solamente vitaminas —me dijo—. Y un estimulante que le mantendrá despierto, pese a los fármacos que anteriormente ha tomado siguiendo el tratamiento.

—¿Por qué? —me extrañé.

—Porque necesita estar muy despierto a partir de ahora, si realmente quiere salir de este recinto, Ellery.

La miré atónito, sin dar crédito a sus palabras.

—No, no es posible —rechacé—. ¿Usted..., usted me sugiere que..., que escape? ¿Cómo podría hacerlo? Este lugar es completamente seguro, por eso me internaron en él...

—Claro que es seguro. Muy seguro. Pero yo sé cómo salir de él sin problemas. Y voy a ayudarle a hacerlo, Ellery. Voy a sacarle de aquí porque creo que es inocente y merece una oportunidad de salvarse de esta odiosa pesadilla que le están haciendo vivir.

—Dios, si eso fuera cierto... —La miré, incrédulo, sin poder admitir todavía que estuviera hablando en serio—. Doctora Stowe, no bromea con esas cosas, no sea tan cruel como para despertar en mí esperanzas y..., y luego...

—¿Cree que sería capaz de algo así? —Movié la cabeza enérgicamente, y sonrió—. No, amigo mío. Voy a sacarle de aquí esta misma noche... pero todo en la vida tiene un precio.

—¿Y cuál..., cuál es el precio que yo puedo pagarle por eso? —susurré—. Mi..., mi fortuna tal vez sea difícil de tocar en las actuales circunstancias, pero buscaré un medio de obtener dinero, el que sea...

—No hablaba de dinero —sonrió la doctora Stowe suavemente, mirándome con fijeza—. Ni mucho menos, Ellery...

Fue a la puerta de la alcoba. Para mi sorpresa, la cerró con llave. Regresó junto a mi cama desabotonando lentamente su blusa blanca. Se quedó ante mí cubierta solamente con *slip* y sujetador. Éste era insuficiente para contener sus soberbios y generosos pechos. Los vi vibrar, luchar por escapar de su encierro, mientras

sus largas piernas, de fuertes muslos ceñidos mórbidamente por las medias blancas, se movían hacia mí.

Se metió en el lecho, se cubrió con las sábanas y puso sus gafas sobre la mesilla. Me rodeó con sus brazos, sentí su cuerpo pegarse al mío.

—¿Y ahora lo comprendes, querido? —Susurró, mordiéndome los labios—. Eres tú el precio que te pido. Tú... amor...

Era una hembra deseable y magnífica. Su firme carne ardía, febril de deseos. Y yo llevaba demasiado tiempo sin gozar de una compañía así.

Naturalmente, me aferré a ella y le pagué generosamente el precio que me exigía. Creo que en mucho tiempo, no había llegado a sentirme tan feliz, tan exultante como en esos momentos.

—Ahora, a evadirnos de aquí —susurró, saltando de la cama.

Se vistió de nuevo. Abrió la puerta, asomando al corredor. Me hizo un gesto reclamando silencio, y abandonó la estancia. Temí por unos momentos que se hubiera marchado sin más, una vez satisfecho su capricho.

Pero no fue así. Regresó con algo, minutos más tarde. Era un blanco uniforme completo. Bata, pantalón, calcetines y zapatillas, e incluso un gorro y una mascarilla.

Puso todo sobre el lecho. Me sonrió, guiñándome un ojo maliciosamente.

—Vístete con eso —me indicó—. Ponte la mascarilla. Fingiremos ir a quirófanos. Tu rostro es demasiado conocido, después de tu procesamiento, como para ir por ahí fingiendo ser un enfermero a cara descubierta. Podrían reconocerte. Tengo ahí fuera una camilla con un falso cuerpo formado por almohadas y tapado por una sábana. Nos servirá para bajar a quirófanos y, de allí, a los sótanos, por donde se sale al exterior a través del túnel del aparcamiento subterráneo y del depósito del hospital. Yendo conmigo, va a ser todo muy fácil.

—Dios mío, ¿y si nos descubren? —gemí—. Yo no perdería gran cosa, pero tú...

—No pienses en ello —me animó—. Vamos a conseguirlo, ya verás. Mañana, cuando adviertan tu ausencia, nadie me relacionará contigo. Y tú estarás definitivamente a salvo, lejos de estos muros que tanto odias.

Asentí, terminando de vestirme con rapidez. Una vez puesta la mascarilla sobre el rostro, caminé a su lado hacia la puerta. Todavía tuve un temor que expresar:

—¿No hay personal de servicio nocturno en esta planta?

—Sí. Pero conozco sus costumbres. Ahora están viendo la televisión en una salita situada al fondo del corredor. No se enterarán absolutamente de nada.

—Dios, me parecerá mentira si llego a verme fuera de aquí —suspiré.

—Te creo. Vamos ya, no perdamos más tiempo. Hoy tiene su turno de noche el doctor Humphrey, ayudante personal del doctor Maxwell, y es un médico muy minucioso. Acostumbra a hacer frecuentes rondas por todo el centro hospitalario. Creo que ya le conoces, es uno de los médicos que te atendieron inicialmente, el de la calva y las gafas de carey...

—Sí, lo recuerdo bien. No me cayó muy simpático.

—Es aborrecible —rió entre dientes la doctora Stowe.

Salimos al corredor. Largo, blanco, con ese olor inconfundible de cualquier centro médico, apestando a ácido fénico. Las luces eran tubos fluorescentes, derramando una claridad lívida y cruda que nos hacía parecer fantasmales con nuestras blancas batas. Sentí todo el horror que producían esos recintos cerrados, asépticos, fríos y deshumanizados, donde el ser humano más que sanar se hunde en la desesperación y la impotencia.

La camilla rodante que la doctora había traído consigo, nos esperaba a sólo unas pocas yardas de distancia. En realidad, parecía contener un cuerpo, tan perfecta era la imitación que cubría la blanca sábana.

Me indicó que tomara la camilla, y se puso a caminar a mi lado, con toda naturalidad. Rodó el carrito con su falso cuerpo estirado, camino de los ascensores. Pedí mentalmente que por nada del mundo asomara ningún enfermero de turno en estos momentos.

Hubo suerte. Llegamos a las puertas de los ascensores sin novedad. La doctora miró a uno y otro lado.

Luego me hizo un gesto mientras pulsaba el botón de llamada.

—Finge total naturalidad —me aconsejó—. Nada de agarrotamientos ni tensiones. En cuanto abandonemos esta planta, no tienen por qué sospechar nada. Nadie sabe exactamente si hay

alguna intervención urgente en neurocirugía...

El ascensor se detuvo. Entramos. Pulsé la planta baja, siguiendo sus instrucciones. La cabina comenzó a descender. Respiré con alivio.

Pero me había precipitado. Aún no estaba todo resuelto, ni mucho menos. Parpadeó el indicador de la planta ocho, en el interior del ascensor. Cambiamos una mirada.

—Mala suerte —murmuró ella—. Alguien llamó desde la planta octava. Calma, Ellery. Como si no pasara nada.

Era fácil decirlo. Sentía temblar mis rodillas y mis manos. Contemplé como hipnotizado la puerta de la cabina cuando nos detuvimos en la octava planta y las hojas metálicas comenzaron a abrirse.

Tragué saliva, notando cómo sudaban las palmas de mis manos, aferradas al tirador de la camilla. Entraron hasta cuatro enfermeros totalmente uniformados de blanco. Saludaron a la doctora Stowe respetuosamente.

—Buenas noches, doctora —habló uno. Me miró, y luego contempló la camilla—. ¿Es el paciente que ha de ser operado de urgencia por el doctor Humphrey ahora mismo?

Sentí un nudo en la garganta. Vi los ojos de la doctora, brillar alerta a través de sus gafas. De repente, todo empezaba a complicarse endemoniadamente.

—No —negó, rápidamente—. No sabía que hubiera otro caso grave.

—Es un recién ingresado —dijo uno de los enfermeros—. Acaban de llamarnos. Parece que sufre un tumor cerebral y está en coma... ¿Quién va a operar a este otro?

—El doctor Nelson —dijo ella con presteza.

Volvíamos a descender. Miré angustiado los números en el indicador: siete, seis, cinco...

Y otra parada. Contuve con dificultad un resoplido. Las puertas se abrieron. Esta vez, asomó alguien que vestía enteramente de verde. Cirugía, sin duda. La doctora le saludó con voz tensa:

—Hola, doctor Nelson...

Sentí que el suelo del ascensor se abría bajo mis pies. Ella acababa de nombrar al doctor Nelson como cirujano del caso que fingíamos llevar al quirófano. Y para nuestra mala fortuna, el

propio doctor Nelson tomaba aquel ascensor. Se inició el descenso de nuevo. El doctor Nelson miró la camilla tapada sin comentar cosa alguna. Luego se volvió a los enfermeros.

—¿Van a ayudar al doctor Humphrey? —inquirió.

—Sí, doctor —respondió uno.

—Excelente —asintió él—. Yo me uno a ustedes para ayudarle también. Al parecer, es un caso desesperado y difícil...

—¿Cómo? —Se extrañó el enfermero—. ¿No va usted a operar a ese paciente?

Señalaban a mi camilla. Creo que palidecí intensamente tras mi mascarilla. El doctor Nelson miró en esa dirección. Arqueó las cejas, perplejo. Negó con la cabeza.

—Claro que no —dijo—. ¿De dónde sacaron eso? ¿Qué paciente es ése, doctora Stowe?

Todo acababa de echarse a rodar. El ascensor se detuvo en la planta baja. Se abrieron las puertas. Mi cuerpo temblaba de pies a cabeza. El doctor Nelson esperaba una respuesta de la doctora Stowe.

Ella sonrió, serena, llena de tranquilidad, y dijo algo increíble:

—Olvidé decírselo. Este otro paciente... es el doctor Humphrey.

Y para asombro mío, la sábana de mi camilla saltó por los aires y, soltando una estridente carcajada, saltó de la misma el propio doctor Humphrey, con su reluciente calva, sus gafas de gruesa montura de carey y su rostro redondo y antipático, al tiempo que también la doctora Stowe rompía a reír estruendosamente.

Alucinado, contemplé todo aquello sin entender nada de nada. Los enfermeros también reían, rodeándome como un coro infernal y sarcástico. De repente lo comprendí todo, y miré con rabia y desesperación a la doctora.

—¡Me ha engañado! —rugí—. ¡Todo era una farsa, un miserable engaño! ¡Usted preparó todo esto para burlarse de mí!

—Claro, querido Ellery, ¿qué esperaba? —se mofó ella, burlona—. ¿Qué le ayudara a escapar de aquí? No, amigo mío. De aquí, nadie escapa... ¡Nadie escapa!

Nadie escapa...

La horrible frase retumbó en mi cerebro como si éste estuviera hueco. Me sentí frustrado, burlado, humillado. Y, lo que era peor, sumergido en aquella espiral de horror, en aquel cerco maldito de

batas blancas y verdes, de médicos y enfermeros que hacían de mí un pobre loco, un caso desesperado, un ser sin esperanzas.

Me sentí como enloquecido. Cargué contra ellos, les aparté a empellones, les derribé contra las paredes del ascensor, y lancé la camilla sobre el doctor Humphrey, que rodó por el bruído suelo del vestíbulo, maldiciéndome y perdiendo sus preciosas gafas de carey.

Luego eché a correr, cruzando el amplio vestíbulo de la planta baja como si me persiguiera el diablo.

—¡Es inútil, Ellery, no huya! —Gritó el doctor Humphrey—. ¡No huya! ¡No puede escapar!

—¡Nunca escaparás, Ellery! —se mofó la doctora Stowe, riendo—. ¡Nunca...!

Vi ante mí, cubriendo la puerta, a varios enfermeros de poderosa complexión, que me cerraban toda posibilidad de salida del recinto hospitalario. Me revolví, furioso, y vi una gran vidriera al otro lado. Corrí hacia ella.

—¡Por ahí no hay salida, Ellery! —Gritó el doctor Nelson—. ¡No puede saltar toda esa altura y vivir!

Comprendí al llegar ante la vidriera. Asomaba a la rampa descendente que conducía a los aparcamientos subterráneos, al depósito y a dependencias situadas en los diversos sótanos del edificio. Miré al fondo. Al menos una altura de cinco pisos me separaba del asfalto de la rampa, allá abajo, rodeada de setos y jardines de la residencia.

No vacilé. Estaba harto de todo ya. Incluso de vivir.

Me arrojé contra la vidriera. Oí gritos agudos a mi espalda. El impacto de mi cuerpo hizo saltar los vidrios en mil pedazos. Caí con todos ellos, a través del vacío, hacia el asfalto.

Cuando me estrellé en él violentamente, supe que todo se había terminado para mí. Nadie podía sobrevivir a una caída así.

Capítulo V

ESTA vez, sí.

Esta vez era cierto. No se trataba de un sueño.

Mi despertar ya no era en las blancas salas del hospital, ni en un lecho, bajo el globo de blanca luz, rodeado de médicos curiosos.

Estaba donde ya me había visto otras veces. En la Morgue. Sobre una mesa, esperando quizás la autopsia. Mi autopsia.

Había sido como girar en un círculo vicioso. Partir de un punto para volver a él. O dar vueltas en espiral, en torno a un mismo centro: mi propia muerte.

Hacía frío allí. Mucho frío. Olía a vacío, a soledad, a muerte. Miré alrededor mío desde la mesa donde reposaba, sin mover siquiera mi cabeza. Sé que miré, pero sabía también que no podía mover la cabeza. No podía mover nada.

Otros cuerpos aparecían en las mesas vecinas. Un niño en una, una mujer en otra, un anciano en la de más allá... Una pareja de jóvenes a mi lado. Chico y chica. Tenían los cráneos destrozados. Un accidente, sin duda.

Un gran hospital siempre recibe casos de urgencia. Siempre tiene cadáveres en su depósito, esperando la autopsia. Yo era sólo uno más entre todos ellos. Mi pesadilla había terminado.

Capté algo allá, en el oscuro fondo de la tétrica sala. Pisadas, voces. Rumor de conversación trivial. Unas blancas batas se aproximaban a mí. Pero ya habían dejado de darme miedo. Ahora ya no temía nada. Sólo la idea de sentirme cortado, troceado, vaciado, por aquellos implacables servidores de la burocracia y de la rutina médico-legal.

Se entretuvieron contemplando a unos y otros cuerpos, como quien examina una mercancía. Al final se aproximaron a mí. Me rodearon. Oí unas palabras:

—Empezaremos con este mismo. Es el tipo que se arrojó por el

ventanal. Su cerebro debía de estar muy enfermo, pobre diablo. Veamos si hay algo en él que nos explique las razones de ese impulso suicida.

De haber estado vivo, me hubiese estremecido. Mi sueño se repetía en la realidad. Iban a abrirme el cráneo. Yo hubiese querido decirles algo, expresarles mis sensaciones, revelarles que, más allá de la muerte, aún se siente, se oye, se vive en cierto modo... aunque uno no pueda hablar ni moverse.

Era inútil. No podían oírme porque yo no tenía voz. No podían advertir nada en mí, porque yo no tenía movimiento y una frialdad de hielo envolvía mi cuerpo rígido.

Empuñaron el temible serrucho. Lo aplicaron a mi cráneo. Empezaron a serrar desde mi frente. Era un terrible dolor. Sentía el dolor. Un dolor taladrante, que parecía llegar como un agujonazo insoportable hasta el fondo de mi cerebro...

Mi cerebro continuaba zumbando. Era como un taladro que llegase a mi masa encefálica y la seccionase brutalmente. El dolor era irresistible.

—¡Basta, basta! —Clamé—. ¡Por el amor de Dios, paren ese horrible zumbido o me destrozarán el cráneo!

Imagué que no iban a oírme. Que mi voz ni siquiera sonaría salvo en mi mente. Me sorprendió oírme a mí mismo. Y advertir que también los demás me oían.

El zumbido se detuvo. Una voz seca manifestó:

—Ya es bastante, Hickory. Detenga la prueba.

El zumbido resonó un par de segundos más en mi bóveda craneal, enloquecedor, y se amortiguó, apagándose de modo definitivo. Una rara lasitud, un descanso súbito y esperanzador me invadió. Respiré hondo. Sí, *respiré*, a pesar de que poco antes pensaba que estaba muerto. Y los muertos no respiran.

Me incorporé levemente. Podía hacerlo. Mi cuerpo había recobrado el movimiento. Pero no pude hacer mucho más. Algo tiró con fuerza de mi cabeza y cuerpo, sujetándome e impidiendo que siguiera moviéndome.

La luz, sobre mi cabeza, no era ya aquella que tan bien conocía en cualquiera de mis retornos a la consciencia. No había un globo blanco colgado del techo encima de mi cabeza. Era un resplandor más vivo y cegador el que bañaba mi rostro y me deslumbraba.

Cerré los ojos, aturdido. Me agité en mi lecho. Noté que era más blando que el metal perforado que servía de superficie a la mesa de autopsias. Aquella luz daba calor a mi rostro. Intenté levantar un poco los párpados. Vislumbré figuras borrosas, bailoteando entre luces centelleantes.

Era un juego de luces potentes, verticales, lo que desprendía sobre mí aquel calor. Espejos cóncavos multiplicaban la potencia de esa luz todavía más. Comprendí que era la lámpara de un quirófano.

Pude soportar la claridad. Miré alrededor mío. Angustiosamente, descubrí de nuevo las blancas batas, como flotantes espectros agobiantes, bailoteando en torno mío una nueva y silenciosa danza macabra. Llevé mis manos lentamente a la cabeza.

Descubrí cables y electrodos aplicados a mis muñecas, a mis sienes, a mi nuca. Todo mi cuerpo era como un objeto en el que se centraba una telaraña fría y cibernética, compuesta de circuitos. Aparatos electrónicos zumbaban y emitían luces en torno a la mesa de operaciones en que yacía.

—¿Qué... qué significa esto? —susurré—. ¿Qué pasa ahora?

—Cálmese, Ellery —sonó una voz—. Estamos cada vez más cerca de su curación. Sólo tiene que colaborar un poco más.

Curación... Colaborar... todas esas palabras me sonaban a hueco, a falso, a mentira total y absoluta. Borrosamente, distinguí las facciones halconadas del doctor Maxwell, la calva y las gafas de carey del doctor Humphrey...

—No, no... —pedí, exasperado, alzando mis manos crispadas en demanda de un poco de piedad, sentimiento que sabía que nunca iba a encontrar en aquella gente que me rodeaba—. Por favor, por lo que más quieran, déjenme ya, déjenme de una vez por todas. Quiero morir. Morir en paz... Es lo único que pido...

—No tiene nada que temer, Ellery —insistió ahora el doctor Humphrey—. Estamos aquí para ayudarle, no para hacerle daño.

«Maldito doctor Humphrey», pensé. Él no ayudaría en su vida a nadie. Era un psiquiatra, después de todo. Lo imaginé como la nueva versión de un inquisidor, de un torturador. La idea casi me hizo reír.

—Váyase al diablo —gruñí—. Váyanse todos al diablo. Están locos. Todos están más locos que yo... ¿Qué pretenden hacer

conmigo? ¿Qué nuevo experimento es éste? ¿Qué es lo que imaginé esta vez?

—Todo, Ellery —la voz suave, cálida, me hizo estremecer. Era una voz de mujer. Una voz que yo conocía bien. O que *creía* conocer. Ya no estaba seguro de nada.

—Doctora Stowe... —susurré, estremeciéndome de nuevo—. Glenda... Eres tú... Tú...

Rodaron por mi mente imágenes confusas y excitantes. Unas bellas piernas, unos pechos desnudos y generosos, unos labios perversos y sensuales, un cuerpo entregado, palpitante, gozoso, una cadena interminable de susurros y jadeos entre las sábanas.

—Sé lo que piensa, Ellery —dijo ella con serenidad—. Todo eso nunca existió. Nunca. Sólo lo imaginó.

—¡No, no es posible! —rechacé—. Fuiste mía... Nos amamos...

—Impulsos sexuales previsibles —suspiró la voz insufrible del doctor Humphrey—. Es todo tal como imaginábamos, doctora. El paciente se siente motivado por deseos carnales irreprimibles. Y usted es el objeto de su deseo.

—¡Miente, miente, bastardo! —Grité airadamente, arrancándome los electrodos que se adherían a mis sienes—. ¡Ella fue mía, lo sé! ¡No pude imaginar eso!

¡Intenté escapar... y ustedes lo evitaron! Debí morir... Debí morir al caer por el ventanal...

—Serénese, Ellery —me rogó la doctora dulcemente—. Todo eso nunca ocurrió, salvo en su propia mente. Vivió otra de sus ficciones, ¿comprende? Cuando la enfermera Kane se marchó, usted se quedó dormido. Le aplicaron los electrodos para un experimento neurocibernético, creación personal del doctor Maxwell. Eso fue todo. A partir de ese momento, vivió intensamente una realidad que no existía salvo en su propio subconsciente. Hemos registrado todo ello en una serie de gráficos y de informes electrónicos. Ellos nos ayudarán a revelarnos su personalidad real, sus complejos y traumas. Y conociendo lo que pasa en su mente, sabremos cómo curarle de todo mal...

—¡Cállese, maldita sea! —rugí airado—. ¡Estoy harto de todos ustedes! ¡Harto de ser un cobaya en sus manos, de ser carne de laboratorio, sujeto de experimentos indignos e inhumanos! ¡Están jugando con mi persona, con mis sentimientos, con mi cerebro,

como si yo fuese algo inanimado y falto de sensibilidad! ¡No tratan de curarme de mi posible locura, sino de volverme loco mediante su odioso tratamiento! ¡Todos ustedes son como vampiros succionando la sangre de sus pacientes! ¡Malditos, malditos sean todos!

Forcejeaba con rabia, mientras varios enfermeros me sujetaban. Hice saltar los electrodos de mis miembros, y capté algún chispazo al producir un cortocircuito en alguno de ellos. Una máquina comenzó a humear, y la apagaron prestamente, mientras sentía un profundo agujonazo en mi brazo, uno más entre tantos. Seguí luchando furiosamente con todos ellos, como presa de un ataque demencial. Me retenían a duras penas entre cuatro o cinco hombres, a los que procuraba patear o golpear al menor descuido. Pero mis fuerzas fueron abandonándome y, finalmente, me sumergí en una total inconsciencia, a medida que las imágenes se borraban de mi vista de modo paulatino y deforme.

Muy lejanamente, como entre brumas, oí algunas palabras sueltas a mi alrededor, a medida que mi resistencia se agotaba:

—Ya está...

—Dormiré profundamente...

—Se ha puesto muy furioso, es un mal indicio...

—Ya se adormece, no teman nada.

Y era verdad. Me adormecía. Un instante después, no sentía nada.

—¿Me guarda algún rencor?

—No, ninguno. ¿Por qué habría de hacerlo?

—No sé. Me debe considerar una enemiga. Y después de lo que imaginó de mí.

Permanecí callado. Tomé un poco de sopa. Luego sacudí la cabeza.

—Usted lo ha dicho, doctora —suspiré—. Era imaginado. Nada más.

—Pero usted lo vivió como si fuera real, ¿no es cierto?

—Sí —la miré ahora—. Sí, así es.

Estaba erguida ante mí. Me había examinado antes de cenar. Ahora, esperaba mientras yo, sin apetito, atacaba los alimentos, paseando por la estancia donde volvía a reposar tras mi desagradable experiencia en la sala de neurocibernética del doctor Maxwell.

—Debe comprender que no era a mí a quien deseaba —me explicó con calma—. Era sólo un reflejo de sus deseos, de su propia sexualidad reprimida, Ellery.

—No sé si era así. Sólo sé que era feliz con usted, doctora.

—Gracias —sonrió ella, tras el espejeo rápido de sus gafas—. Eso resulta muy halagador para mí.

—No se le cuente a su esposo, de todos modos —traté de bromear.

—No tengo esposo —replicó.

Tomé una cucharada más de sopa y la aparté. Miré con desgana el pescado con guarnición. Ella me observaba fijamente.

—¿Por qué hicieron eso? —pregunté de repente, sin mirarla.

—¿Hacer qué?

—El experimento. Inyectar drogas o aplicar electroshock a los pacientes psiquiátricos ya es mala cosa. Atiborrarles de medicamentos, también. Pero encima usar la electrónica para volvernos más locos todavía...

—Usted sufre un complejo en relación con nosotros, los médicos. Imagina que todo lo hacemos para perjudicar a los pacientes.

—Muchas veces, por desgracia, es así. Puede que yo sufra manía persecutoria con ustedes. Pero ustedes mismos no son ajenos a que se produzca.

—Tal vez. Sé que hay muchos psiquiatras que no merecen el nombre de tales. Pero le aseguro que sólo estamos intentando ayudarle. Mientras no conozcamos bien los recovecos de su mente, no podremos hacer gran cosa en su beneficio. El cerebro humano está lleno de corredores y pasillos que no conducen a ninguna parte. Lo que cuenta es hallar el verdadero camino a la verdad que el paciente oculta involuntariamente. Sólo descifrando ese enigma, se puede intentar la curación.

—¿Era necesario provocarme deseos sexuales y que usted fuese el objeto de ellos?

—Nadie le provocó nada. Nos limitamos a recoger una serie de datos de su subconsciente. Freud basó casi todas sus teorías en la sexualidad.

—Freud era un obseso sexual —objeté despectivo—. Nunca creí en él.

—Hace mal. Tuvo cosas atinadas. Debíamos saber qué sentía en

el terreno emocional, en relación con el sexo.

—¿Y ahora lo saben?

—Yo, al menos, tengo cierta idea de ello —sonrió la doctora Stowe irónica.

—Perdone —la miré, avergonzado—. Debí mostrar mis instintos muy al desnudo.

—Yo diría que de un modo muy halagador para una mujer. Y yo, aunque médico, también soy mujer.

—No me cabe la menor duda, doctora. O nunca hubiera imaginado nada así. Pero lo demás, su complicidad en mi fuga, el doctor Humphrey, la caída por la vidriera...

—Tiene usted una fértil imaginación para crearse un mundo paralelo a este que le toca vivir —suspiró la doctora, conciliadora, arrugando el ceño al ver que retiraba la bandeja—. ¿No come nada más?

—No, gracias. No tengo apetito.

—Como quiera —suspiró, retirándome la bandeja—. Ha pasado un mal día con esa desagradable experiencia. Será mejor que descanse y mañana se encontrará mejor.

Pulsó un timbre. Una enfermera que no era Priscilla Kane ni Ida Prescott, se llevó los alimentos de la estancia. La doctora aún se quedó un momento, estudiándome con interés.

—¿Va a ponerme una de sus famosas inyecciones para que sueñe o imagine nuevas cosas, doctora? —indagué.

—No, no —rechazó suavemente—. Nada de eso. Basta por hoy de experimentos. Tiene derecho al reposo auténtico. Procure no sufrir pesadillas, es todo lo que deseo.

—Gracias, doctora. Buenas noches.

—Buenas noches —llegó a la puerta y sonrió, volviendo la cabeza—. Procure no soñar conmigo...

—No puedo prometérselo —dije—. Y tampoco me desagradaría un sueño así, doctora.

—Sigue siendo muy halagador para mí —rió, abandonando la habitación.

Me quedé solo. Solo con mis temores, mis angustias y mis fantasmas. Solo en la cama de hospital, bajo el inevitable globo de luz y frente a la entreabierta ventana enrejada. Debía de estar lloviendo allá fuera, porque capté el soplo húmedo del aire y el

rumor de las gotas de lluvia en alguna parte. Respiré hondo. Hubiera deseado tanto recibir esa agua en el rostro, correr libremente por las calles mojadas.

—No, nada de sueños ni imaginaciones —me dije—. Luego, el despertar resulta demasiado doloroso...

Me arrebujé en las sábanas. Físicamente no me sentía cansado, pese a la lucha que sostuve aquella mañana con los enfermeros en el quirófano destinado a experimentaciones neurocibernéticas, pero sí mentalmente, quizás a causa de la fatiga provocada por aquel diabólico juego del doctor Maxwell, aplicando la electrónica a la investigación de la mente humana.

Creo que me quedé dormido algún tiempo, no demasiado, porque el ruido de la puerta de mi habitación, al abrirse, me despertó bruscamente.

—Eh, ¿quién está ahí? —pregunté, alarmado.

—No se preocupe, señor Ellery —dijo una voz amable—. Soy el enfermero Hickory. Estoy de servicio esta noche. Vine a hacer un recorrido por las salas de esta planta. ¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien —rezongué—, Hickory... Me suena su nombre de algo.

El enfermero, de baja estatura pero fuerte complexión, asintió sonriente. Tenía un rostro ancho y vulgar, bajo un pelo cortado a navaja.

—Estaba esta mañana en la sala de neurocibernética, ayudando a los doctores Maxwell y Humphrey en el experimento —me refirió—. Se puso usted violento con nosotros, señor Ellery. Tuvimos que luchar duro para reducirle...

Sin saber la causa, sentí odio por él. Su presencia en aquel ingrato momento, su bata blanca... Todo en él me resultaba odioso ahora.

—Usted me quitó los electrodos —recordé.

—Así es. El doctor Maxwell lo ordenó. Detuve el funcionamiento de la prueba.

—¿Es una prueba legal?

Hickory se echó a reír cínicamente y sacudió la cabeza.

—Perdone que le diga, señor Ellery, pero aquí hay pocas cosas legales. Muy pocas.

—¿Quiere decir que las autoridades médicas no permitirían

cierta clase de experimentos?

—Algo así. Ni las demás autoridades tampoco. Aunque nunca se sabe. El mundo hoy en día está bastante podrido. Los propios gobiernos hacen muchas cosas que no son legales. Y nadie se mete con ellos. La fuerza está siempre en las mismas manos, señor Ellery.

—¿Debo entender que aquí se toleran cosas que no son correctas, que se hace la vista gorda respecto a cierta clase de experimentos ilegales?

—Yo no me atrevería a afirmar tanto, pero algo hay de eso, señor Ellery —sonrió, mirándome—. De todos modos, no piense que podrá acusar alguna vez a esta gente de todo eso. Ellos nunca le dejarán salir de aquí si existe ese riesgo. De modo que será mejor que trate de olvidar lo que le he dicho. Como si no lo hubiera oído nunca...

«Ellos nunca le dejarán salir de aquí...».

Esa frase me hirió como la más dolorosa y traicionera punzada recibida durante toda mi reclusión en el centro médico. Era peor que las inyecciones sedantes, peor que los electrodos, peor, incluso, que mi imaginada sierra de autopsias...

El enfermero, tras esas palabras, se volvió, indiferente, dirigiéndose a la salida. Le contemplé, sobrecogido, empezando a comprender muchas cosas y a imaginar otras aún más terribles.

«Será mejor que trate de olvidar lo que le he dicho. Como si no lo hubiera oído nunca...».

Eso había dicho él. Pero lo había dicho. Y yo lo había oído. Hickory tal vez comentase eso alguna vez. Ellos lo sabrían. Y nunca, *nunca*, saldría de allí en el resto de mi vida.

No sé lo que pasó por mí. Sólo sé que sentí la absoluta necesidad de intentar lo imposible, de jugarme el todo por el todo. Sobre la mesilla estaba aún la jeringuilla y el líquido que habían de inyectarme. Un poderoso sedante que la doctora Stowe no había querido aplicarme esa noche. Pedí al enfermero:

—Por favor, Hickory, ¿quiere cerrarme la ventana? Siento frío...

—Claro —dijo él, volviéndose—. Está lloviendo. Y creo que lloverá toda la noche. Pero el fresco es agradable, pese a todo.

—A mí no me gusta. Detesto la humedad —mentí.

Fue a la ventana a cerrarla. Tomé la jeringuilla y la ampolla. Rompí ésta por su parte superior e introduje rápidamente la aguja

en el líquido. Lo absorbió en un instante. Cuando Hickory se volvió, ya tenía la jeringuilla llena, a mis espaldas. Le sonreí.

—Gracias —dije—. Buenas noches, Hickory.

—Buenas noches, señor Ellery —me respondió, caminando hacia la puerta.

Salté sobre él inesperadamente. Le rodeé con un brazo la garganta. Él era fuerte. Reaccionó de inmediato. Pero yo tampoco soy flojo. Y en aquello me iba mucho.

Le sujeté con energía, impidiéndole gritar. Le clavé la aguja en el cuello, violenta, profundamente. Vacíé la jeringuilla en un instante, directa a su sangre. Forcejeó, furioso, y caímos rodando por el suelo. Procuré, en todo momento, mantener mi presa sobre su cuello para ahogarle todo sonido de alarma, mientras soportaba estoicamente una lluvia de golpes suyos. El tipo pegaba duro, y tuve que replicar con potentes patadas y golpes de puño. Aun así, hubiese llevado las de perder, si el sedante activo no hubiese comenzado a surtir sus fulminantes efectos.

Se debilitó de repente, comenzó a flojear. Le pegué de firme, sin contemplaciones. No supe si, al caer inconsciente, era resultado de mis golpes o del medicamento.

Lo cierto es que su resistencia se había terminado. Y nadie oyó nada.

Recordé mi sueño, mi imaginada evasión o lo que fuese. Rápido, le despojé de la bata blanca y de sus pantalones y zapatillas. Me vestí de enfermero. Una duda terrible me asaltó en ese momento. ¿Era yo mismo, era la vida real, estaba sucediendo en verdad todo esto... o era una nueva ficción creada por los métodos del doctor Maxwell y por mi maldita imaginación?

«Al diablo con eso», pensé. Fuese real o no, jugaría mi papel tal y como todos esperaban que lo hiciese. Vestido de enfermero, salí al corredor. Lo escudriñé en toda su longitud. No se diferenciaba mucho de la falsa imagen que de él tuve la noche anterior.

Estaba viviendo de nuevo otra de mis fantasías, empezaba a temerlo seriamente. Pero era igual. La seguiría hasta el fin, una vez más. A fin de cuentas, era lo que esperaban de mí. Y siempre había la remota posibilidad de que alguna vez, todo esto fuese cierto, tangible.

Eché a andar hacia los ascensores. Esta vez no me acompañaba

la doctora Stowe. Ni tampoco una camilla con un falso paciente que luego resultara ser el maldito doctor Humphrey. No. Iba solo. A cuerpo descubierto. A todo riesgo.

Y, sin embargo, no sentía miedo alguno. Estaba dispuesto a todo.

«No hay nada como imaginar las cosas —pensé—. Todo esto es imaginario. Por eso sale bien. Por eso sé que saldrá bien hasta que ellos quieran o hasta que mi mente decida salir de este sueño. Hasta entonces, haré lo que quiera. ¡Soy libre de mis actos, al menos en el terreno de lo imaginario!».

Sentí ganas de saltar, de reír. Pero me dominé. Cuando el ascensor abrió su puerta ante mí, creí estallar de gozo. Era más de lo que esperaba. Nadie en él, nadie reclamándolo desde planta alguna del edificio. Pulsé el botón de los sótanos. Esta vez no iba a cometer el error del sueño anterior, de escapar por la planta baja. Allí había demasiada luz, demasiada gente, muchas medidas de seguridad. En cambio el subterráneo, el acceso de coches al exterior... Podía ser una buena ruta de evasión.

El ascensor bajó, bajó, bajó... Piso a piso. La planta baja quedó atrás, apareció el sótano A, el B, el *parking* subterráneo...

Salí al abrirse las puertas. El aire olía a cemento, a humedad, a gasolina y a lluvia. Cerca de allí, en alguna parte, un aguacero fuerte batía con intensidad en algún techo. Había coches y ambulancias aparcados en distintas zonas del recinto.

Corrí hacia las últimas. La salida de una ambulancia causaría menos sorpresa que la de un coche particular de algún médico de servicio. Después de todo, yo vestía uniforme de enfermero, y nada tendría de extraño que saliera del recinto hospitalario con uno de esos vehículos, alegando cualquier urgencia.

Llegué a la hilera de ambulancias. Eran varias las que tenían las puertas entreabiertas, y las llaves del encendido puestas. Ventajas de elegir un vehículo así. Estaban siempre a punto para una salida de emergencia. Me dispuse a subir a una de ellas...

—Eh, enfermero, ¿adónde va ahora?

Me quedé helado. La pregunta había surgido a mis espaldas. Al volverme lentamente, creo que la sangre estaba hecha cristales en mis venas. Aquella voz me había resultado particularmente conocida, particularmente odiada...

Era el doctor Humphrey.

Igual que en el sueño. Seguro de sí, sonriente, con su calva reluciendo a la claridad de un tubo neón, con sus gafas de gruesos vidrios y monturas de carey, despidiendo destellos al recibir la claridad ambiente.

Nos miramos fijamente. Con frialdad. Él dio un paso atrás, sorprendido.

—¿Cómo? —balbuceó, asombrado—. Usted..., usted no es el enfermero... ¡Usted es... Frank Ellery!

Me había descubierto. La fuga se iba al traste. Le vi acercarse a mí, mientras se disponía a gritar, llamando la atención del personal del establecimiento.

Me volví ligeramente hacia la cabina de la ambulancia. Había creído ver algo allí, poco antes. ¡Una llave inglesa junto al asiento!

Sí. Allí estaba. El doctor Humphrey había comenzado a llamar con voz clara y potente:

—¡Aquí, pronto, enfermeros! ¡Acudan, servicios de seguridad! ¡Un paciente peligroso intenta escapar...!

Aferré la llave inglesa y le pegué de lleno. Le vi cae de espaldas, con los ojos desorbitados y miopes, al perder sus gafas de carey, que se hicieron añicos en el suelo de cemento. La sangre corrió por sus escasos cabellos de la sien y la patilla derecha, empapando su rostro y goteando a sus ropas. Solté la llave ensangrentada, con horror. Humphrey me miró con una expresión de patético horror y cayó de espaldas, dando volteretas rampa abajo. Dejó tras de sí un feo reguero sanguinolento.

—Dios... —jadeé—. Le he matado... ¡Le he matado...!

Estaba lleno de terror. Otra vez igual. Como en el Hospital Random... Otra víctima a mis espaldas... Otro crimen.

Pero no, pensé saltando al interior de la ambulancia, más calmado. Esta vez, no. No había crimen alguno. Todo era falso, fingido. Un nuevo sueño o una alucinación provocada, ¿qué más daba? Pero nada real, nada cierto.

Puse en marcha el vehículo. De momento, nadie había acudido a la llamada de alarma del doctor Humphrey, que yacía inmóvil, hecho un ovillo, allá al final de la rampa descendente, entre las ambulancias y los coches particulares del hospital.

Arranqué. A toda velocidad, remonté la rampa de cemento, salí a la zona ajardinada, me precipité hacia la salida del hospital,

guardada por los vigilantes armados.

Detuve el vehículo lo suficiente para informar desde la ventanilla:

—¡Una emergencia! Ha habido un accidente con varios heridos, no podemos perder tiempo.

Asintieron, accionando la puerta electrónica. Salí disparado a la noche, haciendo patinar las ruedas en el asfalto mojado, lanzándome hacia las luces de la ciudad a través de la cortina de lluvia.

El hospital quedó atrás, con su enorme mole, sus hileras de ventanas, su deshumanizada masificación, sus batas blancas, su enloquecedora terapia psiquiátrica, sus fríos y despiadados métodos.

Pero yo sabía en lo más íntimo de mi ser que no era así, que no había salido ni saldría jamás de aquel recinto, que todo esto no era sino un anhelo creado por mí cerebro, acaso provocado por una serie de electrodos y mecanismos condicionando mis pensamientos y mis deseos más íntimos. De un momento a otro despertaría en mi cama, y nada sería como yo soñaba ahora que era. Ni el enfermero Hickory estaría drogado, ni el doctor Humphrey con el cráneo roto por un golpe de llave inglesa, ni la ambulancia libre en medio de la ciudad, conmigo al volante...

—Demasiado hermoso todo para ser real... —susurré, conduciendo velozmente a través de las calles mojadas, haciendo sonar la sirena de la ambulancia—. Y demasiado terrible que haya cometido otro asesinato, como para que las cosas hayan sucedido así. Todo es un sueño, una pesadilla más... ¡Sólo eso...!

No sé cuánto tiempo estuve conduciendo la ambulancia a través de calles y avenidas, entre el tráfico ruidoso, los escaparates iluminados y los parpadeos multicolores de los anuncios luminosos.

Lo único cierto es que, algún tiempo más tarde, agotado, abandonaba la ambulancia en un oscuro callejón de la parte baja de la ciudad, y caminaba hacia un pequeño bar, un local con un rótulo en fluorescente rojo, parpadeante, donde pedí un *whisky*. Por fortuna, Hickory llevaba algunas monedas en su bata blanca, monedas que constituían mi única fortuna en ese momento. Pagué mi consumición, y salí al ver que la gente me miraba con extrañeza, dado mi blanco ropaje de enfermero.

«Si iba así vestido a cualquier sitio, no tardarían en arrestarme», pensé siguiendo el juego a mi imaginación o al nuevo experimento programado por aquellos hombres del centro médico.

Y como tanto daba ya, y todo era puro sueño y ficción, rompí la vidriera de una pequeña tienda de ropas y cambié de indumentaria, vistiéndome normalmente, sin que nadie se diera cuenta de nada. Comprendí, con cínico sentido del humor, que sólo en sueños salen así de bien las cosas.

Fui entonces a un pequeño hotel barato, donde pedí habitación para una noche. Di un nombre imaginario, pagué con el resto del dinero del enfermero, y subí a mi alcoba, pequeña, estrecha y sucia. Logré dormirme, pese a los guiños irritantes de un luminoso situado junto a la ventana.

Al hacerlo, sabía que al despertar estaría de nuevo en el hospital, en mi habitación de siempre, y que todo lo sucedido aquella noche no sería sino un sueño, una pesadilla más...

Una vez más, desperté.

Era lo lógico, lo previsible. Desde un principio supe que volvía a ser objeto de otro de aquellos malditos, fríos y terribles experimentos. Mi mente seguía imaginando cosas, creando pesadillas, viviéndolas en un clima de horror y de angustia sin límites, para después hallarme de nuevo en una cama hospitalaria, y comprobar que todo había sido ficticio, irreal, fruto tan sólo de mi cerebro o de aquellos despiadados electrodos aplicados a él por la ciencia deshumanizada de un puñado de investigadores para quienes la vida y la razón humanas importaban realmente muy poco.

Otra vez despertar, ver aquel globo de luz suspendido sobre mí, ver aquella ventana enrejada, asomada a la ciudad cercana y distante a la vez. Otra vez ver batas blancas, rostros indiferentes, pastillas tranquilizantes, inyecciones de valium o de librium, fármacos aniquiladores de la voluntad y del raciocinio, de la rebeldía y de la propia personalidad...

—No, Dios, no... No vuelvas a permitirme vivir otra vez la horrible pesadilla de despertar, de sentirme prisionero entre estos blancos muros... —jadeé, convulso, agitándome en unas sábanas húmedas por el sudor de mi cuerpo crispado—. No puedo soportarlo más... ¡No puedo! Deseo cualquier cosa menos esto...

incluso morir. Sí, morir, dejar de sufrir, descansar de una vez, no sentir esta siniestra tortura que me aniquila...

Pero era inútil. Había despertado. Una fría luz matinal hería mis ojos aun con los párpados cerrados. Era luz de sol, aunque nublada. Recordé la lluvia de la noche, su fresca sensación en mi rostro mientras creía deambular por la ciudad. Pero también recordé algo más.

El doctor Humphrey. Su cuerpo hecho un ovillo en el cemento de la rampa del *parking* subterráneo, sus ojos vidriados, sus gafas de carey rotas, la sangre corriendo por sus cabellos ralos, por su rostro contraído.

Sangre.

Sangre y muerte, una vez más. Respiré hondo, sintiendo palpar con fuerza mi corazón. Las impresiones eran cada vez más reales. Como si lo imaginado tomara forma, como si lo irreal se convirtiese en auténtico para mi pobre cerebro enloquecido y acosado.

Casi me alegré de haberlo soñado, de volver a estar allí, tras una pesadilla más. Volvería a ver a la doctora Stowe, a la enfermera Kane o a la enfermera Prescott, al doctor Maxwell o el doctor Humphrey. Y nada de todo aquello habría ocurrido nunca. Era lo de siempre, lo de cada día...

Abrí los ojos, suspirando con cierto alivio. La luz solar, pese al nublado que la hacía grisácea y triste, hirió mis retinas casi de forma cegadora. Parpadeé, incorporándome en el lecho. Me froté los ojos con ambas manos antes de mirar alrededor, en busca de los detalles familiares.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Una sensación gélida, indescriptible, acosó a mi persona.

—No, no... —me sorprendí oyendo mi propia voz, ronca y apagada—. No es posible...

No estaba en el hospital. No estaba en mi habitación.

Aquel cuartucho feo y destartado, sucio y mal amueblado, en nada se parecía a la habitación aséptica y pulcra del hospital. La ventana no estaba enrejada. Por sus entreabiertos postigos penetraban voces de niños, una radio a demasiada potencia, el claxon cercano de algún coche...

Tambaleante, me incorporé, sin dar crédito a mis ojos. Caminé descalzo sobre la alfombra raída y el suelo polvoriento. Me

contemplé en un espejo, desprovisto del pijama color crudo del hospital, sobre el pequeño lavabo desconchado, de grifos oxidados. Mi rostro estaba ajado, ojeroso, como si el descanso no me hubiera aliviado lo más mínimo.

Caminé hasta la ventana igual que un sonámbulo. Me asomé a ella, sobre un callejón estrecho y maloliente, donde los aromas de hamburguesas se mezclaban con los de desperdicios. Junto a la ventana, un rótulo vertical anunciaba algo, en letras recubiertas de tubo fluorescente, ahora apagado.

Los guiños de luz y color de la noche anterior acudieron a mi memoria. El vago recuerdo de un sucio y barato hotel, de unas ropas robadas en una tienda, me asaltó como una cuchillada. Temblé, apoyándome en el alféizar.

—Dios mío... —gemí—. Era cierto. *Todo* era cierto esta vez... ¿O acaso sigo soñando?

Volví rápidamente a la cama. Vi mis ropas sobre una silla. Sí, aquella chaqueta, aquel pantalón, aquellos zapatos, me eran totalmente desconocidos. Nunca había tenido un traje así. Era, sin duda, la ropa robada en la oscuridad de la noche, tras romper un escaparate. Y sin embargo, había sido tan fácil para ser real...

Me vestí presuroso, después de lavarme la cara y alisar un poco el cabello.

Estaba demasiado excitado para esperar un momento más. Debía salir de dudas lo antes posible. Cualquier cosa sería mejor a vivir aquel horror un minuto más, sin saber a ciencia cierta si al fin era libre o si continuaba soñando, imaginando cosas. No sabía siquiera lo que realmente deseaba, cuál era la respuesta que más podía satisfacerme. Ser libre era huir de la tortura psíquica a que estaba siendo sometido. Pero era también convertirme de nuevo en asesino. Seguir en el hospital, era continuar prisionero de una telaraña de psiquiatras, neurólogos y expertos en cibernética, en lugar de pesadilla. Pero era también, cuando menos, sentirme inocente de un segundo crimen.

Una vez vestido, bajé sin aparente prisa las escaleras. Un reloj, en la conserjería, me indicó que eran solamente las ocho y media. Muy de mañana. El conserje de día ni se dignó a mirarme, enfrascado como estaba contemplando un programa matinal de televisión en un pequeño receptor situado sobre una mesa.

Hubiera pasado de largo por allí, sin saber dónde encontrar una respuesta a mis angustiosas dudas, si de repente, en la pequeña pantalla del receptor de televisión no hubiese aparecido un presentador leyendo un boletín de noticias.

—Con ustedes ahora, Harry McDonald informándoles de la actualidad local —dijo con su estereotipada sonrisa ante las cámaras—. Y, naturalmente, para continuar dándoles noticias del asesinato cometido anoche en un importante centro neurológico de nuestra ciudad. La ambulancia ha sido hallada ya, pero no hay todavía ningún rastro que conduzca al paradero del asesino...

Tambaleante, lívido, salí del hotel tras haber permanecido parado, como clavado en el suelo, mientras el locutor informaba de esa horrenda noticia. Tuve que apoyarme en la pared, sintiendo cómo mis rodillas temblaban de tal modo que parecían capaces de dar conmigo en tierra.

—Otra vez... —gemí—. Otra vez soy un asesino...

Porque ahora ya no cabían dudas. Ahora todo era real. Había sucedido.

Quise completar un sueño, quise matar a alguien sintiéndome impune en la irrealidad de un sueño... y había matado realmente a un hombre, porque esta vez nada había sido imaginado. Esta vez, todo era cierto y no producto de mi cerebro.

SEGUNDA PARTE

Vorágine

Capítulo primero

—FRANK ELLERY, póngase en pie. El jurado va a emitir su veredicto.

Me puse en pie. Miré al juez, a los miembros del jurado, a mi abogado defensor, al implacable fiscal acusador. Volví ligeramente la cabeza. Contemplé, en la primera fila de asistentes, a Janis y a Steve.

Janis estaba elegante, como siempre. Y bonita. Era una mujer seductora, inteligente y muy femenina. Se había ataviado con discretos tonos grises, tal vez para representar bien su papel de esposa afligida. Pero ya sabía que todo eso era pura escenografía. Steve, a su lado, era la viva imagen de la indiferencia, por mucho que fingiese sentirse impresionado.

—Señores del jurado, ¿han llegado ya a un veredicto unánime y definitivo?

—Sí, señoría.

—Bien. El acusado, Frank Ellery, ¿es inocente o culpable de asesinato en primer grado?

Una pausa. Luego, la voz solemne del portavoz de los «doce hombres justos» —que en realidad eran siete hombres y cinco mujeres, dos de ellos de color—, emitió el temido veredicto:

—Culpable, señor juez.

Respiré hondo. No podía esperar otra cosa. El juez respiró hondo, clavando sus ojos en mí.

—Bien. Permanezca en pie el acusado —dijo—. Frank Ellery, una vez oído el veredicto del jurado, este tribunal le condena a morir en la silla eléctrica en el periodo de veinte días a contar del de la fecha. Será trasladado para ello a la penitenciaría del Estado, para que se cumpla la sentencia en la forma que fija la ley. Dios se apiade de su alma.

Mi abogado se acercó a mí, me apretó el hombro con fuerza.

—Tenga serenidad —me pidió—. Apelaré. Aún existen cauces legales para cambiar esa sentencia, Ellery. El informe psiquiátrico no puede pasarse por alto tan alegremente. Conseguiré que le internen en un centro psiquiátrico.

—No, no lo haga —le rogué—. No quiero eso, prefiero morir.

—Pero...

—Se lo suplico. Nada de internamientos. La muerte es más piadosa que los médicos.

—Como quiera. De todos modos, apelaré. Salvaré su vida, Ellery.

Esta vez, el despertar no fue tan angustioso. Pero mi sueño sí lo había sido. Era algo que me había sucedido con frecuencia en los últimos tiempos. Aquel proceso por el asesinato de la enfermera Mosser, se repetía una y otra vez en mi subconsciente tan repetidamente como los hombres del doctor Maxwell habían logrado repetir mis pesadillas a base de fármacos y de electrodos.

Ahora, cuando menos, podía delimitar el sueño de la realidad, distinguir la línea sutil que separaba ambas cosas. Me incorporé mirando alrededor, aterido de frío.

Estaba lloviendo de nuevo en la ciudad. El aire era húmedo y fresco. Y yo tenía pocas prendas para protegerme de él. Además, ni siquiera había comido o cenado. No tenía dinero para ello, y temía dejarme ver por lugares bien iluminados y muy frecuentados. En un escaparate, había visto por televisión mi fotografía, la misma que fue tan reproducida por diarios y medios de comunicación durante el proceso del caso Mosser. Frank Ellery volvía a ser actualidad, triste y trágica actualidad.

Aquel sueño en un viejo almacén del barrio industrial de la ciudad, no me había servido de mucho. Sólo para revivir los momentos del proceso que me llevó a escasos metros de la silla eléctrica, hasta que la pena me fue conmutada en una inesperada y urgente revisión de mi caso, en respuesta a la apelación de mi abogado, y la pena capital quedó en suspenso, a la espera de lo que decidieran las autoridades psiquiátricas, tras un periodo de observación y terapia, al mando del doctor Maxwell.

Ahora podía recordar vagamente todo eso, aunque sus hechos eran confusos todavía, quizás porque los sedantes y las drogas no me habían permitido aún recuperar la total lucidez. Hundí mis manos en los bolsillos del pantalón y abandoné el almacén,

caminando por la acera para guarecerme de la molesta llovizna bajo los salientes de los edificios.

Por fortuna, poca gente circulaba por aquel barrio extremo, y toda ella de baja condición social. Muchos de aquellos pobres diablos con los que me cruzaba, tenían buen cuidado de no mezclarse en vidas ajenas y menos aún de recurrir para nada a la policía. Me sentía seguro entre ellos. Pero el frío y el hambre comenzaban a hacer mella en mí. Un reloj, en una cafetería, me indicó que eran ya las nueve de la noche. Y ni siquiera tendría un sitio decente para dormir ni un bocado que llevarme a la boca, a menos que se produjera un milagro.

Pasé ante la puerta de una estación de policía, por la acera opuesta. Me detuve un momento, contemplando las luces y al fornido agente uniformado, de guardia en la entrada. Tentado estuve por un momento de cruzar la calzada, llegar al policía y entregarme con unas breves palabras:

—Soy Frank Ellery, buscado por asesinato. Enciérreme, agente.

Pero resistí la tentación. Un camastro en una celda y un poco de comida caliente no eran precio suficiente para volver de nuevo a un centro psiquiátrico, tal vez con camisa de fuerza y aislado en una estancia acolchada en esta ocasión, tratado como un loco homicida, altamente peligroso. Después de todo, ¿qué era yo, si no, culpable de dos horribles asesinatos?

El escaparate de un restaurante hizo que mi estómago sintiera mil molestas punzadas. Contemplé con una avidez que me era desconocida, la presencia de alimentos bien presentados en la vidriera, el olor a comida de su interior hirió mi olfato tentadoramente. Para un hombre rico, como yo, aquélla era una sensación nueva e increíble. Jamás me había privado de nada. Y ahora...

Sacudí la cabeza, continuando calle arriba. De repente, oí un grito cerca de mí. Me volví, sobresaltado. Un hombre forcejeaba con alguien. Vestía bien, y su adversario llevaba ropas desaseadas. Le vi sacar una navaja automática a este último, y el otro dejó de pelear. Observé que en la otra mano, el sujeto armado llevaba un billetero.

—Si tratas de quitármela, te rajo —silabeó el tipo con voz áspera.

—Rufián, maldito ladrón... —jadeó el hombre bien vestido con

tono amedrentado.

Empezó a retroceder el de la navaja, llevando consigo el billetero, con una mueca de triunfo en su rostro. La escena tenía lugar a poca distancia de mí. Avancé con rápida zancada, lo más silencioso posible, hasta situarme a sus espaldas. Rápido, alargué un brazo y sujeté su muñeca armada, doblándole el brazo hasta la espalda.

El tipo lanzó un grito ronco de dolor y trató de soltarse. No logró sino que la llave se hiciera más violenta. La navaja tintineó en el asfalto mojado.

—Vamos, la cartera —le ordené, seco—. Suelta la cartera o te rompo el brazo.

—¡Bastardo! —Farfulló roncamente—. ¡Te cortaré el cuello cuando me sueltes!

—¿De veras? —le retorcí de tal modo el brazo que aulló de rabia. Rápido, le despojé del billetero con mi otra mano, y luego le hice girar sobre sí mismo, disparándole un directo seco al mentón apenas le hube soltado el brazo.

Trompicando, se fue contra la pared, donde se golpeó sordamente. Me miró asustado, me agaché a por su navaja, y en cuando vio que la empuñaba, echó a correr cobardemente, sin esperar más.

Cerré la navaja, guardándola en un bolsillo. Luego, avancé hacia el hombre bien trajeado, a quien tendí el billetero.

—Tome, señor —le dije—. Y procure no deambular mucho por esta zona si lleva demasiado dinero encima...

—Lo tendré en cuenta, gracias —susurró, mirándome con sorpresa al tiempo que tomaba su pertenencia—. Creo que fui un imprudente, sí.

—Pues que esto le sirva de lección —concluí, disponiéndome a alejarme.

—Espere —me rogó—. Le debo un gran favor, amigo.

—Olvídelo —sonreí.

—No, eso no. Ese tipo me hubiera quitado una buena suma de dinero. Tome, creo que se lo merece, amigo.

Me tendía tres billetes de cinco dólares. Estuve a punto de rechazarlo, indignado. Pero me contuve. Después de todo, ¿quién era yo ahora para rechazar una suma que me bastaría para calmar

mi apetito y permitirme dormir seguro bajo un techo?

—No se lo tomaría si estuviera en otra situación —suspiré, alargando la mano—. Gracias, señor. Pero yo no le ayudé por esto.

—Lo sé. Sin embargo, acéptelo —sonrió—. Es lo menos que puedo hacer por usted.

Guardé el dinero, le hice un gesto de despedida y me alejé. El hombre había salvado su dinero. Y yo mi noche. Nunca imaginaría que había dado una limosna a un millonario.

Pude cenar tranquilo en un pequeño restaurante italiano, y luego buscar un alojamiento para dormir, en otro hotelucho de mala muerte donde habitualmente nunca se pregunta a un cliente quién es ni adónde va.

Pero sabía que esta forma de vida tenía un límite, y que cientos de policías andaban tras de mi pista por toda la ciudad. Tenía que hacer algo cuanto antes.

Y lo hice a la noche siguiente, tomando una decisión drástica.

Fui al único lugar que conocía donde podía encontrar ayuda. A mi propia casa. En busca de Janis, mi mujer.

No es que confiara en mi mujer. La experiencia me había enseñado ya todo lo contrario. Ella me internó en una clínica psiquiátrica, de la que escapé cometiendo un asesinato. Luego, declaró contra mí en el proceso, aunque su testimonio careció de validez legal gracias a las leyes de los Estados Unidos. Sin embargo, sus palabras no dejaron de hacer mella en el jurado.

Si iba ahora a nuestra casa, era porque allí confiaba, al menos, en encontrar dinero, medios de seguir ocultándome. Si Janis se interponía y trataba de dificultar las cosas, no dudaría en ser duro con ella. Se habían terminado ya hacía mucho los días de vino y rosas con mi mujer. Ahora sabía que ella era un enemigo potencial. Pero su casa seguía siendo también la mía. Y sólo en ella podía encontrar recursos suficientes para continuar aquella demencial carrera contra todo y contra todos. Aun a pesar de Janis y de mi primo Steve, si también se interponía en mi camino.

Me esperaba una primera y profunda decepción.

Al llegar cerca de mi casa, me detuve en una esquina, observando el terreno. Lo que vi no podía resultar más negativo para mí.

La finca estaba rodeada de policías. Toda la manzana aparecía

acordonada por coches-patrulla con sus luces giratorias parpadeando en la noche, y numerosos agentes armados recorriendo las aceras alrededor.

—Debí imaginarlo —me dije, contrariado—. Vigilan la zona por si me ocurre venir a vengarme de ella. Nunca podría llegar hasta Janis ni tan siquiera a mi casa.

Malditos sean todos...

Retrocedí lentamente, procurando no ser advertido. Una noche más, la llovizna charolaba las calles de la ciudad. Pude ver mi tambaleante figura en un negro charco, junto al bordillo. Hundí en él mis pies, y la imagen se borró con un chapoteo.

Otro coche-patrulla pasó junto a mí, haciendo pestañear la luz de su capota. Lo eludí ocultándome rápido en un portal. Luego seguí adelante. Pero no por mucho tiempo...

El automóvil se detuvo bruscamente, pegado al bordillo. Pegué un respingo, intentando alejarme de él a toda costa. La portezuela se abrió ante mí, y temí lo peor.

—Suba, Ellery, pronto —siseó una voz.

Me quedé rígido, mirando a la persona que manejaba el volante. Por unos momentos, no supe qué hacer. La voz me apremió:

—Vamos, ¿a qué espera? Esto está infestado de policías. Si se entretiene, puede que le vean e identifiquen. Están esperándole desde que escapó de allí.

Aturdido, reconocí a la persona que me hablaba con tono apremiante. Moví la cabeza, perplejo.

—¿Subes o no? —Se impacientó ella, mirándome fijamente con sus bonitos ojos pardos, jaspeados.

Subí. Me acomodé a su lado. Cerré la portezuela. Ella arrancó sin perder tiempo. Viró en la esquina inmediata y comenzó a alejarse de mi casa, de la zona cercada por la policía.

—¿Cómo me encontró? —pregunté, tras un silencio.

—No era difícil —sonrió sin mirarme—. ¿Adónde podías ir, más pronto o más tarde? Ellos también sabían eso. Suerte que yo te vi antes.

—¿Por qué lo hace?

—Ya te lo dije una vez. Confío en ti. No te creo peligroso.

—Pues lo soy. Maté al doctor Humphrey.

—No puedo creerlo.

—El doctor está muerto.

—Eso lo sé. Vi su cadáver en el hospital. Pero no creo que lo hicieras tú.

—Lo hice, enfermera Kane.

—Tendrías tus motivos. ¿Ya no me llamas Priscilla? —Ahora sí me miró, sin dejar de conducir.

—Oh, lo había olvidado... —susurré, llevándome una mano a la cabeza—. Después de todo, no estaba seguro de haberlo vivido o imaginado...

Se inclinó, al detenernos ante un semáforo. Me besó los labios fugazmente.

—Eso no lo soñaste —sonrió.

—Menos mal —resoplé, mirándola con gratitud—. Es tan difícil apartar lo real de lo fingido.

—Tal vez lo del doctor también lo imaginaste —me sugirió, volviendo a ponerse en marcha.

—No eso no. Le golpeé con una llave inglesa. Le vi caer, bañado en sangre. Y tú..., tú has visto su cadáver.

—Aun con todo eso, el corazón me dice que eres inocente. Por eso he venido varias veces por aquí, esperando encontrarte antes que la policía y evitarte lo peor.

—De momento, lo has conseguido —suspiré—. ¿Adónde piensas llevarme ahora?

—Al único lugar seguro que pienso que existe para ti —sonrió ella—. A mi propia casa, Ellery.

Capítulo II

ERA como sentirse definitivamente a salvo. Seguro, en un hogar, bajo un techo amigo. Sabía que no era así, pero al menos la impresión resultaba agradable, reconfortante.

—No sé cómo agradeceréte, Priscilla —dije.

—No quiero tu gratitud —rechazó ella, tendiéndome un vaso con *whisky* y hielo—. Toma esto. Te confortará un poco.

Asentí, tomando un sorbo. Luego contemplé abstraído el juego de las luces en los cubitos de hielo que se agitaban en el vaso. Priscilla se sentó frente a mí, en una butaca. Yo me estiré ligeramente en el sofá, con un suspiro de alivio.

—Es como si todo hubiera pasado —dije.

—Pero no ha pasado.

—No, claro que no. Sé que todo sigue igual. No puedo comprometerte a ti permaneciendo demasiado tiempo en tu vivienda. Perderías tu empleo e incluso podrían acusarte de encubridora y enviarte a la cárcel.

—Nadie imaginará que estás aquí —dijo con gesto risueño.

—Vale más que no corras riesgos conmigo. Tengo que pensar un medio de ocultarme en alguna parte.

—¿Dónde?

—No lo sé. Debo pensar un poco.

—¿Por qué se te ocurrió ir a casa de tu mujer?

—Es *mi* casa, Priscilla.

—Es igual. La habita ella ahora. Y tal vez tu primo. Ellos te entregarían a la policía o a los médicos en cuanto te vieran.

—Claro. Pero depende de que yo les dejara hacerlo.

—¿Qué otra cosa podrías hacer? ¿Matarles? —Se detuvo, como si hubiera dicho algo que no quería. Rectificó de inmediato—: Lo siento. No debí hablar así.

—No importa —suspiré—. Hablando de mí, resulta natural. Ya

son dos las muertes que llevo sobre mi conciencia.

—Por favor, no digas eso. Ni siquiera puedes estar seguro de que matases a la enfermera Mosser o al doctor Humphrey.

—¿Ah, no? ¿Qué crees que hice entonces al atacarles? Yo mismo les vi caer ensangrentados...

—Tú mismo has admitido que tu mente está confusa, aturdida, que mezclas la realidad y lo imaginario. Alguien pudo aprovecharse de eso en ambas ocasiones, confundirte, hacerte creer lo que no era...

—¿En dos lugares y en dos ocasiones diferentes? —Sacudí la cabeza—. No, no lo creo, Priscilla. Estás luchando por mantener un ideal insostenible. Soy un enfermo, un homicida, tal vez involuntario, pero homicida al fin de cuentas. ¿Sabes que me sentí incluso feliz cuando vi caer al doctor Humphrey herido de muerte? Porque pensaba que era todo un sueño, que no tenía responsabilidad alguna en hacer lo que deseaba, ya que todo era fingido. Y de repente, supe más tarde que esta vez no, que esta vez todo era tremendamente cierto, horriblemente real...

Incliné la cabeza, angustiado. Permanecí callado. Noté su fresca y suave mano en mis sienes, en mi cabello. Ella se había levantado y me estaba acariciando con dulzura. Alcé los ojos. Vi su figura en escorzo, recortándose contra el techo, dibujando nítidos sus erguidos pechos la blusa que ahora lucía.

—Cálmate —me rogó con tono cálido—. Yo debo irme pronto a trabajar. Mi turno empieza hoy a las seis de la mañana. Pero aún tengo tiempo de estar a tu lado unas horas. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias. Tomé un emparedado y una cerveza por ahí —reí suavemente, mostrando mi bolsillo casi vacío—. Toda la fortuna que poseo en este momento, se eleva a tres miserables dólares...

—Eso tiene fácil arreglo —dijo ella, yendo a un mueble—. Te daré dinero por si decides adquirir algo durante mi ausencia, aunque sería mejor que no salieras de la casa si no quieres ser visto...

—No, no —rechacé—. Sólo faltaría que me dieras dinero...

—No seas tonto —rió—. Es un préstamo que te hago. Tengo algunos ahorros. Y tú eres un hombre rico. Estoy segura de que me devolverás cuando todo esto haya terminado felizmente.

—¿Ocurrirá eso alguna vez? —dudé.

—Claro. Estoy segura de ello —asintió, volviendo hacia mí y depositando en mi mano un fajo de billetes—. Toma, te presto doscientos dólares. No puedes rechazarlos.

—Como préstamo, lo acepto —sonreí mirándola—. Si necesitas dormir, ve a tu alcoba. Yo me quedaré aquí, estoy muy cómodo, después de lo que he sufrido estas noches.

—Nada de eso —cortó, mirándose con ojos brillantes—. Dormirás en la cama.

—Ni pensarlo —rechacé—. Tú no duermes en este sofá por nada del mundo.

—¿Quién ha dicho eso? —Me susurró, significativamente—. La cama es lo bastante ancha para los dos, Frank...

—¿Quieres decir... que tú... y yo...? —La miré, asombrado.

—Sí —afirmó, con ojos brillantes—. Eso quise decir, justamente.

Me estremecí. Esto seguía siendo real, o en otro caso yo estaba ya loco de atar. No sería una falsa experiencia sexual provocada por neurocibernética ni ninguna de aquellas endiabladas ideas científicas del equipo del doctor Maxwell. Sería real, tangible. Una mujer y yo. Priscilla y yo.

—No sé si debo... —Comencé.

Ella me interrumpió, inclinándose y poniendo sus dedos en mis labios. Luego se incorporó, comenzando a desabrochar su blusa.

—Si te gusto solamente un poco, no hables —musitó—. Y sígueme, Frank.

La seguí. No hubiera podido hacer otra cosa.

Me desperté cuando aún era oscuro.

Un repentino terror me asaltó en la oscuridad del dormitorio. ¿Acaso ahora miraría al techo y...?

No, no. Me calmé enseguida. Pensé que debía irme habituando a aceptar la realidad con todas sus consecuencias. Ya nada de sueños, de pesadillas, de alucinaciones ni cosas fingidas. Estaba en una alcoba femenina, con aroma a suave perfume, con el recuerdo aún del suave olor a cuerpo de mujer entre las sábanas revueltas.

Alargué la mano. Encendí la luz de la mesilla. Una fotografía en color de Priscilla, me sonrió desde un marco de plata, junto al pequeño despertador electrónico. Eran las cinco y treinta y cinco minutos. Había un papel escrito, apoyado en la lámpara. Lo tomé, leyendo su breve texto:

Debo irme a trabajar, querido. Estás en tu casa y a salvo. No temas nada. No salgas de aquí si quieres estar seguro. Volveré entre las ocho y las diez de la noche, con cena para ambos. Te adoro. Priscilla.

Sonreí, encendiendo un cigarrillo del paquete que ella dejara sobre la mesilla. Acababa de exhalar la primera bocanada de humo, cuando pegué un respingo en la cama.

El teléfono estaba sonando. Lo miré, aterrado, mientras su timbre insistía desde la mesilla opuesta. Vacilé. No sabía qué hacer.

¿Y si era Priscilla quien llamaba?

El teléfono dejó de sonar tan repentinamente como empezara. Respiré con alivio y seguí fumando. Apagué la luz, disponiéndome a seguir descansando en el comfortable lecho de mi joven amiga.

Otra vez. El teléfono logró sobresaltarme de nuevo cuando reanudó sus llamadas. Me erguí, apoyado en un codo. Aplasté el cigarrillo en el cenicero, sin dejar de mirar la forma roja del aparato que insistía en sus llamadas.

Al fin, irritado, descolgué. No pregunté nada. Me limité a pegar el auricular a mi oído, y esperar.

Nadie preguntó nada. Creí captar un jadeo lejano, el sonido de una respiración entrecortada. Esperé. Mi misterioso interlocutor, evidentemente, también. Era como un duelo de silencios. Temí lo peor. ¿Habrían vigilado a Priscilla Kane, descubriendo que me protegía y encubría? ¿Era sólo un simple intento al azar?

Apreté los labios. De repente, el teléfono hizo «clic», y dejó de comunicar. Colgué, ceñudo, preocupado. No me gustaba aquello. Pero cuando menos, yo no había hecho sonar mi voz. Tal vez ni siquiera estuvieran seguros al otro extremo del hilo de que el aparato hubiera sido descolgado.

Temí un tercer intento, otra nueva serie de timbrazos. No ocurrió. El teléfono se mantuvo silencioso. Me incorporé, saltando fuera del lecho. Me cubrí con mis pantalones y, con el torso desnudo, di unos pasos por la alcoba de Priscilla. Oí rumor afuera, contra los cristales.

—Llueve otra vez —me dije—. Y con bastante fuerza...

Me acerqué a la ventana. Alcé la cortina, mirando a la calle. Priscilla vivía en un piso segundo. Podía ver la calzada fácilmente, alumbrada por las luces callejeras y los fluorescentes de un par de

locales abiertos de noche. Todo ello se reflejaba en el negro charol del asfalto mojado.

Circulaba poca gente a semejantes horas de la mañana. Pronto amanecería, aunque hasta verse claridad diurna en aquella época del año aún faltaba bastante tiempo. Un coche rodó ligero hasta perderse en una esquina, levantando agua de los charcos. La calle quedó desierta por un momento. Me dispuse a volver a la cama.

En ese momento, vi al hombre parado bajo la farola de la acera opuesta, no lejos de un club nocturno cuyo luminoso verde parpadeaba lívido en la noche, dando resplandores fantasmales a la escena.

Era un individuo de negro impermeable brillante, sombrero encasquetado hasta las orejas y manos hundidas en los bolsillos de su prenda mojada. Me extrañó su quietud bajo el cono de luz blanca, que proyectaba una alargada sombra en la acera.

De pronto, como si hubiera intuido mi presencia en la ventana, el hombre alzó la cabeza. Me miró. Cuando menos, miró a la ventana que yo ocupaba.

Retrocedí con un grito ronco de horror. Todo mi cuerpo se agitó con un escalofrío irreprimible.

El hombre acababa de despojarse de su sombrero negro. Pude ver su rostro, su cabeza, perfectamente.

¡Era calvo, lucía unas gruesas gafas de montura de carey... y su cabeza chorreaba sangre hasta gotear ésta por su rostro lívido y ojeroso! Su boca tenía una siniestra mueca al contemplar la ventana donde yo me hallaba.

—No, no... —susurré, convulso—. ¡No es posible! He debido de ver mal... ¡Es sólo otra alucinación, una más! De nuevo vuelvo a sufrirlas, nada ha variado...

Tambaleante, regresé a la ventana para comprobar la veracidad de mis sospechas.

Allí estaba él. Seguía mirando hacia la ventana, ensangrentada su faz cadavérica, rígida su enlutada figura.

—Es él... ¡El doctor Humphrey! —Me pasé una mano trémula por el rostro, súbitamente bañado en sudor frío—. Dios, eso no puede ser... ¡No puede estar ocurriendo, yo demostraré que eso no es *real*!

Y tomando a la carrera mi camisa y mi chaqueta, corrí a la

puerta, salí del piso vistiéndome por el camino, y descendí a todo correr las escaleras, dejando abierta la puerta del piso de Priscilla.

Alcancé la calle metiéndome la chaqueta a duras penas, con los faldones de mi camisa por fuera. Miré hacia la farola situada frente a la casa.

¡No había nadie!

Despavorido, trémulo, hice recorrer a mis ojos toda la calle, de extremo a extremo. Vi a un hombre caminando calle abajo, con el cuello de su negro impermeable subido, el sombrero encasquetado hasta las orejas. Corrí tras él, sin la menor vacilación.

—¡Espera, espera ahí, condenado fantasma! —Rugí, dándole alcance—. ¡Vamos a vernos las caras tú y yo, y te demostraré que no me asustan ya todas las alucinaciones posibles de este mundo! ¡Seas el doctor Humphrey o su alma condenada, te voy a probar quién soy yo!

Y aferrándole por un hombro con rabia, le di vuelta, dispuesto a encararme, sin temor alguno, a aquella faz de ultratumba vislumbrada bajo la farola callejera.

El hombre se me quedó mirando con cara de pocos amigos y no pequeña sorpresa, mientras yo hundía mis dedos en su hombro, lleno de una fría y ciega ira.

—¿Se ha vuelto loco? —Bramó el individuo—. ¿Va a soltarme o llamo a un policía para que le enseñe modales, amigo?

Le miré, estupefacto. Las ropas parecían las mismas, la figura también. Pero aquel hombre ni era el doctor Humphrey, vivo o muerto, ni se parecía a él lo más mínimo. Se trataba de un tipo de mediana edad, cabellos algo canosos, rostro rugoso y ojos claros, sin gafas, que me estudiaban con aspecto de pocos amigos.

—Perdone... —jadeé, soltándole, confuso—. Creo... creo que cometí un error...

—Y vaya error —se quejó él—. Si sigue confundiendo a la gente con esos malos modos, puede encontrarse metido en un buen lío. Solamente si yo hubiera sido más joven, hubiese pagado cara su estupidez.

—Le ruego que me disculpe. Creí..., creí verle antes bajo aquella farola... y era usted otra persona...

Miró al lugar que yo le señalaba, con gesto adusto. Luego sacudió la cabeza.

—Yo no estuve bajo esa farola en ningún momento, amigo — rezongó—. Ni he visto a nadie por ahí.

Se alejó, sin añadir más. Demudado, me quedé allí, contemplando el verde resplandor del luminoso del club nocturno, que me revelaba una calle totalmente vacía y sin la menor huella de la presencia del fantasma que yo creyera ver con espantosa nitidez desde el piso de Priscilla.

—Dios mío, no puedo haberlo imaginado... —susurré, apoyándome en una fría, mojada pared de ladrillos—. Era demasiado real para ello... Pero he creído vivir tantas cosas que no existieron... ¿Qué me está ocurriendo? ¿Qué le pasa a mi cerebro, qué fantasmas horribles es capaz de inventar para mi desgracia?

Tardé algún tiempo en reaccionar. La lluvia que caía sobre mis cabellos y rostro logró reanimarme un poco. Recordé que había dejado abierta la puerta del piso de Priscilla, y fui hacia allá con rapidez. Subí las escaleras de la casa sin poder apartar de mí aquella horripilante visión del sanguinolento rostro del médico asesinado, que por dos veces me fuera dado a contemplar a la luz de la farola. Evidentemente, comencé a pensar, sólo mi imaginación había vuelto a jugar-me aquella mala pasada.

Eso abría en mí una interrogante estremecedora. ¿Era realmente culpable el doctor Maxwell de mis alucinaciones... o yo mismo, en los recovecos de mi mente, guardaba el secreto de aquellos horrores? ¿Estaba siendo objeto de un experimento monstruoso e inhumano, o era realmente un caso psicopático, un esquizofrénico en potencia?

Me detuve, angustiado, al llegar al segundo rellano. La puerta del piso de Priscilla se había cerrado. Me precipité hacia la misma, y forcejeé con ella, pero en vano. Estaba firmemente ajustada.

Miré al corredor vacío, buscando la causa de aquel cierre, tal vez una corriente. Ello no era posible. La única ventana, al fondo del pasillo, estaba herméticamente cerrada. No había corriente capaz de cerrar la puerta.

Ahora no podía regresar a aquel seguro refugio que la bella enfermera me brindara. Impotente, apoyé mis manos crispadas en la hoja de madera. Claro que podía derribar aquel obstáculo, pero ello no hubiera hecho otra cosa que provocar la alarma en la vecindad y causar un escándalo que en modo alguno me convenía.

Desalentado, comencé a bajar de nuevo los escalones hacia la planta inferior. Ya ni siquiera disponía de un techo donde guarecerme. El azar, o un destino adverso e implacable, me habían cerrado aquel acceso definitivamente, al menos durante todo un día, hasta el regreso de Priscilla de su tarea en el hospital.

Salí otra vez a la calle, bajo la lluvia. Estaba desmoralizado, roto. Ya ni siquiera sabía si valía la pena seguir luchando. Quizás estuviera más seguro entre los odiados muros de un hospital, sometido a tratamiento, tratado como un psicópata homicida.

Cerca del club nocturno, vi las luces del otro local abierto. Eran tres mágicas letras parpadeando en la noche lluviosa, en vivo color rojo: BAR.

Avancé hacia él, decidido. Empujé la puerta vidriera y eché una mirada al interior. Un barman tras el mostrador, alumbrado por tubos de flúor, atendía a su única clientela, compuesta por una mujer gorda y pintarrajeada, sin duda una ramera barata, y dos individuos con aspecto de cargadores. En una gramola sonaba una canción de moda, ruidosa y sincopada, que me molestó al oído. Procuré ignorarla y me encaminé a la barra, pidiendo un *whisky* doble con voz ronca.

El barman, sin mirarme apenas, se encaminó a una botella y puso una generosa dosis en un vaso.

—¿Hielo o soda? —preguntó.

—No, nada —respondí.

Vino hacia mí. Puso el vaso delante. Y se quedó mirándome de repente, con expresión de estupor y sobresalto. Le miré a mi vez, perplejo, mientras ponía un billete en la barra.

—Eh, amigo, ¿qué le pasa? —preguntó—. ¿Qué significa eso?

Primero no le entendí. Miré a ambos lados de la barra, y descubrí que la mujer y los dos tipos me miraban con expresión horrorizada, apartándose rápidamente de mí.

Entonces miré mis manos, que tanto parecían alarmar al barman. Chillé, presa de un horror histérico.

¡Mis manos estaban empapadas en sangre!

Sangre que goteaba sobre el mostrador, sobre el propio *whisky* recién servido, tiñéndolo de rojo... ¡Sangre que también aparecía mojando mi camisa y mi chaqueta, con amplias manchas frescas!

—Oiga, usted no está herido... —farfulló uno de los hombres,

alarmado.

—Será mejor llamar a la policía —sugirió la vieja prostituta, muy pálida.

Retrocedí, presa del pánico más irracional e invencible que un ser humano puede experimentar. Aquello no tenía sentido, era absurdo, demencial... ¡pero estaba ocurriendo!

¿O tal vez *no*?

—Sangre... —jadeé, moviéndome hacia la puerta, mientras el barman iniciaba su marcha hacia el teléfono situado al fondo de su negocio, sin quitar de mí sus ojos aterrados—. Es sangre... No entiendo cómo... cómo pude mancharme así...

La gente de aquel local me miraba como si yo fuese un monstruo, una bestia salvaje... o un loco peligroso. Me pregunté qué era de todas esas cosas. Y aunque no podía estar seguro de que estuviese viviendo realmente aquella experiencia enloquecedora, de que no estuviera sufriendo una nueva y angustiosa alucinación, me apresuré a abrir la puerta del bar y salir corriendo a la calle, como alma perseguida por Lucifer.

La puerta del local se cerró con violencia tras de mí, eché a correr como un demente, patinando sobre la acera mojada, a punto de caer de bruces. Tuve que sujetarme a una de las farolas, para sostener mi precario equilibrio y poder seguir mi carrera, huyendo de no sabía qué, acaso de mí mismo o de algo demoníaco y aterrador que se alojaba dentro de mí, de mi cerebro desquiciado...

Me miré mis manos enrojecidas, goteantes de sangre, con creciente pavor. ¿Qué me estaba ocurriendo, Dios mío? ¿Qué clase de locura era aquélla? Tambaleante avancé por la acera, alejándome de las rojas luces del bar, perdido en la noche, en la ciudad bajo la lluvia, convertido en una piltrafa humana sin rumbo ni brújula.

De repente lo vi allí, ante mí. Me paré en seco.

Estaba inmóvil, de espaldas a mí, justo en la esquina, las manos enguantadas a la espalda, brillante de agua de lluvia su negro impermeable. Era un policía, con su inconfundible gorra, un patrullero deambulando por su distrito.

Una idea enloquecida cruzó mi mente. ¿Y si me entregaba? ¿Y si terminaba con todo aquello, diciendo quién era y dejando que me arrestase? Era un modo de vencerme a mí mismo y derrotar a los

espectros de mi cerebro. De terminar de una vez por todas, aunque fuese para volver al mismo terrible lugar de donde me habían sacado para convertirme en una ruina moral; la celda de la muerte, la siniestra silla de la penitenciaría del Estado, los voltios que debían recorrer mi cuerpo y exterminarlo de una vez, total y definitivamente.

La locura no me lo pareció tanto. Ansiaba descansar, terminar con todo aquello, escapar a aquella infernal vorágine de terrores y de angustias. La muerte era un largo y apacible descanso. Valía la pena.

Me acerqué al policía, me detuve tras sus anchas espaldas. Y hablé con voz clara, precisa, rotunda:

—Agente, vengo a entregarme. Soy Frank Ellery, acusado de dos asesinatos, y he escapado hace varias noches del hospital psiquiátrico.

Creí que no me había oído, porque continuó allí, dándome la espalda, indiferente e inmóvil. Insistí:

—Le digo la verdad, agente. Estoy harto de escapar, de intentar huir. Póngame las esposas y lléveme con usted, no voy a oponer resistencia.

Ahora sí me había oído, sin lugar a dudas, porque giró lentamente la cabeza y el cuerpo para volverse hacia mí. Respiré hondo, casi con alivio. Ya estaba. Ya se había terminado. Había logrado vencer a mis propios terrores y hacer lo más sencillo, lo más razonable.

El agente de policía estaba ya ante mí, contemplándome. Era alto. Alcé la cabeza para mirarle cara a cara, al tiempo que extendía mis manos unidas, para ser esposado.

Un horror sin límites me invadió. Lancé un grito ronco, terrible, y retrocedí como si se me hubiese golpeado con un poderoso mazo.

Parecía imposible lo que estaba viendo, pero mis ojos alucinados podían seguir contemplando aquel horror viviente para persuadirme de que realmente existía, de que no era mi imaginación quien se estaba creando un nuevo monstruo estremeceador.

¡Aquel policía tenía por rostro una horrenda calavera, un rostro esquelético, huesudo, de vacías cuencas negras, y sus dientes sin boca parecían reír, cloqueando en un siniestro sonido de burla, mientras los ojos inexistentes se clavaban en mi desde la faz de la

misma muerte!

—No, no... —retrocedí, frenético, convulso, sintiendo un frío glacial recorriendo todo mi ser, helando la sangre en mis venas y paralizando mi cerebro—. No puede ser... ¡No puede ser! Es una locura... un producto de mi imaginación...

El cloqueo prosiguió, sordo y sardónico, en aquella carátula, de huesos blanquecinos y descarnados. El policía espectral se quedó allí, a mis espaldas, mientras yo daba media vuelta y me perdía calle abajo, gritando como un poseso, ya totalmente enloquecido, sumergido en una crisis demencial de la que parecía ya imposible salir.

Capítulo III

YA había clareado cuando me tranquilicé.

No sabía lo que había hecho en todo ese tiempo, ni adónde me condujeron mis pasos. Sólo pude comprender que me hallaba en una zona de la ciudad que me era totalmente desconocida, con mis ropas arrugadas y húmedas, los pies cansados y la mente aturdida. Un fuerte dolor de cabeza, unido a un molesto palpitir de sienes, parecía presionar una banda de hierro caliente en torno a mi cráneo.

Me detuvo en las proximidades de un mercado donde descargaban camiones de productos agrícolas. Los camioneros y cargadores me miraron con indiferencia, diciéndose que tal vez era un tipo desocupado que volvía de una buena juerga, o uñó de tantos vagabundos que deambulaban por la noche y la mañana de la gran ciudad.

Miré mis manos con temor. No había en ellas la menor huella de sangre, así como tampoco en mis ropas. Tal vez nunca existieron esas horribles manchas, tal vez ni siquiera la gente del bar existió, salvo en mi imaginación, lo mismo que el espectro del doctor Humphrey, con su cabeza ensangrentada, o el terrorífico policía del rostro de calavera. Estaba seguro de que, una vez más, había vivido hechos que sólo eran producto de mi mente, de mi locura.

Me detuve en un punto de la zona de carga y descarga del mercado. Un hombre me alargó una manzana. La tomé, indiferente, dándole las gracias. Me alejé, mordiendo el fruto, abstraído y como ausente.

Tenía que ir a alguna parte, ahora que era de día. La idea de entregarme de nuevo a la policía, se había escabullido de mi cabeza en aquel momento. Ya ni siquiera sabía si eso era lo mejor. ¿Y si volvía a encontrarme con alguna otra espantosa aparición, en vez de encararme a un hombre de verdad? Era consciente de que

cualquier otra cosa, la más mínima impresión, otro *shock* parecido, me provocaría ya sin remedio la locura definitiva. Mi desequilibrio en estos momentos era total. Me sentía un triste guiñapo sin voluntad ni confianza, un pelele sumergido en un torbellino alucinante del que no había salida posible.

Subí a un taxi, a pocas manzanas de allí. El hombre me miró con desconfianza. Mi aspecto, sin afeitarse y con las ropas rugosas y mojadas, tras deambular durante algunas horas bajo la lluvia, no debía de resultar precisamente tranquilizador.

Le di una dirección. Estaba dispuesto a todo. A coger el toro por los cuernos, definitiva y totalmente. A enfrentarme a lo peor. Tal vez por eso le había dado aquellas señas.

Volvía a casa. A mi casa. A pesar de Janis, a pesar de Steve, a pesar de la policía. Ya todo me importaba poco.

El taxi me llevó a la dirección indicada. Bajé del vehículo y caminé hacia la casa, tras abonarle la carrera, cosa que tranquilizó bastante al conductor. Esta vez no había policías en torno a la vivienda. La lívida luz del amanecer daba una tonalidad azul grisácea a la calle y al asfalto mojado. Observé que las ventanas de la casa estaban cerradas aún.

Era igual. Pensaba despertar a todo el mundo, les gustase o no. Si Janis iba a entregarme a la policía cuando me viese, me tenía sin cuidado. Pero quería verme de nuevo frente a ella, saber lo que podía esperar de la que aún era mi esposa.

Llegué ante la puerta. Subí los tres escalones que conducían a la entrada. Apoyé mi mano en ella, disponiéndome a pulsar el timbre.

No fue necesario. La puerta cedió suavemente. Estaba abierta.

Eso no era habitual, a menos que el servicio hubiera estado en la entrada, cosa que no sucedía. Miré a mi alrededor, en busca de alguien que pudiera haber dejado momentáneamente abierto, pero tampoco había nadie en la acera.

Me encogí de hombros y entré en la casa. Respiré con cierta nostalgia, dirigiendo una mirada entrañable a todo lo que me rodeaba. El vestíbulo, la escalera, la lámpara del techo, la puerta de la biblioteca... Todo me recordaba otros tiempos, infinitamente mejores. Entonces, Janis y yo éramos felices. O lo parecíamos, cuando menos. Ahora, todo eso pertenecía al pasado. Un pasado que se había roto hecho añicos el día que descubrí que sólo le

importaba mi dinero y no sentía nada por mí.

Crucé el vestíbulo. Comencé a subir las escaleras. Tal vez Janis ya no vivía allí, pensé por un momento. Pero eso era absurdo. ¿Por qué iba a dejar la puerta abierta, si se hallaba ausente de la casa? Había allí objetos demasiado valiosos, como para dejarlos al alcance de cualquiera.

Cuando llegué arriba, miré a uno y otro lado. Ni un solo ruido alteraba la paz de la casa. Era igual que si no viviera nadie en ella. Me moví lentamente en dirección al ala donde se hallaban nuestras habitaciones. Recordé que mis cosas habían quedado en el gabinete que se encontraba antes de los dormitorios. Me detuve ante esa puerta y la abrí. Asomé a la estancia donde yo habitualmente despachaba mis asuntos cuando estaba en casa y no al frente de mis negocios. Contemplé, ensoñador, los muebles y objetos tan queridos: el retrato de Janis en el muro, hermosa y morena, altiva y majestuosa como siempre era ella... El mueble-bar, la mesa del despacho, el archivador...

Me acerqué a la mesa. Estaba todo tal y como yo lo dejé entonces. Busqué en el primer cajón, llevado de un impulso. Allí estaba lo que yo recordaba haber puesto: una pistola automática, que habitualmente llevaba conmigo cuando debía portar alguna suma importante, un manojo de llaves, papeles...

Recogí el arma. La examiné. Estaba cargada aún. Sin saber la razón, la metí en mi bolsillo. Luego, abrí con esas llaves otro de los cajones de la mesa. Todo estaba allí, incluso mi libro de cheques de una de mis cuentas corrientes individuales, utilizada normalmente para transacciones comerciales. Guardé el talonario en otro bolsillo, con rapidez. Tal vez podía servirme, llegado el caso. Eran cheques que podían hacerse efectivos dentro o fuera del país, ya que pertenecían a una entidad bancaria internacional, y el dinero había sido depositado en el extranjero por una de las sucursales de mis negocios.

Removí los papeles, sin encontrar nada que me pudiera interesar. De momento, mis asuntos comerciales me tenían sin cuidado, y mi fortuna también. Mientras estuviese declarado oficialmente loco, o sentenciado a morir en la silla eléctrica, era Janis la dueña de todo. Y ella lo sabía muy bien.

Dejé todo tal y como lo encontrara. Abandoné el gabinete tan

sigilosamente como entré. Mis pasos me llevaron ahora hacia los dormitorios que últimamente ocupáramos ella y yo, haciendo vidas separadas en la intimidad. Pasé de largo por mi propia alcoba, sin entrar en ella. Me detuve ante la de Janis, con su puerta cerrada.

Conocía bien sus costumbres. Si no había cambiado, y no creo que hubiera motivo para hacerlo, ahora que era totalmente libre, siempre fue trasnochadora, dada a fiestas alegres y a dormir hasta muy tarde durante el día. Sonreí algo malévolamente, preguntándome qué clase de susto iba a darle con mi presencia en la casa.

Alargué la mano. Giré el pomo lenta, silenciosamente. Abrí muy despacio la hoja de recia madera. Asomé al interior. Tal como pensaba, las luces del día no entraban por el ventanal, herméticamente cerrado. Vislumbré el bulto de su cuerpo, bajo las sábanas del lecho.

Entré, cerrando lentamente tras de mí. La oscuridad me envolvió. El aire de su dormitorio tenía un olor tenue, que me era bien familiar. Un perfume caro que ella usaba siempre, algo de una famosa firma de París, que valía un montón de dólares en sus diminutos frascos.

Permanecí quieto en la sombra, junto a la puerta. Pese a todo, sentía que me palpitaba con fuerza el corazón. Era la primera vez que me sentía humano otra vez, que parecía no haber vivido la espantosa pesadilla de aquellos días angustiosos. Janis y yo habíamos sido felices un día. Quería convencerme a mí mismo de que eso era posible rescatarlo aún. La fría razón me hizo ver enseguida que eso era un absurdo, un anhelo imposible de mis sentimientos. Janis no sentía nada por mí. Sólo el afán codicioso de deshacerse de mí para ser dueña de mi fortuna. Eso era así, y ningún sueño podía cambiarlo ya.

Avancé sigiloso hasta el ventanal. A tientas, encontré los postigos. Tiré de ellos súbitamente, y aparté las cortinas, dejando entrar en el dormitorio un raudal de violenta luz.

Aunque el día era nuboso y triste, la repentina claridad lo invadió todo, de un modo casi deslumbrador. Reí duramente, volviéndome hacia la cama de mi esposa.

—Felices sueños, querida —dije con sarcasmo—. Tu amado esposo ha vuelto a casa, ¿qué te parece eso?

Las palabras se me helaron en la garganta. Sentí que se me desorbitaban mis ojos, fijos en el lecho. Todo giró en torno mío, como un siniestro carrusel, y creo que grité. Grité, ronca, desgarradamente.

—¡No! —Rugí—. ¡No es posible! ¡Janis...!

Ella no me oyó. No podía oírme. Ni a mí ni a nadie.

Su rostro era una horrenda carátula del color de cera, y sus ojos estaban desorbitados y vidriosos, casi saliéndose de sus órbitas. Yacía entre las sábanas, revueltas y llenas de sangre por doquier.

Le habían cortado el cuello de oreja a oreja, con un terrorífico tajo del que habían escapado torrentes de sangre. No lejos de su cuerpo convulso, vi la larga hoja de acero de un cuchillo de cocina, utilizado sin duda para el degollamiento, dado que su filo aparecía igualmente bañado en rojo oscuro.

—Janis..., Janis, querida...

Aquellas palabras escaparon de mis labios incontenibles, sinceras, llenas de dolor. A pesar de cuanto ella me había hecho, no podía odiarla. Sentía por ella en estos momentos una profunda, infinita compasión.

—Pero ¿por qué...? ¿Por qué? —Gemí, contemplando el cadáver ensangrentado, con todo su terrible aspecto—. ¿Y, sobre todo... *quién?*

Era inconcebible. Ella, muerta, asesinada brutalmente en su propio lecho. Tal vez ahora tenía una explicación lógica el hecho de que yo encontrase abierta la puerta de la calle. El asesino, al huir, debió dejarla abierta en sus prisas... Y dada la temprana hora en que todo sucediera, nadie en la casa se había dado cuenta aún de nada.

Contemplé el cuerpo sin vida, la sangre, las blancas sábanas... Sentí un escalofrío. Blanco y rojo otra vez... Por un momento, me pregunté, aterrado, si todo aquello no sería obra mía, sin saberlo. Sí, una vez más, no habría sido arrastrado al crimen por mi locura homicida. Después de todo, ni siquiera me acordaba de lo que había hecho aquella misma mañana, antes de tener consciencia de las cosas junto al mercado donde descargaban fruta. Y el cadáver de Janis aún estaba caliente, lo comprobé al tocar su mano extendida, crispada sobre las sábanas en una última contracción desesperada.

Mis ojos estudiaron aquel cuchillo tosco pero terriblemente

eficaz, abandonado por el feroz asesino en el escenario de su crimen. Si pertenecía a nuestra propia casa, sólo el servicio podría decirlo en su momento, ya que tenía todas las trazas de ser un instrumento doméstico de uso culinario. Sólo que esta vez había servido para cortar una garganta humana...

Los oscuros y profundos ojos de Janis parecían contemplarme desde la eternidad, con una especie de patética expresión, no sé si de odio, de arrepentimiento o de impotencia. Lo único cierto es que su mirada resultaba dolorosa en estas circunstancias, y piadosamente pasé mis manos sobre sus párpados, cerrando éstos sobre tan vidriosas y trágicas pupilas.

Busqué en torno mío las huellas de la presencia de algún posible intruso, pero no me fue dado ver nada especial. Todo parecía en orden, salvo en aquel lecho utilizado como altar de sacrificios de un monstruoso rito criminal llevado a cabo por una mente enloquecida y cruel. Incluso con todos sus defectos y ambiciones, Janis no había merecido un final así.

Me dispuse a salir de la estancia, para llamar al servicio y explicarles lo que sucedía. Me detuve apenas me hube apartado un par de pasos de la cama ensangrentada.

—¿Avisar yo a los criados? —Murmuré hablando consigo mismo—. Cielos, no. ¿Cómo podría justificar mi inocencia? Yo no tengo razón alguna para estar aquí, Janis me hizo mucho daño, ellos pensarán que la odiaba hasta desear su muerte... Y me acusarán de este crimen. ¿Qué tendrá de extraño que un hombre que mató ya a dos personas, haya cometido su tercer asesinato en la persona de la mujer que más le perjudicó en este mundo? Habrá gente que verá mi fotografía, que recordará que esta misma madrugada entré en un bar, con mis ropas y manos bañadas en sangre...

Eso me hizo mirar mis manos ahora. Había sido algo torpe, en la confusión del momento. Aunque mis dedos no goteaban sangre, como en la terrible escena que tuvo lugar en aquel establecimiento, lo cierto es que me había manchado de rojo oscuro el borde de la manga y mi dedo pulgar. Me dispuse a limpiarme de todo ello en el propio lavabo de Janis, preguntándome una vez más cuánto había de real y cuánto de imaginado en toda aquella nueva pesadilla.

—Si al menos sólo fuera un sueño, y Janis siguiera viva... —susurré, confuso, dirigiéndome al cuarto de aseo.

En ese momento, sonó un ruido en la puerta. Y luego un grito. Giré la cabeza, asustado.

Nos vimos cara a cara los dos. Y entre ambos, el cadáver sangrante de Janis.

—¡Frank! ¡Tú! —rugió él, intensamente pálido, mirándome con ojos de horror.

—Steve, primo... —murmuré—. Tú...

Steve Ellery, mi primo. Con su delgado rostro juvenil, sus inquietos ojos pálidos, se mechón de pelo rubio oscuro barriendo su frente, sus movimientos inseguros y su aire displicente.

Ahora parecía asustado. Terriblemente asustado. Miraba alternativamente a Janis y a mí. Parecía no entender nada. O entender demasiado.

—Frank... —le oí hablar con voz ronca—. ¿Cómo..., cómo pudiste...?

—Espera, no te precipites, Steve —le atajé—. La encontré así. He llegado hace un momento, la puerta de la casa estaba abierta. Quería darle una sorpresa. No sabía que tú vivías ahora aquí... La encontré así, tal como la ves...

—Sí, sí, claro... —empezó a retroceder, mirándome con creciente horror.

—¡Steve, maldita sea, no seas estúpido! —rugí airado—. ¡Yo no la maté! ¡No haría daño a Janis ni a ti, por muy mal que os portaseis conmigo! ¿Es que no lo entiendes? Alguien entró en la casa, mató a Janis, escapó luego sin cerrar la puerta...

Me detuve. Yo mismo empezaba a darme cuenta ahora de lo falso, de lo absurdo que sonaba todo lo que estaba diciendo. Aquello no tenía sentido ni siquiera para mis oídos, con que era fácil imaginar lo que estaría pensando Steve, lo que pensaría la policía llegado el momento...

—Sé que suena a puro disparate, Steve —insistí, exasperado, yendo hacia él—. Pero tienes que ayudarme, debemos colaborar en dar con el canalla que fue capaz de hacer esto. Tiene que ser alguien que conocía bien a Janis y conocía esta casa...

Otra vez dejé de hablar. Ahora por motivos muy distintos. Miré con repentina sospecha a mi primo.

—Steve... —dije—. Steve, tú vives ahora aquí. Conoces bien la casa, Janis no hubiera sospechado de ti si hubieras llamado a su

puerta...

—No trates de colgarme a mi ese horrible crimen, Frank —me replicó con acritud—. Yo no estoy loco.

—Oh, claro, eso es lo que dirás. Tu perfecta coartada —hablé con sarcasmo—. No estás loco. Y yo soy el culpable ideal, perfecto. Yo maté a la enfermera Mosser, maté al doctor Humphrey... ¡Pero no maté a Janis, lo juro! Y tú lo sabes. Sabes que yo no fui.

Me miraba de un modo que no supe si se burlaba de mis protestas o sentía miedo de mí. De repente, salió disparado de la habitación y comenzó a correr por el pasillo, gritando con voz estentórea, capaz de despertar incluso a los muertos:

—¡Socorro! ¡Acudan todos! ¡Vengan pronto, han asesinado a la señora Ellery! ¡Su marido está aquí y la mató! ¡Socorro, ayúdenme o me matará también a mí! ¡Han asesinado a la señora!

Comencé a oír ruido de puertas y de carreras. La alarma ya estaba dada, era inútil tratar de razonar con Steve. A él, después de todo, tal vez le convenía provocar todo ese escándalo. Lo cierto es que mi situación allí, en estos momentos, comenzaba a ser desesperada.

Eché a correr también, pero no para perseguir a Steve, sino para buscar la huida, una vez más. Corrí escaleras abajo, en dirección a la salida. Steve chillaba en la planta alta:

—¡Llamen a la policía! ¡Eviten que escape mi primo Frank! ¡Es un loco peligroso, un asesino sin piedad...! Una puerta se abrió al fondo del vestíbulo. Del ala de servicio de la casa, llegaban el mayordomo y el chófer. Uno de ellos empuñaba un revólver. Me distinguieron cuando intentaba salir de la casa.

—¡Es el señor Ellery! —Gritó el mayordomo—. ¡Deténgase, señor, o disparo! ¡Deténgase!

No me detuve, y disparó. Oí zumbir la bala, bastante lejos de mí. Por fortuna, no era un buen tirador. Pero tampoco era cosa de dejarle probar de nuevo. Salí disparado a la calle, mientras los servidores que habían estado antes a mis órdenes, me perseguían como si yo fuera un perro rabioso.

No sé lo que hubiera sucedido si, en aquel momento, una voz no me apremia desde la acera:

—¡Aquí, aquí, pronto, Ellery!

Sorprendido, miré a quien me llamaba, en pie junto a un

automóvil. No pude dar crédito a mis ojos.

—¡Doctora Stowe! —murmuré, aterrado—. ¡Oh, no, no! ¡Con usted, no! ¡Prefiero entregarme a la policía!

—No sea necio —me apremió, con gesto enérgico—. Entre y escapemos de aquí. No sé lo que ocurre, pero está en apuros, Ellery, y yo sólo quiero ayudarle. No tema, que no voy a llevarle al hospital. Se lo juro. Vamos, ¿a qué espera?

A mis espaldas, los servidores cruzaban ya el vestíbulo, y uno de ellos estaba armado y podía acertar donde antes falló. Me jugué el todo por el todo porque, como decía la doctora, estaba en verdaderos apuros. Corrí hacia el coche y penetré en él de un salto. Tenía el motor en marcha. Ella me siguió, cerró la portezuela y arrancó, justo cuando los criados salían a la calle.

—¡Alto! —Gritó el mayordomo a espaldas nuestras—. ¡Alto o disparo!

Volvió a intentarlo. Para alivio nuestro, también ahora falló por bastante.

La doctora Stowe viró en la próxima esquina, haciendo aullar a los neumáticos sobre el húmedo asfalto, y empecé a sentirme a salvo.

Miré atrás. Ya no se les veía. La doctora conducía con pericia, y dobló dos o tres esquinas más, antes de enfilar a una avenida hacia el norte de la ciudad. Respiré hondo, retrepándome en el asiento.

—¡Uf! —Murmuré con alivio—. Eso ya quedó atrás...

—Así es —sonrió ella, asintiendo, sin dejar de conducir.

La miré con repentino temor. En la excitación del momento no había pensado bien lo que hacía. Ahora me daba cuenta de que estaba en manos de la doctora Stowe nuevamente, y que sus promesas podían ser simples mentiras dirigidas a un enfermo peligroso.

—Y ahora... ¿adónde me lleva, doctora? —susurré, palpando el arma que llevaba en mi bolsillo.

—A lugar seguro, ya se lo dije —sonrió.

—Para usted, el hospital es sin duda un lugar *muy* seguro —recelé.

Me miró, echándose a reír.

—Esto no lo está imaginando, Ellery —me respondió—. No soy la perversa mujer que vio en sus sueños aquella noche. Le he

prometido que no le llevaría al hospital, y pienso cumplirlo.

—¿Adónde vamos, entonces?

—A un sitio donde nadie le buscará, y donde podremos hablar largamente de usted y de todo lo que está ocurriendo en torno suyo, amigo mío.

Capítulo IV

—¿ESO es todo, Ellery?

—Todo, sí. Sé que suena a falso, pero así sucedió todo desde que abandoné el hospital.

—De modo que reconoce haber matado al doctor Humphrey...

—No lo pretendía en ningún momento. Le golpeé una sola vez con la llave inglesa, cayó ensangrentado...

—Y le hallamos sin vida —confirmó ella, sombría. Me miró luego con fijeza, a través de los vidrios de sus gafas—. Eso es grave, Ellery. Muy grave. Cuando menos, ha cometido un homicidio.

—Dos —rectifiqué—. ¿Olvida a la enfermera Mosser?

—Por ese delito ya fue juzgado en su día. ¿Seguro que no causó daño alguno a su esposa?

—Se lo juro. Cuando llegué, estaba muerta. Ya sé que no me cree, pero es la verdad.

—No he dicho que no le crea —rectificó ella nuevamente—. Sólo pienso en un hombre que ignora cuando ve un hecho real o una fantasía, que olvida periodos de su existencia, que ve las cosas turbiamente... Usted, Ellery, no puede estar seguro de nada.

—Eso es cierto. Anoche viví hechos que entran ya de lleno en el campo de la demencia. Sé que no pude ver al doctor Humphrey deambulando por ahí, con su cabeza bañada en sangre, sé que no hay razón para que en un bar me viesen con mis manos y ropas ensangrentadas, y sé que un policía no puede ser una calavera. Pero todo sucedió así. O yo pensé que sucedía, cuando menos.

—Sí, comprendo. No tiene usted toda la culpa de que las cosas sean así. Ellery. También nosotros la tenemos.

Miré a la doctora con curiosidad. Parecía realmente arrepentida por haber colaborado en convertirme en un ser inseguro, confuso y al borde de la locura. Por el momento, se portaba bien. Me había llevado a una casa en las afueras de la ciudad, a lo que parecía una

residencia de vacaciones, rodeada de verdes prados, y el silencio en torno a la vivienda sólo era alterado por los pájaros que trinaban en la arboleda. Estábamos solos ella y yo allí, y ante nosotros había un pote de café y dos tazas. En el exterior, el día continuaba siendo nuboso, pero infinitamente más alegre en aquel paraje que en la jungla de asfalto y cemento de la ciudad.

—Estoy asustado —confesé tristemente—. Asustado y hundido. No entiendo nada de cuanto sucede a mi alrededor. ¿Quién pudo tener motivos para matar a mi esposa?

—Fundamentalmente, usted —dijo ella con tono grave. Luego sonrió—. Es lo que dirá la policía, lo comprende, ¿no?

—Sí, claro. Pero si yo no fui... ¿qué otro pudo ser?

—Hábleme de su primo Steve —apuntó ella—. ¿Qué clase de persona es?

—Insegura y poco brillante. Ambiciosa pero frustrada. Ignoro si su relación con Janis, tras ser yo encarcelado, siguió siendo simplemente amistosa... o había algo más entre ellos, para vivir juntos en la casa.

—Muerta su mujer y reducido usted a la condición de condenado a muerte o de recluido de por vida, ¿quién entra legalmente ahora en posesión de su fortuna?

—Él, naturalmente: Steve. No hay más familia.

La doctora Stowe me estudió con serenidad. Llenó de nuevo las tazas de café y dijo con rotundidad:

—Entonces, no cabe la menor duda: Steve es el asesino.

—Pero... pero eso es asegurar demasiado —objetó, confuso.

—No hay otra posible explicación. La lógica sólo tiene un camino, Ellery. Nadie se toma tantas molestias para deshacerse de usted y para acabar con su esposa, a menos que exista una razón poderosa que motive todo eso. ¿Qué mejor razón que el dinero? Usted debe tener mucho, Ellery...

—Sí, lo tengo —admití.

—Ese dinero fue el motivo de todo. Janis y Steve debieron planearlo. Luego, Steve jugó sus bazas. Y se queda con todo, tras deshacerse fácilmente de Janis. La cosa está muy clara. Sería el principal sospechoso si no existiera usted. Ahora, nada más fácil para él que acusarle de asesinato. Todos se lo creerán, porque el motivo del odio y del rencor, los celos y todo eso, son suficientes

para cometer un crimen así. Nadie dudará que usted lo hizo, Ellery, y menos con sus antecedentes.

—Dios mío, tiene razón —asentí—. Pero me resisto a pensar en Steve como asesino, pese a todo. Desde niño le asustó la sangre, no fue capaz de matar ni una mosca...

—Nadie sabe nunca lo que se encierra en los corredores de la mente humana, Ellery —sentenció ella—. Usted sabe mucho de eso desgraciadamente. Lástima que esté acosado como una rata, que le busquen por igual policías y médicos... Le va a ser muy difícil, por no decir imposible, probar a nadie que usted no mató a su mujer. Lo tienen todo para acusarle: motivo, ocasión, su presencia en la casa, su homicidio al huir del hospital... Es como si le hubieran tendido una trampa perfecta. Quizás Steve no podía imaginar que saldría tan bien que incluso tendría la ocasión de hallarle en el dormitorio de Janis y poderle acusar ante todo el servicio. Ese golpe maestro se lo facilitó usted con su inesperada visita a casa de su esposa...

—He sido un necio. Ya lo hubiera hecho anoche, a no ser por...

Me detuve. No quería mezclar a Priscilla Kane en todo esto. Era lo único que la doctora Stowe no sabía. Y era mejor que continuara sin saberlo. Ahora me estaba escudriñando de modo inquisitivo, como queriendo saber por qué me había detenido a media frase.

—A no ser ¿por qué o por quién? —me interrogó.

—A no ser porque lo pensé mejor —hilvané sobre la marcha—, y me marché a deambular por ahí... sin rumbo fijo. Dormí en alguna parte... y luego empezó a suceder todo: lo del fantasma del doctor Humphrey, las manos ensangrentadas, el policía del rostro de calavera...

—Estoy segura de que imaginó todas esas cosas —suspiró la joven doctora, quitándose las gafas y comenzando a limpiarlas con lentitud. Me miró. Sus ojos eran muy bonitos sin cristales delante, pensé. No pude evitar recordar cierto sueño en el que ella tenía un papel decisivo...

—¿En qué piensa? —sonrió, disparándome la pregunta de repente.

—En nada —me apresuré a decir, avergonzado.

—Creo saberlo —dijo.

—Ojalá no, doctora.

—¿Por qué no? El sexo es una buena terapia para cualquier caso

psiquiátrico. Las inhibiciones y frustraciones sexuales crean problemas casi siempre.

Estuve a punto de decir que, gracias a la atractiva y dulce Priscilla Kane, su enfermera, ése no era mi caso desde la noche anterior, pero no quise nombrarla. Después de todo, aún no me fiaba totalmente de la sinceridad de la doctora Stowe, y era mejor no sincerarme demasiado con ella. Cuando menos, no deseaba comprometer a mi compañera de aquella noche.

—No soy un frustrado —repliqué—. Sólo recordaba un sueño, doctora.

—Lo sé —rió suavemente—. Algo parecido a esto, ¿no?

Comenzó a desabrochar lentamente su blusa ante mis ojos. Me quedé de una pieza. Los senos que asomaron, desnudos y soberbios ante mis ojos, ya los había imaginado yo así en mis sueños. Eran poderosos, firmes y vibrantes, dos esferas de carne rosada que se me ofrecían, invitadores. Ella tiró a un lado su blusa. Vino hacia mí y me hizo hundir el rostro en aquel busto exuberante. Luego, comenzó a desabrochar también mi camisa, con mucha lentitud.

—Doctora... —gemí, cubriendo de besos aquellas formas magníficas.

—Llámeme Glenda —jadeó ella, estremeciéndose su carne cálida y tersa—. Frank, querido, ahora el sueño se hace realidad...

Debió drogarme tras nuestra furiosa batalla en el lecho de la casita de campo.

Maldije una vez más mi estupidez, mi ceguera, la torpeza en que era capaz de incurrir una y otra vez, ya fuese en sueños, ya en la realidad. La doctora Stowe, por desgracia, no había resultado en esta última dimensión mucho mejor que en mi alucinada experiencia del hospital, cuando imaginé todo lo sucedido.

Dormirme en sus brazos, sintiendo su palpitante desnudez contra mi cuerpo, y despertar en aquel horrible lugar, rodeado de blancura, de luz y de gente, inmóvil sobre una mesa de operaciones, no tenía nada de agradable.

Primero, al despertar y ver las luces proyectándose sobre mí desde la lámpara espejeante del quirófano, creí vivir otra de mis aberrantes pesadillas. La voz fría y profesional de la doctora, me apartó ese vestigio de esperanza de mi mente:

—No, Frank, no estás soñando. No imaginas cosas. Esto te está

ocurriendo, en realidad. Lamento tener que hacerlo, pero no existe otro remedio. Espero que alguna vez sepas perdonarme por mi comportamiento...

—¡Traidora! —Clamé, furioso—. ¡Sucia y vil embustera! ¡Me engañaste con tu poder de seducción, lo mismo que hiciste en mis sueños! ¡Me has vuelto a traer aquí, a tu odioso y enloquecedor hospital!

Ella me miró en silencio, con expresión inescrutable. Sus ojos brillaban tras los vidrios de sus gafas, impasibles. Parecía no tener sentimiento alguno.

—Di cuanto quieras —sonrió con lentitud—. Es una forma de desahogarte en tu justificada ira, querido Frank.

—¡No me llames así! —rugí—. Eres una perra, una infame ramera al servicio de esa ciencia que enloquece a los hombres en vez de curarles... Nunca debí confiar en un médico ni aun siendo mujer... ¡No debí hacerlo!

—Creo que tenemos poco tiempo —dijo glacial, cortando mis insultos. Se volvió a los enfermeros de blanca mascarilla que se inclinaban sobre mí en aquel alucinante quirófano—. Proceded. Cuanto antes terminemos esto, tanto mejor.

Asintieron ellos con la cabeza. Aterrado, vi un bisturí en manos de uno de los cirujanos. Estaba mirando mi cabeza con una fijeza inquietante. Una sensación de supremo horror me invadió al imaginar lo que iban a hacer.

—No, eso no... —jadeé—. ¡Eso, no! No estarán pensando en..., en abrir mi cráneo, en hundir ese bisturí en mi cerebro...

—No hay otro remedio, Frank —dijo la doctora Stowe con voz helada—. Adelante... Apliquen la anestesia...

Forcejeé, tratando de incorporarme. Varios brazos me sujetaron a la mesa de operaciones. La luz vertical arrancaba acerados destellos del afilado bisturí que flotaba sobre mi cabeza. Me aplicaron una mascarilla al rostro, mientras alguien me inyectaba. Sentí dolor en mi brazo, me agité, rebelde...

Pero poco a poco, las brumas fueron invadiendo mi cerebro, la laxitud que provoca el anestésico dominó mi cuerpo todo, y fui cediendo, abandonando toda resistencia, pese a que mi voluntad trataba desesperadamente de luchar contra aquella diabólica intervención quirúrgica en mi cerebro, que tal vez me reduciría

finalmente a un ser sin voluntad ni ideas propias, a un vegetal, a un débil cobaya para los experimentos inhumanos de un puñado de científicos sin alma.

Gradualmente, se borró mi visión. Vi bailotear las blancas batas sobre mí, la oscuridad fue adueñándose de mis ojos, lo mismo que de mi mente, y sólo quedó el destello del bisturí, como una siniestra luz en las sombras, para terminar fundiéndose también en el negro profundo de mi inconsciencia.

Después, ya no hubo más que tinieblas.

—Menos mal que llegamos a tiempo, o ya no hubiera habido remedio.

Abrí los ojos. No recordé nada inicialmente. Eran ya tantas y tantas las veces que perdía la noción de las cosas y me recuperaba en un lugar que no era el imaginado...

¿Soñaba o estaba despierto? ¿Era ficción o realidad, una vez más?

No podía saberlo. Pero al evocar el quirófano, el bisturí, las batas blancas, sentí un sobresalto. Y ahora, en lugar de todo eso, vi uniformes oscuros en torno mío, rostros saludables, con una gorra en sus cabezas y una placa al pecho.

Policías.

Estaba rodeado de policías de uniforme. Lentamente, traté de incorporarme. Lo conseguí. Casi sentí alivio al ver las rejas en torno mío, la celda amplia donde me hallaba, sin duda un botiquín en un recinto de seguridad.

—¿Qué ha sucedido? —Quise saber—. ¿Estoy soñando acaso?

—Que yo sepa, no, amigo —negó uno de los agentes con amplia sonrisa.

—Entonces..., entonces soñé antes —dije angustiado—. El quirófano, los cirujanos, la doctora... Todo fue un sueño, uno más.

—Pues no, tampoco —rechazó uno de los agentes—. Aquel quirófano existía, y sus cirujanos eran de carne y hueso, Ellery. Eso se lo puedo asegurar.

—Pero entonces... ¿qué, qué ocurrió?

—El teniente se lo dirá —un agente se volvió hacia la entrada de la celda y llamó—: ¡Eh, teniente, este hombre ya ha vuelto en sí! Y parece estar bastante confundido...

Un hombretón ancho, sólido y de enérgica faz, apareció en mi

campo visual. No lucía uniforme, sino un traje mal cortado y una gabardina sin abrochar. Caminaba con fuerza sobre unos zapatos grandes y ruidosos.

—Hola, Ellery —me saludó, mirándome con gesto adusto—. Soy Archie Jeffords, teniente del Departamento de Homicidios.

—Homicidios —repetí—. Comprendo...

—Está en un buen lío, amigo. A la acusación de asesinato en la persona del doctor Humphrey, se une ahora la del asesinato de su esposa, Janis Ellery.

—Lo sé —asentí débilmente—. Pero yo no lo hice, teniente. Yo no la maté.

—Bueno, eso tendrá que decírselo al juez y tratar de convencerle... si es que llegan a procesarle alguna vez.

—¿Qué quiere decir con eso? —Me sobresalté.

—No, nada —se rascó el cabello, abundante y corto—. Supongo que se acordará que está sometido a observación psiquiátrica por cuenta del Estado... y que sólo a eso debe no haberse frito ya en la silla eléctrica...

—Sí, así es. Hubiera preferido morir, teniente. Estoy harto de todo —gemí—. Me..., me han dicho que es cierto que estuve en un quirófano donde iban a operarme el cerebro...

—Es muy cierto —asintió él, rotundo, sin dejar de mirarme.

—¿Y qué sucedió?

—Muy simple. Llegamos a tiempo de sacarle de allí. Esa doctora debe estar chiflada. Lástima que se nos escapara de entre las manos.

—¿La doctora Stowe se escapó? —me alarmé, con un estremecimiento.

—Así es. Muy astuta la fulana ésa. Se escabulló sin dificultades. Por fortuna, a usted pudimos rescatarle cuando aún no le habían clavado ese bisturí en la cabeza.

—Cielos, menos mal —murmuré, aliviado, tocándome el cráneo.

—No sé si debe felicitarse demasiado por ello, Ellery —rezongó el oficial de Homicidios con acritud—. Las cosas no están excesivamente bien para usted, aun sin eso.

—Lo sé. Siempre estuvieron mal. Usted sabe que maté a una enfermera una vez.

—Eso ya no cuenta. Lo resolvieron en los tribunales. Usted tendría que estar ahora muerto, pero tuvo suerte y sigue vivo. Será

de otros delitos de los que deba responder. Lástima que no pueda verle achicharrado en la silla por ninguno de todos ellos. A mi estos juegos médicos y hospitales no me hace gracia. Un tipo, si es culpable, paga por lo que hizo, y ya está. Eso de la locura es un recurso muy fácil y muy socorrido.

—Teniente, yo fui el primero en afirmar, cuando me internaron por decisión de mi esposa y de mi médico de cabecera, que no estaba loco y que todo era un sucio complot para deshacerse de mí. Después, cuando maté a una chica para escapar, empecé a dudar seriamente de mi equilibrio mental. Y al matar al doctor Humphrey en mi evasión del hospital psiquiátrico, acabé de estar convencido de que, realmente, o estuve siempre loco, o los propios médicos lograron trastornar mi cerebro, cosa que han logrado sobradamente.

—Eso, Ellery, ¿es una confesión de su participación en la muerte violenta del doctor Humphrey?

—Sí, lo es. No conduciría a nada negarlo.

—Y se escudará en su condición de chiflado para escapar, una vez más, a la cámara de ejecuciones, ¿no es cierto? —Me miró con gesto desabrido.

—Yo no soy quien dice que esté loco. Lo dicen ellos, los psiquiatras. Estoy dispuesto a pagar por mis delitos. No temo morir, teniente.

—Ya —me observó largamente y sacudió la cabeza—. De todos modos, no puedo hacer nada por facilitarle las cosas. Vendrán pronto a por usted.

—¿Venir? —Me estremecí—. ¿Quiénes?

—El doctor Avery Maxwell y los demás, naturalmente —se frotó el mentón, con expresión contrariada—. Si de mí dependiera le entregaría al verdugo, pero no es ése el caso, desgraciadamente. Debo entregarle a los médicos.

—¡No, a ellos no! —protesté, excitado—. Teniente, se lo ruego, no haga eso. No debe ni puede hacerlo. Sé que no estoy loco, que soy dueño de mis actos. Confieso haber matado al doctor Humphrey sabiendo lo que hacía. Soy culpable de asesinato. Y debo pagar por ello, como todo el mundo.

—Créame que me gustaría complacerle. Sin embargo... —Se detuvo e hizo un gesto a sus hombres—. Vosotros salid. Tengo que hablar un momento con el detenido.

Los policías se ausentaron en silencio. Nos quedamos solos los dos. Le contemplé, sin saber lo que se traía entre manos. Él me estudió fríamente, mientras paseaba por la estancia, las manos a la espalda.

—Siga —le invité roncamente—. Sin embargo, ¿qué? La misión de un buen policía es cumplir con su deber por encima de todo. Tiene un detenido que se confiesa en plenitud de sus facultades mentales y admite haber matado a una persona a sangre fría. ¿Qué más necesita para enviarme a una celda?, a la espera de otro proceso que me conduzca a la silla eléctrica, finalmente.

—Muchas ganas debe tener de morir para decir eso —comentó con acritud—. ¿Tan mal le tratan en ese hospital?

—Muy mal —aseguré—. Soy como un conejo de indias en manos de esos psiquiatras. No son humanos. Sólo tratan de experimentar conmigo, no de curarme. Son monstruos de su condenada ciencia, se creen dioses, hurgando en el cerebro de uno como si éste fuese un cubo de basura.

—Lo siento. Yo tampoco simpatizo con ellos. Pero no puedo hacer nada por usted.

—Eso ya lo dije antes —le miré, pensativo—. ¿Qué quiso decir con eso?

—Nada —cortó, mordiendo casi las palabras—. Sólo lo que dije, Ellery. Voy a encerrarle, pero sólo a la espera de que se lo lleven de aquí.

—¿Los médicos?

—Claro. Los médicos. Usted está en sus manos, no en las mías.

—¿Para eso me sacó de entre las garras de la doctora Stowe y de sus cirujanos? ¿Para entregarme a sus compinches?

—Créame que lo siento. No puedo hacer otra cosa.

—¿Por qué?

—Oh, diablos, no insista —parecía realmente molesto, contrariado con todo aquello, Dio otro paseo y de repente se detuvo ante mí, mirándome con franqueza, apoyado en sus abiertas piernas—. Escuche esto, Ellery. Usted no me cae mal. No me cae nada mal aunque sea un asesino. Esté loco o no, debo entregarle a esa gente porque así se me ha ordenado, y eso es todo.

—¿Ordenado por quién? —insistí, angustiado, empezando a entrever en las exasperadas palabras del oficial de policía algo

oculto, oscuro e inconcreto, que me causaba aún más terror que todo lo conocido hasta entonces.

—No me pregunte más, Ellery, se lo ruego —resopló—. No puedo hablar. Es un pacto de silencio, entiéndalo.

—¿Un pacto de silencio? ¿Silencio entre quiénes y por qué? —empezaba a asustarme realmente todo aquello, como si a través de sus palabras se empezase a filtrar algo horrible, inquietante, que yo no había podido sospechar hasta entonces.

—Ellery, es usted un maldito obstinado, qué diablos —se irritó con gesto de malhumor—. Pero creo que tiene razón para sentirse incómodo y preocupado. Están haciendo con usted algo innoble, indigno...

—¿Y usted está dispuesto a consentirlo con su pasividad? —le reproché.

—No puedo hacer otra cosa, no puedo —me mostró sus manos, en un ademán expresivo, como queriendo ofrecerlas limpias de toda culpa—. Compréndalo, Ellery. Estoy atado de pies y manos...

—Pero usted es la ley, la policía...

—Toda la ley, toda la policía está igual que yo mismo. Si pudiera explicárselo...

—Explíquelo.

—¡No es posible! —Tronó, airado—, Ellery, hay gente muy por encima de mí..., gente importante, capaz de disponer las cosas a su antojo... Gente que ha decidido que usted sea la cobaya de un experimento científico sin precedentes. Algo nuevo y revolucionario en el terreno de la psiquiatría y de la criminología...

—Dios mío, creo entender —susurré, aterrado—. Por encima de usted... de las leyes, de la policía... Es..., es una cuestión de Estado, teniente. ¿Es eso, no?

Inclinó la cabeza, abatido, como si se sintiera anonadado. No me respondió directamente. Ni hacía ninguna falta.

—Yo no he dicho nada, Ellery —habló, encaminándose hacia la salida—. Es usted quien lo dice. Pronto vendrán a por usted. Lo siento... Lo siento mucho.

Pero deberá entender de una vez por todas que USTED NUNCA ESTUVO REALMENTE LIBRE...

Cerró la puerta enrejada, dejándome dentro de aquel recinto. Yo estaba demasiado apabullado para reaccionar de alguna forma. No

tenía fuerzas para protestar, para gritar, para rebelarme contra aquella nueva y terrorífica dimensión que acababa de descubrir en mi tragedia personal.

Nada había admitido tácitamente el teniente Jeffords. Ni maldita falta que hacía. Ahora comprendía la enorme, siniestra significación de todo lo que me rodeaba, de la telaraña que me enredaba implacablemente, de la vorágine demencial en que estaba sumergido desde hacía tiempo, y que había hecho de mí un loco, un asesino, un desesperado cuyo cerebro hacía aguas por doquier.

Alguien, en las alturas, había dispuesto todo aquello. El doctor Maxwell y su centro médico, sus ayudantes y enfermeros, no eran sino peones en una partida de ajedrez demoniaca, donde yo era la indefensa pieza destinada a sufrir el jaque mate definitivo, hiciera lo que hiciese sobre el tablero alucinante de mi encierro o de mi libertad. Era lo único revelador que él había dicho en aquella breve charla reveladora:

«Usted nunca estuvo realmente libre...».

Yo NUNCA estuve libre. Nunca. Ni siquiera cuando me evadí del hospital y creí haberme escapado al cerco de pesadilla. Todo aquello formaba parte del mismo frío y deshumanizado programa previsto de antemano. Un experimento cruel y despiadado había hecho de mí su objeto, su cobaya ideal. Lo demás no contaba. Ni mi cerebro, ni mis sentimientos.

Ahora comprendía muchas cosas. Cosas que nunca entendí antes de ese momento. Ahora sabía que si me conmutaron la pena capital no fue por revisión de mi proceso criminal ni por dudar de mis facultades mentales. Simplemente, de alguna forma, debieron hacerme firmar algo, mi consentimiento para ser parte del experimento científico. Y si lo firmé, debió ser bajo los efectos de alguna droga, de algún estado psíquico provocado previamente por ellos mismos. De ese modo, un reo a muerte que no iba a servirles de nada una vez abrasado en la silla eléctrica, sería sujeto idóneo para una feroz experiencia neurocibernética.

Así habían hecho de mí una basura humana, una piltrafa, un ser inseguro, roto, desquiciado. Y ahora sabía el porqué. Sabía que el doctor Maxwell era sólo el cerebro científico que desarrollaba el plan. Y que tras él, en la sombra, todo el poder establecido, el gobierno, el Estado mismo, aprobaba y patrocinaba la brutal tarea.

¿Puede imaginarse algo más terrorífico y sobrecogedor que el Poder como verdugo, torturador y ángel tutelar de experiencias científicas infrahumanas?

Los expertos de experiencias nazis en la Guerra Mundial, del tenebroso Poder imaginado por Orwell o por Bradbury en sus anticipaciones literarias, casi quedaban pálidos ante el nuevo horror que podía ocurrir aquí, ahora mismo, en un país democrático y civilizado, abierto y transparente, como mi propia tierra, como la nación donde yo había nacido.

No importaba que el culpable real no tuviera nombre. ¿El Estado, un ente cualquiera, un departamento, un organismo determinado? Fuera quien fuese, tenía poder. Y el poder es siempre implacable en sus decisiones. Posee toda la fuerza de su lado. Todos los recursos. Todos los medios. ¿Qué puede un hombre, un ciudadano, un ser solitario, frente a ese anónimo enemigo sin rostro ni identidad?

—Nunca estuve libre... —gemí, dejándome caer en una silla—. Nunca estuve libre... ni siquiera cuando escapé de aquel hospital. Ellos *sabían* que yo iba a escapar. Facilitaron las cosas. Sólo la muerte del doctor Humphrey escapó a sus cálculos. Pero ¿qué importaba una vida humana, cuando el proyecto sigue adelante? Siempre estuve controlado, vigilado, perseguido... El terror que me acosa no es la locura, no son los fantasmas de mi cerebro, no son visiones de pesadilla... Es algo que me aprieta, que me ahoga, que me asfixia... y que, sin embargo, no tiene forma ni cuerpo, no es nada tangible. Es... el Poder. El Estado. Y la Ciencia a su servicio.

Casi me entraron ganas de reír. De reír a carcajadas. ¿Qué podía importarles a ellos ahora la muerte brutal de mi mujer? ¿Qué les importaba si yo era un asesino o no? Yo era sólo un pobre enfermo, un sujeto de un experimento aterrador, cuya naturaleza me resultaba desconocida por completo. Pero que sin duda debía de tener un gran valor para el sistema, cuando era sacrificado a él con todas sus consecuencias.

Y lo cierto es que, al final, logré reír.

Reía y reía sin cesar, a carcajadas, larga e histéricamente, mis manos aferradas a los barrotes de la celda.

Así me encontraron el doctor Maxwell y sus enfermeros cuando vinieron a recogerme en la estación de policía. Yo seguía riendo sin

cesar. Así me metieron en la ambulancia.

—Pobre hombre... —oí decir a un policía a mi paso—. Está loco de remate, no hay duda...

—Sí, agente —corroboró el doctor Maxwell con pasmosa frialdad, permitiéndose una indulgente sonrisa—. Es algo a lo que ya estamos acostumbrados, por desgracia...

Me metieron en su ambulancia sin que ni siquiera opusiera yo la menor resistencia.

Lo último que vi, antes de cerrarse las puertas tras de mí, fue el rostro sombrío del teniente Jeffords, su mirada huraña, fija en mi persona.

Después, arrancamos de allí, rumbo a alguna parte. Rumbo al hospital o al algún otro sitio tan enloquecedor como aquél.

Pero entonces, yo había perdido ya toda voluntad, todo deseo de luchar, todo afán de rebeldía.

Ellos me habían vencido. Total, definitivamente. Y yo lo sabía.

Capítulo V

EL doctor Avery Maxwell me contempló con curiosidad al entrar en la cabina posterior de la ambulancia. Incluso me tendió un cigarrillo encendido.

Yo succioné ávidamente el humo, sin poderme mover dentro de mi camisa de fuerza. No le agradecí el detalle, sin embargo. Él me sonrió con frialdad.

—¿Qué le pasa, Ellery? —Quiso saber—. ¿Ya no quiere luchar?

—No. Ya no —negué.

—¿Por qué? Siempre ha sido usted un paciente rebelde...

—No sirve de nada. Hacen ustedes lo que quieren conmigo. No vale la pena.

—¿Por qué dice eso?

Le miré. Frío, casi agresivo. Luego reí suavemente.

—Tal vez porque sé lo que está ocurriendo, doctor.

—¿Lo sabe? —Enarcó las cejas, dubitativo—. No lo creo.

—Se equivoca. Cuando menos, lo intuyo. Lo sospecho. No soy tonto, por muy loco que pretendan volverme.

—Nadie pretende eso. Sólo queremos profundizar en su mente, Ellery.

—Es lo mismo. El precio que haya de pagar yo por eso, importa poco. Soy un sujeto ideal para sus experimentos. Y su impunidad es total, ¿verdad, doctor?

—Casi total —admitió con una mueca—. Sí, parece que su cerebro trabajó activamente, dando vueltas al asunto. Aun así, no puede imaginar ni remotamente cuál será la importancia de su persona en el futuro de la ciencia médica criminalista, Ellery.

—Eso me tendrá perfectamente sin cuidado cuando esté enterrado o metido en una celda de por vida con una de estas camisas.

—Quizás. La ciencia siempre requirió sacrificios, víctimas...

—Víctimas a quienes ustedes jamás consultaron. Creí que los tiempos de los experimentos prohibidos habían quedado definitivamente atrás. Sin embargo, ahora el propio sistema los apoya, ¿no es cierto?

—¿Por qué dice eso? —Se sobresaltó.

—Porque es la verdad. No harían esto si no tuvieran el apoyo de la Administración.

—Eso que ha dicho es muy fuerte.

—Pero se ajusta a la realidad. El Estado es su cómplice y encubridor, doctor Maxwell.

—A veces no hay otro remedio que tomar decisiones drásticas —suspiró—. Nuestros enemigos también lo hacen. ¿No ha oído hablar de los «lavados de cerebro» más allá del Telón de Acero?

—Claro. Pero eso no justifica usar los mismos métodos. Creí estar en un país libre.

—Libre... —rió entre dientes—. Ningún país lo es, realmente. Eso es algo que se le dice a la gente, y ella se lo cree.

—Lo único que varían son los procedimientos. Las víctimas existen en todas partes, ¿no es eso? Y a mí me ha tocado el papel de víctima.

—No se lamente por ello. Si todo hubiera seguido su curso, usted ahora estaría muerto...

—Lo preferiría —suspiré—. Que yo recuerde, no acepté cambiar la silla eléctrica por un centro médico y una vida internado. Maté a una mujer para huir de eso, usted lo sabe.

—Bueno, digamos que nos aprovechamos de su estado para hacerle firmar esa decisión de forma legal. Existe un documento, firmado por usted ante testigos, donde acepta haber matado a la enfermera Enid Mosser bajo un estado de profunda crisis psíquica que le inducía al crimen. Y, en consecuencia, un tribunal dictaminó la revisión de su proceso. Un equipo psiquiátrico, dirigido por mí mismo, dictaminó que usted era un psicópata homicida en potencia, y debía ser recluido y no ejecutado. Por eso cambió su celda de la muerte por una vacante en mi hospital. Todo perfectamente legal, como verá.

—Todo perfectamente canallesco, doctor —me irrité.

—Júzguelo como quiera. Cada uno tenemos nuestro criterio al respecto. Nosotros necesitábamos un paciente adecuado. Y lo

tuvimos en usted, eso es todo.

—Y no puedo escapar...

—No, no puede —sonrió—. Está siempre controlado, vigilado, seguido de cerca.

—¿Cómo?

—Eso no importa demasiado —hizo un gesto ambiguo con la cabeza y me dio otra chupada del cigarrillo—. Lo siento, Ellery. Todo pudo haber sido más fácil, y usted no hubiese sufrido las consecuencias del experimento de modo tan cruel. No quiso colaborar. Y ahora, por lo que veo, sabe demasiado para que mi equipo y yo decidamos algún día darle de alta, como plenamente curado.

—Eso quiere decir que yo... ¡estaré ya de por vida internado en su horrible hospital! —clamé, agitándome exasperado dentro de mi camisa de fuerza.

—Algo parecido —movió la cabeza, como si lo lamentara de corazón—. No fue culpa mía, Ellery. No debió dejar trabajar demasiado su imaginación en audaces teorías. Sírvale de consuelo saber que con este experimento que estamos realizando con usted y con su cerebro, en el futuro vamos a ser los primeros en dominar la mente humana, en controlar los actos del hombre, y que ello tendrá un valor incalculable para el futuro de este país, especialmente en sus sistemas de seguridad con respecto a los países enemigos de los Estados Unidos.

—Eso, doctor Maxwell, me tiene sin cuidado —repliqué con acritud—. Ya ni siquiera me puedo permitir el lujo de ser patriota, cuando descubro que mi propia patria es un infecto vertedero donde los más nobles valores del ser humano son prostituidos y despedazados por unos cuantos políticos y un puñado de médicos psiquiatras que han llegado a lo más bajo de su condición humana y profesional.

Los ojos de Maxwell brillaron casi coléricos al sentirse así tratado. Se dominó mirándome con desprecio.

—Debo dejarle, Ellery —habló fríamente—. Deseo que en el futuro, todo le sea lo más llevadero posible...

No supe exactamente si sus palabras eran una disculpa o una amenaza, pero a mí personalmente no me gustaron lo más mínimo.

Apenas había desaparecido de nuevo tras la puerta de

comunicación de la cabina posterior de la ambulancia con la de los conductores del vehículo, cuando ocurrió.

En principio no logré saber lo que era, pero sentí bailar violentamente el suelo bajo mis pies, fui lanzado contra un muro lateral de la cabina, golpeándome en la cabeza y en el cuerpo ceñido por la camisa de fuerza, para luego sentir que todo daba vueltas en torno mío, un estrépito de vidrios rotos y de hierros retorcidos ensordecía mis oídos, y aquello terminaba en una especie de caos donde yo iba rebotando de muro en muro, golpeándome con fuerza, hasta casi perder la noción de lo que sucedía.

Luego, un enorme estrépito completó aquella confusión, y caí contra la puerta posterior de la ambulancia, que se abrió con violencia, lanzándome fuera del vehículo mientras éste, confusamente, creí que rodaba al fondo de un barranco. Allá, más arriba, creí oír cláxones y chirriar de frenos, pero no me di cuenta de más por el momento, y noté que rodaba entre rocas y matorrales, a un fondo oscuro, donde quedé medio inconsciente, con todo mi cuerpo dolorido.

No tardé en recuperarme, recobrando lentamente la noción de las cosas, sin haber llegado en ningún momento a perder por completo el sentido. Miré alrededor mío. Altas piedras y arbustos me rodeaban y cubrían, dentro de una zanja profunda. Ya no se oía nada, salvo un lejano ulular de sirenas que se perdían en la distancia.

No me moví, entre otras cosas porque me hubiera sido muy difícil, estando como estaba sujeto por las ligaduras de la camisa de fuerza, que sostenían mis brazos pegados al cuerpo. Las piernas sí estaban libres, y una de ellas sangraba por un desgarró del pantalón, pero aunque noté dolor en esa pierna, no fue una sensación excesivamente intensa.

Sobre mi cabeza parecía oscurecerse el cielo por momentos. Poco después, comprobé que la oscuridad era casi total, y comprendí. Había anochecido. Y yo continuaba allí, olvidado de todos, tras el desastre sufrido por la ambulancia.

—Debimos volcar —pensé—. Algún accidente de tráfico, sumamente oportuno... Caímos a un barranco, la puerta se abrió al desgajarse el metal... y fui lanzado fuera. No hay duda que Maxwell y los demás deben estar muertos o inconscientes, para que nadie se

haya preocupado de buscarme aquí. Se han olvidado de mí, no me han visto, metido en esta zanja... y estoy libre. ¡Libre!

De inmediato, ese esperanzador pensamiento se ensombreció con el recuerdo de una inquietante frase del teniente Jeffords:

«Usted nunca estuvo realmente libre...».

Nunca... ¿Sucedió ahora lo mismo? ¿Era otra siniestra jugarreta de los amos de mi persona, mi vida y mi cerebro? Rechacé esa posibilidad por enloquecedora, y preferí pensar que no era así, que por un azar del destino, ahora sí estaba realmente libre...

Pero aun así, debía salir cuanto antes de allí. Si mis guardianes de blanca bata no estaban muertos, volverían a por mí en cualquier momento, batirían el terreno y darían conmigo.

Decidí intentarlo. Pude ponerme en pie con alguna dificultad, apoyando mi cuerpo inmovilizado en el terraplén. Poco a poco, recuperé la verticalidad, aunque me era imposible hacer uso de mis manos.

—Si pudiera salir de aquí reptando... —medité, contemplando el desnivel en ascenso de la zanja donde cayera.

Lo intenté, porque no me quedaba otro remedio. Y fallé. Tres, cuatro veces rodé al fondo de la zanja sin remedio. Y tres, cuatro veces, volví a intentarlo con todas mis fuerzas.

Al final, lo conseguí. Salí, lleno de tierra y barro, fuera de la profunda zanja. Aunque había oscurecido, la noche era estrellada y sin nubes, en contraste con las anteriores, y pude ver lo que me rodeaba.

Debía de encontrarme bastante lejos de la ciudad, porque ni siquiera sus luces eran visibles en la distancia. La campiña, oscura y amplia, era todo cuanto podía vislumbrar. Arboledas, prados, ondulaciones en la distancia. Y ni una sola luz visible en parte alguna, como si el paraje estuviera por completo deshabitado. No lejos de mí, en informe montón de chatarra, descubrí la ambulancia, medio hundida entre los arbustos. O lo que quedaba de ella. El impacto había sido formidable. Una ladera cercana, señalaba el lugar por el que sin duda caímos, procedentes de la carretera que circulaba a mayor nivel, cuyo trazado se imaginaba fácilmente a través de la hilera de árboles de su cuneta.

Algún choque o un fallo en los frenos debieron provocar el accidente, en una cerrada curva. Imaginé que los ocupantes del

vehículo lo habían pasado bastante mal, pero de eso hacía ya tiempo, y el hecho de que no hubieran dado conmigo, era evidente señal de que los que llevaban la ambulancia, incluido el propio doctor Maxwell, poco pudieron hacer por señalar mi presencia a quienes sin duda les evacuaron de la zona del siniestro. Ahora, ni un vehículo ni una persona quedaban en el lugar, como evidencia del mismo. Allá, en la carretera, vi el reflejo de faros de automóviles, pasando a relativa velocidad, y percibí el ruido de sus motores perdiéndose en la noche.

—Y yo, con esta camisa de fuerza inmovilizándome, ¿adónde puedo ir? —Murmuré, alarmado y sin excesivo optimismo—. En cuanto me vean sabrán que me he evadido de manos de médicos y loqueros...

Forcejeé en vano, tratando de librarme de ella. No es tarea fácil despojarse de una prenda tan molesta. Mis brazos, sujetos al cuerpo por ella, estaban totalmente imposibilitados de maniobrar. Ello hacía que, al caminar, lo hiciera desequilibradamente, de forma casi grotesca y, ciertamente, nada cómoda. Pero, de cualquier modo, era preferible alejarse lo más posible del punto donde tuvo lugar el accidente. Algo me decía que, no tardando mucho, aquél podía resultar un sitio candente.

La realidad, por desgracia para mí, vino a darme muy pronto la razón. Demasiado pronto para mi propia seguridad.

Allá, en la carretera, las luces de unos faros se detuvieron. Oí chirriar unos frenos. Alcé la cabeza, sin dejar de moverme por la campiña como un fantasma. El hecho de que la camisa de fuerza fuese blanca, me hacía destacar excesivamente en la oscuridad. Era otro punto en mi contra.

Un coche se había detenido al borde de la carretera. Inicialmente, eso fue todo. Pero momentos más tarde, sentí un profundo estremecimiento, y de nuevo aquel intenso terror volvió a atenazarme como una zarpa helada e invisible.

Formas blancas descendían por la ladera donde volcara la ambulancia. Figuras tan siniestramente blancas como fantasmas, pero infinitamente más tangibles y aterradoras que todos los espectros del mundo que pudieran haber salido en ese momento de sus tumbas.

—Tiene que estar por aquí —sonó una voz lejana, fría e incisiva.

—No hay duda. La ambulancia se ve allí —señaló otra, tan poco cordial y esperanzadora para mí como la anterior.

Eran al menos media docena. Todos ellos vestían de blanco. Sus pantalones y batas eran como manchones espectrales en la sombra de la noche, deslizándose ladera abajo, desparramándose como una terrorífica plaga por el terreno, batiendo éste con la helada e implacable precisión con que lo harían unas máquinas o unos robots. Era inevitable que terminaran dando conmigo, que vieses mi camisa de fuerza, que encontraran mis huellas en el blanco terreno. Tenía tantas posibilidades de escapar a su búsqueda como el zorro a quien acosa la jauría en una cacería bien organizada.

—Dios, Dios, no puedo caer en manos de esa gente —me dije, angustiado—. Sería como volver a empezar, como sumergirme de nuevo en esa vorágine de miedos, de angustias y de horrores... que culminan en la locura irreversible. Tengo que escapar, sí, pero ¿cómo? ¿Cómo, cielos, podría hacerlo?

Estaba oculto tras unos matorrales y un árbol, temblando como un azogado, viendo avanzar implacablemente a las sombras blancas, sin rostro, a los pavorosos fantasmas torturadores que deseaban terminar conmigo y con mi cerebro. Ahora yo sabía lo que estaba en juego. Sabía demasiado, conocía la verdad de mi destino, la oscura trama de una conspiración diabólica, encaminada a convertirme en un despojo humano, en una rata de laboratorio, manipulada por seres sin conciencia. No podía esperar ayuda de nadie, ni siquiera de la ley. Todo estaba contra mí. Todos lo estaban, como si me hallase en un país extraño, en un mundo hostil, en una pesadilla sin principio ni final.

Los hombres de blanco llevaban linternas que trazaban líneas y puntos de luz en las sombras de la noche. Matorrales, árboles y piedras se convertían así, de vez en cuando, en grotescas siluetas danzantes que daban la impresión de bailar una danza macabra en torno mío. Mi angustia era tal, que sentía correr el sudor helado por mi rostro, por mis manos prisioneras, y mis ojos alucinados seguían los movimientos de aquellos hombres que iban en mi busca y que tenían que encontrarme a cualquier precio.

Comencé a retroceder, pegado a tierra, reptando como una culebra, sin capacidad para utilizar mis brazos. De no alejarme de aquel escondrijo, darían conmigo en escasos instantes. Era una

forma lenta y dificultosa de moverse, pero no existía otra. Cada roce, cada movimiento, significaba una tortura más, un arañazo en el rostro, un desgarró en los pantalones. Pero yo seguía y seguía, deslizándome entre los arbustos, procurando no hacer ruido ni agitarlos demasiado para no ser advertido por la blanca jauría de cazadores.

El terreno formaba allí otra pequeña depresión, como una zanja, y me hundí en ella, buscando no ser descubierto por las linternas y por la mirada escudriñadora de los hombres de blanco. Recorrí un buen trecho así, y sus voces se distanciaron ligeramente de mí.

Repentinamente, una mole se recortó a mis espaldas, oscura y sólida, en la noche de aquella campiña que me era desconocida. De momento sufrí un sobresalto, como si un silencioso monstruo hubiera surgido a mis espaldas. Miré, aterrado, aquella forma que hasta entonces permaneciera oculta a mis ojos. Respiré con cierto alivio.

Era una casa. Una edificación cuyo muro estaba tocando en estos momentos, al pie del mismo. El hecho de estar situada en una hondonada del terreno, tras la arboleda, había hecho que no la advirtiese antes de ahora. No había luces en parte alguna.

La posibilidad de que el edificio estuviera deshabitado, era una leve esperanza. Muy leve, porque del mismo modo que yo había dado con ella, acabarían por descubrirla mis perseguidores, y su posible protección no me serviría absolutamente de nada.

Aun así, procuré reptar ladera arriba, para salir a la extensión de hierba que rodeaba el edificio. Me costó un esfuerzo terrible. Empapado en sudor, lleno de arañazos, llegué arriba. Me apoyé, jadeante, en el muro, tratando de recuperar el aliento.

Un sonido inquietante llegó hasta mí. Voces apagadas y crujido de arbustos, sonaban con claridad a no excesiva distancia. Los hombres de blanco estaban cerca. Muy cerca. Era cuestión de poco tiempo que encontrasen la casa.

Rodeé el muro, que resultó una cerca de ladrillo, pegado a la misma, tambaleante, a punto de caer exhausto. Llegué junto a otra pared, donde creí entrever una rendija de luz, a no mucha distancia de mí.

Recuperé fuerzas e intenté reanudar la marcha. Tropecé en algo y caí de rodillas, dominando con dificultad una sorda imprecación.

Estaba intentando levantarme de nuevo, cuando la mano se apoyó en mi hombro.

Sentí un frío glacial subiendo por mi espinazo y provocándome un espasmo helado en la nuca, que erizó mis cabellos.

Aquella mano, me apretó con fuerza, impidiéndome levantar.

—Te he encontrado —dijo una ronca voz de hombre.

Capítulo VI

DE nada había servido todo cuanto hice. En un momento, en un solo instante, todo se había desmoronado en torno mío. Otra vez estaba en su poder. El accidente de la ambulancia, mi desesperado afán por huir a lo inevitable, se convertían en algo tan evanescente como mis propios sueños y pesadillas.

Me habían cazado. Ahora sí que esto significaba, definitivamente, el fin. El fin de todo para mí.

—Oh, no, no... —Casi sollocé, con mi voz convertida en un gemido de angustia suprema, de exasperación infinita—. ¿Por qué, Dios mío, por qué?

—Sabía que estabas aquí —dijo la voz con cierta aspereza—. No te podías escapar.

Me incorporé a medias, sujeto mi hombro por aquella mano de hierro. Yo murmuré con tono quebrado, ya sin alientos para seguir luchando, para enfrentarme ni un momento más a lo inevitable:

—¿Por qué no me matáis de una vez? Prefiero mil veces la muerte a esta tortura. Sabéis bien que yo no estoy loco, que vosotros me estáis enloqueciendo poco a poco, hasta destruirme. Terminad conmigo definitivamente, y eso tendré que agradeceros, malditos seáis todos...

Me apoyé en el muro, desalentado, abatido. Inesperadamente, la voz se hizo más dulce a mi lado:

—¿De qué está hablando? ¿Qué le sucede?

No entendí bien aquellas palabras. De sobra sabían todos ellos, aquellos hombres de blanco, surgidos como monstruos inhumanos de la oscuridad de la noche, de qué se trataba, qué era lo que me sucedía.

—¿Y aún lo preguntáis? —gemí—. Qué gran sarcasmo, Dios mío...

—Tío Ben —sonó una voz débil, difusa—. ¿Dónde estás, tío Ben?

—Aquí —respondió con firmeza mi captor—. He encontrado a alguien junto a la casa, Lizz. Te dije que había alguien. Tu tío Ben nunca se equivoca.

Una figura increíble apareció delante de mí, alumbrada por la débil claridad que se filtraba por una puerta recién entreabierta. Asombrado, contemplé aquella delgada silueta de muchacha, rubia y adolescente, de trenzas doradas y rostro ingenuo.

Ella me miró, atónita. Y yo a ella. Luego, giré los ojos hacia mi captor.

El corazón me dio un vuelco. No llevaba ropas blancas. No era uno de *ellos*. La mano que se apoyaba con fuerza en mi hombro era la de un hombre rudo y fuerte, rugosa y llena de energía. Pero su dueño era un hombre de unos cincuenta años o más, pelo canoso, rostro curtido y aspecto rústico. Miraba con vaga fijeza a su sobrina o al vacío, no estuve bien seguro de eso. Pero a mí ni siquiera se dignaba echarme una ojeada.

—Tío Ben, un hombre... —susurró la chica—. Y lleva una extraña prenda...

—Lo sé —afirmó él—. Lo he tocado al encontrarle.

O mucho me engaño, o es una camisa de fuerza...

—¡Una camisa de fuerza! —Repitió la joven, asombrada—. Entonces se trata de un...

—¿De un loco? —completó el llamado tío Ben. Sonrió, moviendo negativamente la cabeza—. No estés nunca seguro de eso. Digamos que lleva la prenda que ponen a los locos, eso es más exacto. Se ha expresado hace un momento del modo que no lo haría un loco.

—Dicen que los locos son muy astutos e inteligentes, tío Ben... —señaló ella, estudiándome con recelo y temor evidentes.

Él iba a responder cuando lejanas voces llegaron a nosotros, confundidas con el rastreo del terreno, que producía chasquido de ramajes y arbustos.

—¡Por aquí veo algo! —Sonó una de esas voces—. Creo que anduvo por aquí...

—Se vislumbra una luz, allá en la hondonada —añadió otro—. ¿Qué tal si vamos hacia allá?

—Sí. Nosotros iremos. Vosotros, seguid buscando.

Debí expresar un terror infinito. La muchacha lo captó. No

dejaba de mirarme con unos enormes, redondos ojos azules. No debía tener más de quince o dieciséis años.

—Tío Ben, viene gente —dijo.

—Lo sé —asintió él, con su mirada perdida siempre en la nada—. Puedo oírles con mucha mayor claridad que tú y que este hombre. Se acercan. ¿Le buscan a usted, amigo?

—Sí —dije roncamente.

—¿Son...?

—Loqueros —afirmé—. Y médicos.

—Ya. ¿Está usted loco?

—No —negué—. Juro por Dios que no. Pero no me falta mucho para estarlo.

—Qué cosas preguntas, tío Ben —dijo la chiquilla—. ¿Cómo va a admitir que esté loco? Nadie lo hace.

—Creo que dijo la verdad, sin embargo —sonrió el hombretón—. Entremos en casa. Y cierra la puerta.

—De todos modos, vendrán aquí y llamarán —objetó ella—. Registrarán la casa para encontrarle...

—Dejaremos que lo hagan —rió él—. Vamos, no perdamos tiempo.

Me empujó hacia una puerta que la muchacha entreabrió. Pasamos al interior de una casa modesta y sencilla, pero llena de pulcritud y limpieza. La chica cerró con rapidez tras de nosotros. Yo me apoyé en el muro, jadeante.

—Escapé de ellos —dije en un murmullo—. Me llevaban a un manicomio, sí. Su sobrina tiene razón. Parezco un loco. Ellos dicen que lo soy. La historia sería larga de contar y ustedes no iban a creerme.

—No pierda el tiempo —sonrió tío Ben—. Lizz, pequeña, suelta a este hombre la camisa de fuerza.

—Tío... —protestó ella, alarmada.

—Haz lo que te digo —insistió, impaciente—. Deprisa, no hay mucho tiempo que perder, con esa gente tan cerca de la casa. Es cuestión de dos o tres minutos que llamen.

Lizz se acercó a mí. Me miraba con recelo, con temor. Traté de sonreírle.

—No tema nada —murmuré—. Dije la verdad. No se fie de las apariencias.

—Los jóvenes siempre lo hacen —rió suavemente el hombre—. Se dejan guiar por lo que ven. Es la ventaja que tenemos los que no poseemos el don de la vista, amigo mío. Que nos guiamos por el instinto, y éste rara vez suele fallar.

—De modo que usted... —Le miré, empezando a comprender.

—Sí. Soy ciego, creí que lo habría advertido.

—Perdone. Estoy demasiado confuso y asustado para fijarme en nada.

Lizz estaba desatando mi camisa de fuerza con alguna dificultad. Allá fuera oí voces y pisadas recias. El hombre puso gesto de tensión.

—Cuidado —silabeó—. Se acercan... Deprisa, Lizz. ¿Lo lograste?

—Casi —afirmó ella, logrando al fin desprender mis ligaduras.

Respiré con alivio, despojándome de la odiosa prenda que me retenía casi incapacitado para cualquier acción que no fuese caminar. Ella sostuvo la camisa entre sus manos, sin saber qué hacer.

Golpearon la puerta con fuerza. Una voz tronó:

—¡Abran, por favor! Es importante, abran. Somos personal sanitario del doctor Avery Maxwell, sólo queremos que nos den una información.

Tío y sobrina estaban rígidos. Lizz me miró, indecisa. El ciego hizo un gesto rápido.

—Al sótano, Lizz —ordenó—. Deprisa, hija. Y vuelve enseguida, con la cena. Haré que estoy esperando que me sirvas. No te demores demasiado, que no sospechen.

—Sí, tío Ben —susurró ella. Me miró, indicando rápida—: Sígame.

Lo hice. Vaya si lo hice. Entre otras razones, porque no tenía otro camino a seguir, y aquello era una vaga, una remota esperanza. Bendije mentalmente a aquel buen hombre, el ciego tío Ben. Sin conocerme, se fiaba de mí tan sólo por su instinto de invidente. Lizz, su sobrina, no era tan crédula por desgracia. Pero obedecía, de mejor o peor gana, a su tío.

Me condujo a una habitación oscura, mientras oía al invidente abrir la puerta sin muchas prisas, tras responder a los de fuera. La muchacha alzó una alfombra de nudos tras apartar una mesita de centro, y levantó una trampilla en el suelo.

—Aquí —susurró—. Entre, rápido. Volveré pronto a por usted, cuando ellos se hayan marchado. Espero que mi tío no se haya equivocado con usted...

—Le aseguro que no, Lizz —musité, al pasar junto a ella, camino de mi oscuro escondrijo bajo el suelo—. Dios se lo premie a los dos. Algún día podrá saber la verdad sobre mí, y sabrá que él estuvo en lo cierto.

Y al rozarla, apoyé suavemente mis labios en su mejilla, musitando roncamente:

—Gracias, Lizz. Gracias de todo corazón...

La vi llevarse una mano a la mejilla recién besada, con auténtica sorpresa. Luego, bajé unos escalones, y me encontré en un sótano alargado y angosto. La trampilla se cerró sobre mi cabeza silenciosamente. Oí deslizarse de nuevo la mesa encima de la alfombra, y supe que habían dejado bien oculto el acceso a mi escondrijo.

No sé el tiempo que pasé allí, con mi corazón palpitando apresuradamente. Sólo puedo recordar que oí pisadas por encima, yendo de un lado a otro, y capté sordas voces enérgicas que luego se fueron diluyendo poco a poco. Finalmente, sonó seco el portón, y el silencio volvió a la casa.

Aun así, todavía tardaron algún tiempo en acudir a abrir la trampilla. Cuando salí, la luz brillaba en la estancia y me hizo parpadear, deslumbrado. Lizz sonreía junto a su tío Ben. Ambos parecían complacidos.

—No he querido sacarle hasta que se alejaran convenientemente —explicó el hombre—. Eran difíciles de convencer. Muy rudos y obstinados. Lizz dice que le dieron miedo.

—No me gustaron —confesó la muchacha—. Miraban de un modo tan raro... Y luego sus uniformes, tan blancos... Dijeron que usted había matado ya a tres personas... ¿Es cierto eso?

—No, Lizz, no es cierto —mentí a medias—. Son seres brutales, despiadados. Están tratando de volverme loco, y casi lo han conseguido ya.

—Pude entrever por sus palabras que están preocupados por haberle perdido —añadió tío Ben—. Seguirán por aquí un tiempo, buscándole. Mi consejo es que no abandone la casa de momento.

—¿Ustedes van a arriesgarse ocultándome? —dudé, emocionado

—. Les aseguro que es peligroso. Hay mucha gente importante implicada en esto. Para ellos, es vital que yo aparezca cuanto antes y puedan silenciarme.

—A mí la gente importante me tiene sin cuidado —sonrió el ciego—. Va a quedarse, muchacho. Mientras esté aquí dentro y no se deje ver, nada le sucederá. Más adelante, una vez pasado el peligro, podrá hacer lo que guste. Por cierto, ¿cuál es su nombre? Ellos ni siquiera lo mencionaron...

—Frank —dije—. Frank Ellery. Han tenido que oír hablar de mí últimamente. Por radio y televisión... en los periódicos...

—Aquí no tenemos televisión —sonrió Lizz—. Y yo sólo escucho música en la radio, no noticias. En cuanto a periódicos, rara vez llegan a esta casa.

—¿Estamos muy alejados de la ciudad? —indagué.

—No demasiado. A cosa de veinte millas. Pero a tío Ben le gusta la vida de campo y a mí también —suspiró la muchacha—. Sólo salgo para ir a la escuela en el cercano pueblo y ayudar a tío Ben en las tareas de la casa. Supongo que tendrá apetito, ¿no, señor Ellery?

—Sí, Lizz. Mucho apetito —suspiré—. Lo había casi olvidado, acuciado por otras necesidades más perentorias, como librarme de esa camisa de fuerza o escapar a esos hombres de blanco...

—Entonces, no se hable más. Venga a la mesa a cenar con nosotros —invitó tío Ben—. La cena está a punto. Esa gente se tragó todo cuanto le dijimos sin sospechar nada, estoy seguro. No pueden ni imaginar que un hombre ciego y una niña acojan en su casa a un hombre con una camisa de fuerza.

—En eso tienen razón. Arriesgó usted mucho al confiar en mí, tío Ben —dije con tono emocionado.

—Ya le dije que acostumbro a fiarme sólo de mi instinto y nada más —sonrió complacido—. Vamos, que la cena se enfría y sería una lástima.

Eché a andar con ellos, hacia el comedor, donde humeaba ya una sopera entre dos servicios. Lizz puso prestamente otro para mí. La miré, sujetando suavemente su mano. Los azules ojos de la jovencita me miraron con dulzura.

—¿Sí? —musitó.

—¿Ya confía un poco más en mí, Lizz? —quise saber.

—Sí, así es —afirmó. Y se tocó instintivamente la mejilla que yo

besara poco antes.

Escudriñé la campiña desde detrás de los cristales, alzando ligeramente la cortina de cretona estampada.

El amanecer era tibio y soleado, y no se veía a nadie por los alrededores. Aquel piso alto de la casa era una buena atalaya. Lo recorrí todo con la mirada, sin vislumbrar la menor huella de hombre blanco alguno en cuanto abarcaba la vista. En torno a la casa, todo era tranquilidad y sosiego.

Resultaba extraño en mi vida actual. Como un oasis de paz en medio de un desierto de horrores. Había dormido profundamente, sin soñar siquiera. Ni una de aquellas odiosas pesadillas había asaltado mis sueños, estropeándolos. La fatiga, el relajamiento y la paz del lugar, el hecho de sentirme, por vez primera en mucho tiempo, entre amigos en quienes confiar, me había hecho descansar como hacía meses que no descansaba.

Ahora me sentía mejor, infinitamente mejor. Más descansado, más fresco y despejado que nunca. Pero siempre con el temor latente de que mis enemigos de blanco pudieran estar por allí, acechando, a la espera de que yo diese de nuevo un paso en falso, para volver a caer sobre mí e iniciar de nuevo el dantesco juego de la razón y la locura, de la vida y de la muerte.

Cuando bajé a desayunar, requerido por las voces joviales de Lizz, la leche humeaba en los tazones y la casa toda olía a tostadas recién hechas. Me senté a la mesa con apetito, jovial, casi optimista. Por unos momentos, incluso olvidaba el reciente pasado, el terrible y torvo pasado de mi vida.

—¿Se encuentra mejor ahora? —me preguntó tío Ben.

—No sabe cómo... —suspiré, mirándole con gratitud—. Ustedes me han dado lo que ningún médico de mundo es capaz de dar: seguridad, confianza, relajamiento... Y paz. Una inmensa y envidiable paz que ya había olvidado por completo.

—Me alegra que esté a gusto entre nosotros —se apresuró a manifestar Lizz, acudiendo a servir e desayuno.

—Lo estoy. Quizás como nunca lo estuve en muchos años y como me costará volver a estarlo —sonreí—. Pero esto debe terminar...

—¿Por qué? —Se mostró ella abatida, mirándome con sus ojos muy abiertos.

—Compréndelo, Lizz —le hablé familiarmente—. Soy un perseguido. Me acosan. No os traería sino problemas. Además, debo luchar por mi regreso a una vida normal, sin riesgos ni peligros.

—Aquí podría tenerla —sugirió ella.

—Claro que sí —suspiré—. Pero es demasiado hermoso para ser real y duradero, Lizz. Éste no es mi mundo ni puedo permanecer aquí de por vida. Me habéis salvado de algo tan terrible que no podéis siquiera imaginarlo, y os guardaré eterna gratitud por ello, pero eso es todo. No puedo prolongar mi estancia aquí, no sería justo. Recuerden ambos que mis enemigos son muy poderosos y seguirán buscándome a cualquier precio. Acabarían dando conmigo de un modo u otro. Y entonces, ustedes también sufrirían las consecuencias.

Y no saben de qué modo. Debo arriesgarme y salir de aquí hoy mismo, una vez compruebe que no existe riesgo inmediato.

—Eso ya lo comprobé yo —sonrió la muchacha—. Recorrí toda la zona apenas clareó. No hay nada que se me pueda escapar a mí en esta región. Y no vi nada ni a nadie sospechoso. Ni vehículos ajenos, ni gente, vestida o no de blanco, que no sea de este lugar. Creo que se fueron a buscarle por algún otro lado. El hecho de que anoche, cuando usted ya dormía, yo me acercase a la carretera con mi bicicleta, y llevara su camisa de fuerza a dos millas de aquí, en otra bifurcación, puede que les haya desorientado en la búsqueda...

—¿Eso hiciste? —La miró con honda gratitud—. No sé cómo premiarte algo así, qué decirte, Lizz, muchacha...

Ella enrojeció vivamente, desviando su mirada. Tío Ben rió entre dientes, mientras desayunaba con excelente apetito.

—Lizz es una buena chica —ponderó—. Y muy lista. Fue un toque de habilidad desviar así la búsqueda, no hay duda. Tardarán en volver por aquí, seguro.

—Y cuando vuelvan, yo no estaré ya para complicarles la vida.

—Tenga por seguro, Ellery, que gustosamente afrontaremos cuanto pueda...

—Lo sé, lo sé, tío Ben —le interrumpí, conmovido, apretando su brazo—. Pero no sería justo ni honesto. Debo irme, y más sabiendo que me buscan por otros lugares, al menos de momento.

—¿Irse... para siempre? —musitó Lizz.

—Eso nunca se sabe. Tal vez vuelva un día, cuando esta

pesadilla haya quedado atrás para siempre...

—Ahora sí estoy bien segura. Ellos mintieron. Usted no es un enfermo mental, Ellery.

—Gracias por tu confianza, Lizz. No, espero que aún no hayan logrado volverme rematadamente loco.

No será porque no lo intentaron por todos los medios...

Aquel mismo mediodía, mientras Lizz estaba en la escuela del pueblo y tío Ben trabajaba en los establos, yo emprendía la marcha hacia el cercano pueblo por un sendero vecinal que él me indicó, y por el que difícilmente podría encontrarme a nadie ajeno de aquella región.

Una vez en el pueblo, hice una llamada telefónica desde su centralita, antes de alquilar un coche para dirigirme a la ciudad.

Llamé a la única persona en quien podía confiar. La única que me había ocultado una noche y había confiado en mí a pesar de todas las apariencias. Tal vez, en toda la ciudad, la única que sería capaz de seguir confiando, a menos que hubiera cambiado mucho.

Utilicé el teléfono de su casa, que recordaba bien. Temí que tuviera turno de día en el hospital, pero no fue así. Tras una pausa, una voz somnolienta se puso al aparato.

—¿Quién es? —preguntó.

—Priscilla, soy yo —dije roncamente—. ¿Me conoces?

—¡Frank! —Se mordió sin duda el labio para no seguir—. Cielos, ¿desde dónde llamas?

—No sería prudente decírtelo. Pueden estar controlando tu teléfono. Ve a una cabina pública cuando salgas de casa. Cuida que no te sigan. Volveré a llamarte, si recuerdas el número de alguna cabina cercana a tu casa...

—No, espera. Busca en la guía. El número del restaurante Sharky, cerca de aquí. Estaré esperando allí.

No creo que puedan interferirlo si te apresuras. Yo saldré de inmediato.

—Bien. Ve para allá. Te llamaré dentro de veinte minutos exactamente.

—Sí, Frank... ¿Por qué te fuiste de casa sin dejar aviso alguno?

—Es largo de contar, querida. Ya te lo diré en su momento —y colgué, por si el teléfono de la enfermera había sido interferido por mis poderosos enemigos anónimos.

Salí de la centralita telefónica y di un paseo por el pueblo sin advertir nada sospechoso. Era un lugar pequeño y apacible, virtualmente desiertas sus calles a mediodía. Lamenté no poder disfrutar por más tiempo de aquel sosiego, pero ni siquiera en un lugar así podía sentirme seguro, teniendo a mis talones a los sabuesos de ropas blancas, a los fantasmas de la psiquiatría y la neurocibernética.

Justamente veinte minutos más tarde, volvía a llamar a Priscilla. No tardó ni treinta segundos en ponerse. Debía de estar esperando la llamada en el restaurante, contando los minutos con impaciencia.

—Habla, Frank, te escucho —dijo—. Aquí no hay nada que temer. Sólo hay una media docena de comensales habituales y el servicio de siempre. Estoy en una cabina, de modo que puedes hablar sin problemas. ¿Cómo va todo?

—Mal. Muy mal —dije roncamente—. No me dijiste que esto era un complot de altos vuelos, un proyecto frío y deliberado en el que me apresaron como la mosca en la tela de araña...

—No sé de qué me hablas, Frank. Yo no sé nada de nada. Solamente soy para ellos una enfermera. No me cuentan sus cosas. Acabé mi turno esta misma mañana. ¿Y sabes qué me dijeron? Que el doctor Maxwell había resultado gravemente herido en un accidente, cuando se dirigía a un centro médico privado que él dirige en cierto lugar de este Estado...

—Sí, es sólo parte de la verdad. Volcó la ambulancia. Y yo iba en ella.

—¡Tú! —Su voz sonó asombrada—. Cielos, Frank, ¿qué está pasando?

—Sólo sé una parte de la trama, y no me gusta nada. Es algo más que un asunto doméstico. Siempre pensé que mi mujer estaba detrás de todo esto, que ella manejaba los hilos de la trama y usaba mi dinero para destruirme. Pero es algo más, mucho más que eso. Un horror inconcreto pero terrible.

—Frank, tu mujer murió asesinada, dicen que fuiste tú...

—¿Y lo has creído?

—Cielos, sabes que no. Yo no puedo creer esas cosas de ti —sonó cálida su voz.

—Gracias. Creo que eres la única persona que tiene fe en mí. Sólo en ti confío ya. Quise fiarme de otra persona, de la doctora

Stowe. Y me traicionó miserablemente.

—No he visto a la doctora en el hospital. Creo que está ausente...

—Sí, es posible que lo esté. Pero por razones que sólo yo conozco... Priscilla, necesito verte cuanto antes, estar contigo, sentirme seguro...

—¿Crees que podrás estarlo en casa?

—No, en tu casa tampoco. Ocurrieron cosas tras irte tú. Creo que ellos vigilaban ese lugar.

—¿Ellos? ¿Te refieres a Maxwell y su gente?

—Y a muchos más que no conocemos. Me ocurrieron cosas que me hacen pensar que en todo momento me controlan, me vigilan. Sólo ahora parece que he podido desorientarle momentáneamente, no sé por qué. Priscilla, necesito reunirme contigo cuanto antes.

—Yo estoy libre hasta esta noche, en que comienzo mi turno a las diez. Te espero donde digas. Podríamos ir a un hotel, a cualquier lugar seguro.

—Sí, será lo mejor. Finge que vas al hospital o algún otro sitio. No hagas equipaje alguno ni dejes ver que vas a reunirse con alguien. Que nadie te siga. Quedaremos en un sitio donde podamos ver a cualquiera que nos vigile. El zoológico, por ejemplo. Ante la jaula de las panteras, dentro de cuatro horas, ¿conforme?

—Conforme. Allí estaré. Esta noche podría pedir la baja en el hospital, si es necesario...

—Eso les haría sospechar. Veremos en su momento lo que puede hacerse. No faltes, Priscilla querida. Te estaré esperando... Créeme, te necesito mucho.

Colgué. Ahora disponía de cuatro horas para regresar a la ciudad con las debidas precauciones y reunirme con ella en el zoo. Era el momento de decir adiós al pueblecito y a sus alrededores, donde había logrado vivir unas horas de paz y de sosiego, lejos de los terrores que últimamente me acosaban como un cerco de espectros malignos.

Me dirigí al coche de alquiler, para que me condujese de retorno a la gran urbe, a la selva de asfalto donde seguiría luchando por mi vida y mi razón en aquella desesperada partida de ajedrez cuyo adversario real ni siquiera conocía.

Capítulo VII

—FRANK, vida mía...

—Priscilla querida...

Era reconfortante sentirse de nuevo junto a mi bonita y pelirroja amiga, la única mujer que no me había traicionado y en quien podía confiar, la única que desde un principio tuvo fe en mí, sin pretender engañarme.

Aquel motel apartado, solitario, en una carretera de las cercanías de la ciudad, parecía un buen refugio para los dos. Habíamos dado nombre supuesto, y ella había ido vestida de novia. Una idea brillante, sin duda alguna. Una parejita en plena luna de miel. Todo fueron atenciones y amabilidades con nosotros. Nos dieron una especie de modesta *suite* nupcial, lo mejor que el motel poseía, y nos encerramos en ella, dispuestos a pasar la noche juntos, lejos de todo posible riesgo, cambiando impresiones y planeando un futuro, el que fuese.

—Has tenido una gran idea —aprobé cuando nos quedamos solos y ella comenzó a despojarse de su vestido de novia—. Nadie pensará en dos recién casados como personas dignas de sospecha...

—Tampoco sospecharon nada en el hospital cuando avisé de que me encontraba enferma y no acudiría esta noche al trabajo. El doctor Nelson se ocupó de todo y me tranquilizó al respecto, cubriendo mi turno con otra enfermera.

—Ojalá sea así —suspiré, rodeándola con mis brazos y atrayéndola hacia mi amorosamente.

De momento, ni ella pidió explicaciones ni yo pensé en dárselas. Parecía que ambos habíamos estado deseando solamente esto: encontrarnos juntos y a solas. Caímos en el lecho, estrechamente abrazados. Si algún vecino oyó algo, debió admitir, comprensivo, que era lo más normal en una noche de bodas...

Sólo más tarde, cuando ella fumaba un cigarrillo, a medio vestir,

apoyada en la ventana, comenzamos a hablar de nosotros y de cuanto nos rodeaba. Le referí todo lo sucedido aquella noche en que me fui de su casa tan inesperadamente. Lo escuchó con gesto de asombro. Después, siguió mi relato, hasta terminar con lo sucedido en la casa de campo de invidente tío Ben y su joven sobrinita.

—Dios mío, Frank, es increíble... —susurró, demudada, volviéndose hacia mí—. Estamos luchando contra algo más que una vulgar conspiración para volverte loco. Ellos son..., son algo sin rostro, sin nombre. Una fuerza poderosa pero sin forma.

—Así es. El Estado, el sistema, lo que sea. Un terror intangible pero real. Y delante de él, los blancos peones del horror: enfermeros, psiquiatras, loqueros, camisas de fuerza, hospitales, clínicas privadas, quirófanos... Un laberinto enloquecedor, un dédalo tortuoso de ciencia y de alta política, de angustias sin fin.

—¿Qué crees que andan buscando con todo ello?

—No sé. Un nuevo hallazgo científico que les permita luchar con ventaja contra espías y enemigos de otros países. En esa clase de guerra nunca hay piedad para nadie, ni siquiera para los propios compatriotas a quienes eligen como cobayas. Yo no represento nada para ellos. Fui elegido fría y deliberadamente, porque era un vulgar asesino sentenciado a morir en la silla eléctrica. Me hicieron firmar un pacto mediante el cual aceptaba por propia voluntad ser el sujeto de una experiencia nueva y terrible, a cambio de salvar la vida. Oficialmente, eso no es así, pero la realidad no tiene más que un camino. A partir de ahí, ya todo está permitido. Todo, menos rebelarse y luchar, escapar o decir la verdad de lo que sucede, porque ello significaría que todo un proyecto siniestro y oscuro, bendecido por altas instancias de mi propio país, se vendría a tierra como un castillo de naipes. Entre sacrificar su experimento terrorífico o sacrificar a un hombre apresado por la maquinaria, no hay duda alguna en qué elegir. Ése es el caso, Priscilla.

—Es tan terrible que escapa a mi comprensión, Frank. Si tú no me lo contaras, me resultaría imposible creerlo...

—Ahí está lo peor del asunto —resoplé amargamente—. Que aunque lo cuente a alguien, ¿quién va a creer me? Dirán algo muy simple: manía persecutoria. Yo estoy loco e invento cosas. Nada más sencillo, sobre todo si se respalda con unos cuantos certificados médicos.

—Pero todo eso es monstruoso, Frank...

—Monstruoso. Ésa es la palabra. Por desgracia, yo lo sé. Tú me crees porque yo te lo digo. Pero nadie más en este país podría admitirlo. Y si algún policía lo sabe, como el teniente Jeffords, su obligación es callar y servir dócilmente al sistema, representado por algún organismo estatal, por la CIA o el FBI, por quien sea, que eso es lo de menos, ya que tras unas siglas o un departamento cualquiera de tipo burocrático y político está el Poder. Y el Poder vence siempre, Priscilla. Eso es lo espantoso de mi situación. No tengo a quién recurrir.

—Si escaparas del país, si pudieras llegar al extranjero, a un lugar seguro...

—No existe lugar seguro para quien sabe lo que yo sé, Priscilla. Sólo los países del Este. Y yo no soy un traidor. Además, ¿qué encontraría allí? Gente que me interrogaría exhaustivamente noche y día, en una tortura mental, para tratar de conocer la naturaleza del secreto. Allí existen «lavados de cerebro» y cosas por el estilo. Créeme, todos son iguales. Por eso no tengo adónde ir.

—Habrá algún sitio donde las cosas no sean así.

—Lo dudo. Pero aunque lo hubiera, ¿cuánto tiempo viviría en él? ¿Cuánto tiempo tardarían en detectarme los sabuesos que pusieran tras de mi pista? Entonces no pretendería hacerme pasar por loco otra vez. Sencillamente, me eliminarían. Es una batalla perdida de antemano, haga lo que haga y suceda lo que suceda.

Caí en la cama revuelta, anonadado, mientras la pelirroja muchacha me escuchaba y, lentamente, venía a mí y me acariciaba los cabellos suave, dulcemente.

—Mi querido Frank, ¿cómo podría ayudarte? —susurró.

—De ninguna manera —rodeé su cintura y la atraje hacia mí—. Debes dejarme también, apartarte de mí como si fuese un apestado.

—No, eso no...

—Es un buen consejo, Priscilla. Pasemos juntos esta noche. Luego, nos separaremos definitivamente. Intentaré algo, no sé el qué... No tengo esperanzas. No creo en nada ni en nadie. Sólo en ti, que tan ciegamente confías en mí y en mis palabras.

—Sé que puedo confiar, Frank. Tú no mataste a tu mujer. Lo sé. E incluso casi podría asegurar que tampoco mataste al doctor Humphrey o a la enfermera Mosser...

—¡Qué tontería! —Reí amargamente—. Cierto que no maté a Janis, pero a los otros dos... Desgraciadamente es muy cierto. Yo les maté. Y no tengo excusa. Tal vez por eso esté ahora pagando mis culpas, sea éste el terrible castigo que el destino me ha reservado...

—No pienses más en todo eso, amor mío —ella me apretó con fuerza contra sí. Luego, caímos juntos en la cama, nuevamente—. Pensemos sólo en nosotros. En ti y en mí...

Era fácil seguir sus indicaciones. Muy fácil. Con una mujer como Priscilla en los brazos, todo pasión y sensualidad, todo resultaba sencillo. Incluso para mí.

Me olvidé fácilmente de todo. Y sólo pensé en ella. Sólo existió ella...

Era madrugada. Las luces del motel parpadeaban más allá de la ventana, alumbrando la carretera. Yo fumaba en silencio, distendido, echado boca arriba en la cama, la mirada perdida en el techo.

De la ducha, llegaba el rumor del agua golpeando la espalda de Priscilla. Dentro de poco, nuestra noche terminaría. Tal vez no hubiera ya ninguna más, pensé. Acordándome de que aún le debía doscientos dólares, me incorporé. Alcancé mi chaqueta. No conservaba ya el revólver, que el teniente Jeffords me había quitado en su momento, pero si el talonario de cheques, que a nadie había importado demasiado. Sonreí. Me apresuré a extender un cheque a nombre de Priscilla Kane, por valor de diez mil dólares. Era una pequeña ayuda para ella, por todo lo que había intentado auxiliarme en mi desesperada situación.

Me incorporé sigiloso y fui a su bolso, abriéndolo. Puse el cheque doblado en su interior, junto a su cartera-billetero. Luego lo pensé mejor y opté por meterlo dentro mismo del billetero.

Lo abrí. La tarjeta de identificación de Priscilla, con su título de enfermera profesional, adscrita al Centro Médico Psiquiátrico, destacó ante mí. Puse allí el talón recién escrito. Pero resbaló, y tuve que recogerlo de nuevo, para ponerlo en el billetero. Éste me mostró la tarjeta de la Seguridad Social de Priscilla y otra tarjeta de identificación como enfermera del Random Hospital.

Me quedé helado. ¡Random Hospital!

Era el primer lugar al que había sido llevado, cuando Janis, Steve y el doctor Kirkland me internaron por enfermo mental y yo

escapé, matando a la enfermera Mosser. Miré la fecha correspondiente a aquella tarjeta. Era ligeramente anterior a mi internamiento allí.

Para mí, eso constituía una sorpresa. Priscilla jamás me confesó que hubiera sido enfermera en aquel centro, precisamente cuando yo maté a Enid Mosser.

Perplejo, no supe qué hacer. Después, febrilmente, tuve una idea y comencé a registrar aquel billetero. Encontré dos recortes de periódico, guardados en un compartimento, tras su documentación. Uno databa de hacía bastante tiempo. Su encabezamiento ya no me sorprendió:

ASESINATO DE UNA ENFERMERA EN EL RANDOM HOSPITAL
Enid Mosser, asesinada por un enfermo mental

El otro recorte me informó de algo que yo desconocía:

EL DOCTOR HUMPHREY, ¿ASESINADO?

Varios brutales golpes de llave inglesa destrozaron el cráneo de un famoso neurocirujano

Varios golpes de llave inglesa. Y yo sólo le había dado uno...

Guardé aquellos recortes, aterrado. De repente, una neblina parecía rasgarse ante mí, mostrándome un insólito cuadro de horror ignorado. Tambaleante, traté de guardar de nuevo el billetero en el bolso. Entonces descubrí, en el fondo de éste, la pequeña pistola automática, calibre 22, de cachas de nácar. Me quedé sin aliento.

—Querido, ¿qué estás haciendo? —preguntó la risueña voz de ella a mi espalda.

Me volví. Con su bolso en la mano, abierto aún. Ella lo miró, sobresaltada. Vi en sus pardos ojos un destello de temor súbito. Al mirarme, su faz estaba algo tensa y pálida.

—Frank, ¿qué haces con mi monedero? —quiso saber, algo seca.

—Priscilla, tú..., tú estabas entonces en el Random... —susurré—. ¿Por qué no lo dijiste?

—Oh, eso... —Ella sonrió, forzada, restando importancia al asunto—. No creí que tuviera importancia... Ni siquiera llegamos a coincidir en la misma planta tú y yo...

—Pero sí coincidiste con la enfermera Mosser, ¿verdad? —

pregunté, tenso.

—¿Qué quieres decir con eso? —Su voz parecía chirriante ahora.

—Priscilla, estabas en el Random Hospital cuando yo maté a Enid Mosser. Y estabas en el psiquiátrico de Maxwell cuando maté a Humphrey...

—¿Y qué? Pura casualidad. No quise mencionarte eso para no causarte más complejos, querido...

—Nunca me dijiste que Humphrey murió de varios golpes de llave inglesa.

—Creí que lo sabías. Después de todo, tú se los diste, ¿no?

—No, no —rechacé—. Yo sólo le di un golpe, le vi caer herido... Alguien, luego, le tuvo que rematar con varios golpes más. *Tú, por ejemplo...*

—¿Yo? —Priscilla Kane, muy pálida, dio un paso atrás—. ¿Te has vuelto loco, Frank, realmente? ¿Por qué había yo de hacer tal cosa?

—No lo sé, Priscilla. Pero si tú pudiste matar a Humphrey... ¿por qué no pudiste hacer lo mismo con la enfermera Mosser?

—Eso es un disparate y lo sabes. Tú mataste a la Mosser. Tú le clavaste aquellas tijeras de cirugía que robaste del botiquín cuando te llevaron allí horas antes para una cura...

—¿Cómo sabes que usé unas tijeras de cirugía, si me llevé esa arma conmigo? —repliqué, tajante.

—Bueno, los médicos lo dijeron. La autopsia revela esas cosas...

—Seguro. Pero yo estaba drogado. Drogado por alguna enfermera que no fue la Mosser esa noche. Recuerdo haber oído que otra cubriría el turno de noche, una chica nueva... Esa chica eras tú, estoy seguro. Pusiste la droga en mi vaso de leche. Al entrar la Mosser a despedirse, la droga actuó. La atacé, hiriéndola. La vi caer, la sangre de su cuerpo salpicó la bata blanca... No me fijé en más. Le quité las llaves y escapé... Luego..., luego sin duda llegaste tú, la nueva suplente... con *otras* tijeras quirúrgicas... y se las clavaste una y diez veces, como golpeaste a Humphrey... ¡Tú mataste a los dos! Pero ¿por qué, Priscilla, por qué?

Ella avanzó hacia mí, con el rostro extrañamente endurecido y sombrío. Vi una amenaza en él, y levanté mi mano, armada con su pistola nacarada.

—No, querida, no te muevas —avisé—. No me fío de ti. Ya no...

—Mucho has cambiado, Frank —silabeó—. Estás diciendo estupideces, imaginando locuras.

—Locuras... Eso es lo que imaginaba yo cuando estaba en tu casa esa noche. El rostro sangrante del doctor Humphrey, la calavera en la faz del policía... Todo era falso, imaginario... Alucinaciones provocadas por una droga. Una droga que me aplicaste sin duda mientras dormía, tras haber pasado la noche junto a ti en tu lecho...

Mis ojos se dirigieron ahora al vaso de *whisky* que ella me había servido poco antes de entrar en la ducha y que yo no había llegado a probar. La miré, comprendiendo, y ella dio un paso atrás.

—Espera... —murmuré—. Ese *whisky* tan solícitamente preparado... Vas a tomarlo tú ahora, querida.

—¡No! —Casi gritó—. No..., no me gusta el alcohol, Frank...

—Beberás ese *whisky*.

—No soporto el *whisky* ni ninguna otra bebida, por el amor de Dios —gimió.

—Lo has drogado. ¡Lo drogaste para que de nuevo vengan a por mí y me lleven! ¡Es eso lo que hiciste, maldita pécora!

—Estás loco, Frank. Dices que te drogué aquella noche. ¿Acaso fue droga lo que hizo que todos vieran tu sangre en tus manos y ropas en aquel bar, según me has relatado? Puedes ir allí, confirmar que vieron realmente esa sangre.

—No, querida —reí duramente—. Lo entiendo bien ahora. Sucedió apenas me vestí. Tú habías puesto una sustancia en mis ropas, seguramente en una bolsita que estallaba fácilmente por presión. Una sustancia de cualquier color, que luego se diluye, quedando transparente y sin dejar mancha. Al entrar, la sustancia se había derramado, era rojo intensa, y parecía sangre... Luego recuerdo que, bajo la lluvia, ya no había rastro alguno de color rojo. Es un producto fácil de adquirir en cualquier droguería, tú lo sabes... Lo que me pregunto es por qué. Por qué mataste a la enfermera Mosser, al doctor Humphrey... y, sin duda, a mi esposa, Janis...

—Precisamente por eso, Ellery. Por Janis.

La voz llegó a mis espaldas. Me volví vivamente, pero no pude alzar ni siquiera mi mano armada. Estaba encañonado por una pesada pistola calibre 38, provista de silenciador. Sabía que quien la

empuñaba dispararía sin vacilar si le daba motivos para ello.

—Steve... —susurré—. Mi muy apreciado primo Steve... ¿Qué papel representas tú en esta farsa?

—Oh, Steve, creí que nunca llegarías —jadeó Priscilla, corriendo hacia él y abrazándolo—. Él lo ha descubierto todo... Lo sabe casi todo...

—Menos mal que yo ocupaba la habitación contigua —sonrió Steve—. Oí vuestra charla y comprendí que debía intervenir, querida...

—¿Querida? —repetí—. Ahora lo entiendo. Steve y tú... Los dos unidos. Los asesinos de Janis...

—Ella tuvo la culpa de todo —rió Steve—. Quiso volverte loco, encerrarte de por vida para obtener tu dinero. Pero Priscilla y yo sabíamos que no era tan fácil. Saldrías bien de eso, a menos que hubiera un golpe de efecto. Se me ocurrió provocar una muerte violenta y tu evasión. Pero jamás se lo expliqué a Janis. Priscilla era una buena amiga mía y había ingresado en ese mismo centro. Obtuve su cooperación. Ella se ocupó de drogarte, de matar a Enid Mosser que estaba sólo superficialmente herida por ti... Ya eras culpable de asesinato y de evasión. Eso nos ayudaba mucho. Ibas a ser ejecutado, y todo sería para Janis. Entonces, maldita sea, algo ocurrió. Te conmutaron la pena y fuiste enviado al hospital psiquiátrico. Priscilla obtuvo una plaza en él y te vigiló de cerca. Tu evasión, hiriendo a Humphrey, fue un buen momento para remachar la obra con otro asesinato que te atribuirían a ti. Lo que yo no podía imaginar es lo que contaste antes a Priscilla. Estamos metidos sin saberlo, en un asunto muy feo y muy peligroso, infinitamente más delicado que un simple juego criminal.

—Aun así, aún tuviste ocasión de asesinar a Janis...

—Ella ya no era útil. Y como tú andabas suelto por la ciudad, nada mejor que eliminarla. Priscilla estaba ya intentándolo la noche en que la policía rodeaba tu casa, esperándote, y hubo de renunciar a sus planes hasta que Janis quedó sola en casa, conmigo. El forense dictaminaría la hora de la muerte de Janis cuando yo tuviera una sólida coartada, como así lo hice. Dejé dentro a Priscilla al ausentarme, y ella mató a Janis sin dificultades, usando un cuchillo de cocina. Era otro crimen a tus espaldas, y nuestra impunidad definitiva. Pero todo ha salido bastante mal por culpa de los

poderosos enemigos que tienes ahora, Frank.

—¿Y qué vais a hacer?

—Matarte —suspiró Steve calmoso—. Te encontrarán muerto, sabrán que eras un peligroso loco evadido, y Priscilla no será relacionada con esto, puesto que disteis nombres falsos en el motel. Todo estaba bien pensado, Frank, querido primo. Ha llegado tu última hora, amigo mío. En eso, hemos sido más listos que los tipos que te buscan por el país...

Se disponía a apretar el gatillo y eliminarme con una bala silenciosa. Y yo no podía hacer nada por evitarlo.

Capítulo VIII

CREO que ese momento hubiera sido el último de mi vida, si no hubiese ocurrido entonces uno de esos milagros que uno nunca espera que lleguen a suceder, y menos cuando ya no confía en nada al llegar a cierta situación de desesperanza.

La misma puerta que Steve había abierto poco antes, apareciendo armado de aquella automática silenciosa, se desplomó ahora con violencia, bajo el embate feroz de un par de hombres.

Irrumpieron en la estancia hasta media docena de individuos vestidos de paisano, pero provistos de revólveres reglamentarios de la policía. A su frente aparecía el fornido y malencarado teniente Jeffords.

—Intente algo con esa arma, señor Ellery, y le vuelo la cabeza —avisó sin contemplaciones a mi adorado primo.

Steve era cobarde y reaccionó como tal. Mortalmente lívido, dejó caer el arma y levantó los brazos, señalando hacia Priscilla con desesperación.

—No, no me hagan nada —gimió—. Ella..., ella fue quien mató a los tres. Yo no he hecho daño a nadie...

—¡Maldito hijo de perra! —Rugió Priscilla, mirándole con odio inmenso—. ¿Y tú dices eso? ¿Tú, que me indujiste a todo y fuiste el cerebro de la operación, sucio bastardo?

—Digan lo que digan los dos, están metidos ambos en un buen lío —avisó duramente el teniente Jeffords—. Se acusarán mutuamente, y posiblemente sigan así mientras caminan juntos hacia la silla eléctrica, parejita... ¡Llévenselos, pronto!

Fueron esposados y sacados de la estancia, mientras se cubrían mutuamente de soeces improprios y disculpas de inocencia. Me dieron náuseas los dos. Pero en ese momento ambos salieron definitivamente de mi vida, aunque lo que me esperaba no fuese precisamente, al parecer, ningún camino de rosas.

—Bien, Ellery —dijo Jeffords, volviendo hacia mí su ceñudo rostro—. Siempre le encuentro huyendo de alguien y metido en problemas...

—Así es, teniente. Y no parece usted la persona adecuada para resolvérmelos.

—Bueno, al menos ya se ha librado de tres asesinatos atribuidos a su persona. Cosa que no van a poder hacer ellos tan fácilmente, sospecho. Si no mató a Enid Mosser, es inocente y no tenía por qué ser ajusticiado. Y por la misma razón, tampoco tiene por qué ser internado en un centro psiquiátrico.

—Pero usted sabe que, pese a ello, tengo que ser internado —dije, mirándole con fijeza—. Usted, mejor que nadie está enterado de ello, teniente.

—Así es —carraspeó, moviendo la cabeza—. Ellery, ¿tiene medios de subsistir fuera de este país?

—Algunos, no muchos —sonreí—. Sigo conservando una cuenta en el extranjero, si es eso a lo que se refiere.

—Exactamente, eso —asintió enfático—. Le tengo preparado algo, un pequeño obsequio para usted.

—¿Para mí? —me sorprendí, mirándole receloso.

—Así es, amigo mío. No acostumbro a ser un sentimental, pero hay cosas que logran convencerme. Ha sufrido usted mucho. Creo que es hora de que tenga su propia oportunidad...

—¿Qué oportunidad es ésta?

—Verá... Tenemos en la Morgue un cadáver bastante semejante a usted en corpulencia, físico y todo eso. He dado orden de rociarlo de gasolina, meterlo en un coche y estrellarlo. Las llamas harán el resto y el cuerpo quedará inidentificable. Pero llevará ese anillo suyo y algunas otras cosas que permitan identificarle como a Frank Ellery, muerto en accidente de coche cuando huía de la región donde cierta ambulancia se fue por un barranco, ¿entiende ahora?

—No del todo. ¿Para qué hará eso?

—Para darle oficialmente por muerto a Frank Ellery. Eso hará concluir con todas las investigaciones y búsquedas de sus... enemigos anónimos... Buscarán a otra pobre víctima adecuada, y yo no podré hacer nada por ayudarla, desgraciadamente. Esas cosas ocurren siempre. Para entonces, usted estará lejos... con otro nombre y otra identidad.

—¿Dónde? No tengo pasaporte...

—Ése es mi modesto obsequio —sonrió Jeffords, tendiéndome un pasaporte flamante—. Es el suyo, a nombre de David Lee, ciudadano canadiense. Váyase lejos, donde usted quiera.

—¿Por qué lo hace, teniente?

—Ya se lo dije. Porque a veces me siento algo sentimental, sin duda.

—Usted habló de objetos de mi pertenencia. Sólo tengo este anillo, como bien dijo, y puede no bastar...

—Bastará... junto con algo que siempre ha llevado usted consigo sin saberlo.

—¿Yo? —Me quedé perplejo—. ¿A qué se refiere?

—Tóquese tras la oreja derecha, por favor, algo arriba, ya en la bóveda craneal. Dígame si encuentra algo...

Desorientado, le obedecí. Capté, sorprendido, un leve bulto, algo así como un forúnculo bajo mi piel, en el punto señalado.

—¿Qué es? —quise saber.

—Lo que permitía a esa gente detectarle en cualquier lugar y poder seguirle a distancia sin problemas. Lo mismo que creaba sus alucinaciones y fantasías, sus sueños y sus pesadillas, Ellery.

—¿Quiere decir que...? —Me horroricé, sin terminar la frase.

—Sí, eso es. Quiero decir que le injertaron un minúsculo mecanismo de la más sofisticada electrónica, activado según cierto programa, para influir sobre ciertas zonas de su cerebro y, a la vez, capaz de emitir unas determinadas ondas que se pueden seguir mediante otro sofisticado aparato electrónico.

—Dios mío... —De nuevo aquel moderno, frío, aséptico terror científico pareció dominarme, penetrar en lo más hondo de mi cerebro, adueñarse de los recovecos más profundos de mi mente.

—Así son las cosas hoy en día, Ellery —suspiró el policía—. Pueden penetrar en nuestra intimidad, alterar nuestros sentimientos y emociones, convertirnos en un ser cibernético que anda, en casi un androide a su servicio, controlados y dominados por máquinas y por ingenios casi invisibles... Es monstruoso, inhumano.

Pero existe, y es absurdo negarlo. Todos podemos ser manipulados aun sin darnos cuenta. Es el terror glacial de nuestro tiempo, la ciencia al servicio del dominio de los poderosos.

—Pero entonces... ¡ahora mismo están controlando ellos dónde

me encuentro! —musité aterrado.

—No, no tema —rió—. Alguien manipuló adecuadamente ese objeto maldito, para inutilizarlo. Y vaya si lo logró, aunque no le di tiempo para arrancárselo de su cerebro...

—¿Quién?

—Una persona a quien tenía por enemiga, y que fue quien me avisó de lo que podía suceder aquí. Alguien que vigilaba de cerca a Priscilla Kane y a Steve Ellery. Alguien que confió ciegamente en usted, y de quien fui tan estúpido que imaginé que iba a destruirle el cerebro en un quirófano secreto, cuando lo único que pretendía era extirparle ese maligno instrumento de su cabeza...

—¡La doctora Stowe! —Me estremecí.

—Eso es: la doctora Glenda Stowe, la única persona en quien debió usted confiar ciegamente, amigo Ellery, y no en su amiguita Priscilla Kane... Ella sí le fue siempre infiel. Ella les siguió hasta aquí sin ser advertida. Sospechaba ya de Priscilla Kane y nos avisó. Pusimos allá fuera un micrófono direccional y captamos toda la charla suya con ella, la intervención de Steve, su confesión... Todo está grabado debidamente, y servirá para hundirles...

—Pero ¿y la doctora? ¿Dónde está ahora? —murmuré.

—Fuera, en la carretera —sonrió—. La hallará en el aparcamiento de este motel, si desea pedirle perdón por su desconfianza hacia ella. Necesitará de todos modos ponerse en sus manos para que se le extirpe ese aparato y se aplique al cadáver de la Morgue para que ocupe su sitio... Eso convencerá totalmente a sus enemigos, de que Frank Ellery ha muerto y ya no es un estorbo para ellos y sus proyectos científicos del diablo...

No le escuché ya las últimas palabras. Corría hacia el exterior, hacia donde pronto vi a la hermosa y rubia doctora, esperando. Las luces multicolores del motel, parpadeaban en sus gafas. Corrí hacia ella.

—¡Glenda, Glenda! —grité.

Se acercó a mí. Nos abrazamos. La besé y me besó.

—Glenda, ¿qué podía decirte? —murmuré—. ¿Cómo justificar mi estupidez, mi falta de fe en ti...?

—Calla, no hables —sonrió—. No hay tiempo. Si quieres hacer las cosas como hemos dispuesto el teniente y yo, será preciso que vayamos deprisa...

—¿Y tú?

—Me debo quedar aquí aún. Más tarde me reuniré contigo, allí donde estés. Cuando ya no exista peligro alguno para ti ni para mí...

—Sí, Glenda —murmuré—. No dejes de hacerlo lo antes posible. No dejes de hacerlo, cariño...

No sé lo que harán ahora mis incógnitos y poderosos enemigos. Ni siquiera sé si se creyeron totalmente la historia del accidente y de mi muerte.

Lo único cierto es que estoy en este país, bajo nombre supuesto, y nadie ha venido aún a buscarme. Aunque a veces, cuando alguien me mira fijamente o cuando veo pasar a un desconocido dos veces seguidas por delante de mi casa, el antiguo terror vuelve a mí y me envuelve en su garra de hielo. Eso es algo que ya nunca dejaré de experimentar: miedo, terror a lo desconocido, al ente inmaterial que desea mi destrucción definitiva.

Pero Glenda y yo, pese a ello, somos optimistas. Unidos, convertidos en un matrimonio feliz, vivimos y esperamos. Esperamos lo mejor, pero no nos confiamos nunca. Nunca.

Cuando llaman a la puerta, cuando suena el teléfono, nuestros ánimos se sobrecogen aunque lo disimulemos. Sabemos que puede ser algo sin importancia. Pero también tememos que sea lo peor.

Es un miedo que nunca nos abandonará del todo. Aunque quizás a lo largo de los años, si hay suerte, vaya remitiendo poco a poco y acabemos por olvidarlo y ser como los demás mortales.

Pero mientras tanto, la tensión existirá. Seguiremos vigilantes, alerta. Seguiremos sintiendo miedo. A veces, terror.

Un terror en el que no hay monstruos de cartón piedra, ni fantasmas de ultratumba. Un terror hecho de angustias y de crispaciones. Un terror hecho de esperas sin fin.

El peor monstruo de todo está tras él, a fin de cuentas: el propio hombre, el ser humano. Y su fuerza más diabólica y destructora: el Poder...

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad residía en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, etc. Es sin duda alguna uno de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobre todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.